

A person wearing a red puffer jacket and blue jeans is walking away from the camera on a wooden deck. The deck is made of wide, light-colored wooden planks with visible knots and grain. The person's hands are in their pockets, and they are walking straight ahead. The background shows a glimpse of water and a dark structure, possibly a railing or part of a boat.

# Amar a un extraño

**CASSIE MILES**

eLit

A person wearing a red puffer jacket and blue jeans is walking away from the camera on a wooden pier. The pier is made of wide wooden planks and extends into the distance. The person's hands are in their pockets. The background shows a body of water and a railing.

# Amar a un extraño

**CASSIE MILES**

e lit



# AMAR A UN EXTRAÑO

*Cassie Miles*



 HARLEQUIN™

# Índice

[Amar a un extraño](#)

[Índice](#)

[Créditos](#)

[Acerca de la autora](#)

[Personajes](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Epílogo](#)

## **Argumento:**

Él fue su primer amor, el padre de su hijo... y un completo desconocido  
Eden Miller había amado y perdido al hombre de sus sueños. Doce años después ese mismo hombre volvió convertido en un agente del FBI, con la misión de investigar a su familia. Los besos de Payne todavía la excitaban, pero... ¿se atrevería Eden a confiarle su corazón o a confesarle su gran secreto?

A Payne Magnuson lo consideraban un agente renegado, un hombre buscado por la justicia y acusado de asesinato. Las apuestas no podían ser más altas... ¡hasta que Eden le reveló que era padre! A partir de ese momento, nada podría separarlo de la mujer a la que nunca había dejado de amar, y del niño que aún tenía que conocer. Pero el destino y un vengativo asesino parecían empeñados en impedirselo...



Editado por Harlequin Ibérica.  
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 2003 Kay Bergstrom. Todos los derechos reservados.  
Amar a un extraño, N° 63 - noviembre 2017  
Título original: The Secret She Keeps  
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises Ltd.  
Estos títulos fueron publicados originalmente en español en 2004.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-9170-703-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

## **Acerca de la autora**

Cassie Miles ha pasado la mayor parte de su vida en el hermoso estado de Colorado, a unos mil quinientos kilómetros de su familia de Chicago y a igual distancia del alegre ambiente de Las Vegas. Le gusta viajar, pero no le entusiasman los aviones. Prefiere los viajes por carretera, sobre todo aquellos en los que puede desviarse de la autopista para visitar lugares históricos, o detenerse en restaurantes para probar las comidas típicas de la zona.

Pero como se viaja mejor es con alguien a quien quieres. Para ella, escribir *Amar a un extraño* significó una enorme alegría porque así tuvo oportunidad de volver a recorrer el Medio Oeste en coche, en tren e incluso a caballo.

# Personajes

***Payne Magnuson:*** Alias Peter Maggio. El agente secreto del FBI, supuestamente fallecido, se ve obligado a huir, acusado de asesinato y amenazado de muerte.

***Eden Miller:*** Alias Candace Verone y Susan Anthony. La madre soltera que escapa de una familia entregada al crimen, con tal de proteger a su hijo.

***Josh Miller:*** El niño de once años, hijo de Eden, desconoce absolutamente sus antecedentes familiares.

***Danny Oliphant:*** También conocido como Danny-O. Un agente federal traidor, cuya avaricia lo lleva al desastre.

***Gus Verone:*** El patriarca de la mafia criminal de los Verone.

***Sophia Verone:*** Abuela de Eden y esposa de Gus, desgarrada por la lealtad a su familia.

***Luke Borman, Chuck Sonderberg y Samuels:*** Agentes federales, siempre en equilibrio en el borde de la ley.

***La hermana Max:*** una anciana y amable monja trabajando ocasionalmente para el FBI.

*A mi sabia y paciente editora, Patience Smith, y a Denise O'Sullivan, de  
Harlequin Intrigue. Y, siempre, a Rick.*

## Prólogo

El frío castigaba los últimos días de abril como un huésped molesto, reacio a marcharse. Los últimos restos de nieve se habían derretido en las calles de Brooklyn, pero una capa de hielo aún persistía, reflejando la luz de los faros de los coches. Payne Magnuson se subió el cuello del abrigo, después de ajustarse la sobaquera en la que llevaba la pistola.

Habitualmente ya no solía ir armado. Antiguo agente en Quántico, en la actualidad se dedicaba a impartir clases. Ese día se encontraba en Nueva York para participar en un seminario, preparando personal de operaciones especiales en técnicas de infiltración. Payne poseía un conocimiento esencialmente práctico. Doce años atrás, cuando sólo tenía veinticuatro, se había infiltrado en el escalón más alto del crimen organizado de Chicago, viviendo inmerso en aquel ambiente durante dieciocho meses. Gracias a sus pruebas y testimonios, siete capos menores y la familia Verone al completo habían sido encarcelados. Debería haberse sentido orgulloso de ello. En ciertos círculos del FBI, Payne era considerado una leyenda.

Aun así, nunca había rememorado aquellos días sin un cierto arrepentimiento. Sus esfuerzos no habían acabado con la gran delincuencia de Chicago. Apenas le había hecho una pequeña mella. Otra familia había ocupado el lugar de los Verone. El crimen organizado era como una hidra de muchas cabezas, tan voraz como irrefrenable. En aquel momento, doce años después, Gus Verone, el viejo patriarca, había recuperado la hegemonía perdida. A excepción de dos servidores suyos que aún seguían purgando sus delitos en prisión, era como si la operación de infiltración de Payne nunca hubiera tenido lugar.

—Te va a encantar este restaurante —le comentó su compañero.

—¿Por qué, Danny-O?

—Es italiano.

Danny Oliphant, como la mayoría de los agentes más jóvenes, creía que Payne era de ascendencia italiana, a juzgar por su pelo negro y sus ojos oscuros, o por su parecido con Al Pacino. No era cierto. Su apellido, Magnuson, era escocés, y se había criado en Wisconsin.

De hecho, Payne evitaba los ambientes italianos. Había conocido a mucha gente en Chicago a la que no quería ni podía volverla a ver. Tampoco ellos esperaban verlo. Porque Payne, en su falsa encarnación de Pete Maggio,

supuestamente estaba muerto.

Danny Oliphant, un fornido pelirrojo de expresión inocente, abrió la puerta del restaurante. Dentro hacía calor. La decoración del local era sencilla, con los característicos manteles a cuadros y las botellas de *Cianti* a modo de floreros. Por encima del rumor de las conversaciones, podía oírse la música de una *tarantela*.

Revisó inmediatamente los rostros de los parroquianos, intentando identificar a algún enemigo. Reconoció a un hombre. No era un enemigo, sino otro agente del seminario de aquel día.

—Es Luke Borman —dijo, volviéndose hacia Danny-O—. No sabía que fuéramos a encontrarnos con alguien.

—Yo tampoco —Danny-O le hizo una seña y se acercó al agente—. Hola, Luke. Me alegro de verte. ¿No es curioso que hayamos terminado encontrándonos aquí?

«Quizá no lo sea tanto», pensó Payne. Cuando se estrecharon las manos por encima de la mesa, distinguió un arma asomando bajo la chaqueta de Borman. No era la típica del FBI.

—Siéntate con nosotros —le ofreció Danny-O.

—Gracias, pero no —miró su reloj—. Estoy esperando a mi novia. Se está retrasando, como es normal.

El motivo de la presencia de Luke en aquel restaurante parecía absolutamente inocente: una simple coincidencia. Sólo que Payne no creía en las coincidencias. Todo tenía su razón de ser.

Se sentaron en una mesa situada en el centro del local, de cara a la puerta. Aunque permanecía alerta en todo momento, el cómodo ambiente tranquilizó un tanto a Payne. El aroma de la comida le evocaba recuerdos. Recordó una cena a la luz de las velas en su apartamento de Chicago, doce años atrás. Y recordó a una mujer, la mujer, Candace Verone. Alta y esbelta, de largas piernas, caminaba con fluida gracia por su pequeño apartamento de una sola habitación. Mechones de su larga melena de color castaño escapaban de su cola de caballo. No llevaba maquillaje; no lo necesitaba. Tenía los ojos del color de la miel y los labios llenos, brillantes, de un delicioso rosa natural. Solamente tenía diecinueve años, pero parecía más madura. El constante drama de la saga de los Verone habría bastado para envejecer, prematuramente, a cualquiera que estuviera dotado de un profundo sentido de la justicia y la verdad.

Pensaba a menudo en Candace Verone. Y la atmósfera de aquel

restaurante se la recordó, una vez más, con deslumbrante claridad. La recordaba en su apartamento, sentada en la mesa frente a él, dándole a probar una cucharada de la salsa de tomate que acababa de preparar. Doce años después, todavía podía ver el brillo de sus ojos, reflejando la luz de las velas...

Había querido ser sincero con ella, confesarle quién era. Pero eso habría sido demasiado peligroso. Para ambos. Su primera intención había sido regresar a buscarla, una vez terminada su misión.

No pudo ser: después de las detenciones, desapareció. Aunque parecía imposible, se evaporó en el aire y nunca más volvió a saber de ella. Su desaparición se debió, probablemente, a las conexiones nacionales e internacionales del patriarca, Gus Verone. Debió de esconder, tan sumamente bien a su nieta, que el FBI se mostró incapaz de localizarla.

Payne habría dado cualquier cosa con tal de volverla a ver, de saborear nuevamente sus labios, de sentir su delicado cuerpo acurrucado contra el suyo...

—¡Payne! —Danny-O lo devolvió a la realidad, señalando con la cabeza a la camarera—. ¿Tomamos vino para cenar?

—Una botella de borgoña —recordaba que Candace siempre había preferido el vino tinto.

No había razón alguna para evitar el alcohol. No estaba de servicio. La sesión de aquella tarde sobre técnicas de infiltración había transcurrido con total normalidad, y tenía intención de volver al Distrito de Columbia al día siguiente. Danny-O apoyó los codos sobre la mesa y se inclinó hacia delante.

—¿Qué es lo que se siente... al estar dentro?

Payne se encogió de hombros. Aquél no era el lugar más adecuado para hablar de agentes infiltrados.

—¿Alguna vez te has sentido demasiado... implicado, comprometido? ¿Tuviste alguna vez la tentación de mandar la misión al diablo e integrarte en la familia?

Se preguntó qué tipo de pregunta era aquella. ¿Un test de lealtad? No pudo menos que preguntarse si Danny-O habría tenido algún otro motivo, más allá de la mera simpatía, para invitarlo a aquel restaurante.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Tendrás que admitir que las familias de ese tipo poseen un cierto atractivo. Montones de dinero. Buen vino. Buena comida... —señaló nuevamente a la camarera, en el preciso instante en que dejaba un cesto de

pan en la mesa—. Preciosas mujeres.

La joven sonrió antes de retirarse. Las mesas estaban medio llenas, lo cual era una suerte con aquel tiempo tan pésimo, un jueves por la noche. Contoneando las caderas, la camarera desapareció tras la puerta giratoria de la cocina.

Payne miró otra vez a Luke Borman, cuya novia aún no había llegado. Su intuición, perfeccionada por años de experiencia, le advirtió de que saliera de allí cuanto antes. Mirando su reloj, se inventó una excusa:

—Lo siento, Danny. De verdad que no tengo tiempo para cenar. Tengo una cita a las diez.

—¿Con quién?

—Con alguien —respondió, rotundo. No eran necesarias mayores explicaciones.

—Al menos tómate una copa de vino. Vamos, Payne. No me digas que no tienes tiempo para una sola copa...

Payne tuvo la inequívoca sensación de que estaba intentando ganar tiempo, reteniéndolo en la mesa.

—Pareces nervioso, Danny-O. ¿Has estado sometido a mucha presión últimamente?

—Para decirte la verdad, no puedo creer que estés aquí, conmigo... Tú eres uno de mis ídolos. Quiero elegir tu especialidad. He leído hasta la última palabra de tus informes, todas las transcripciones.

Se suponía que aquellos documentos estaban altamente clasificados. ¿Cómo podía haberlos conseguido un agente tan joven como Danny Oliphant? Tenía que averiguarlo. Deliberadamente relajó sus rasgos, simulando sentirse halagado por su comentario.

—¿Qué parte te ha interesado más?

—La parte final, cuando atrapaste a Locksmith y a aquel tipo que llamaban La Nariz. Payne disimuló sus sospechas tras una falsa sonrisa, molesto de que conociera aquellos detalles. Aquello no encajaba bien.

—¿Quién te ha puesto al tanto de todo eso?

—En realidad, nadie.

—Algún agente tuvo que autorizarte a leer esos documentos.

—Pues no —Danny-O intentó adoptar una conmovedora expresión de inocencia... pero fracasó—. Soy una especie de as de la informática. Conseguí acceder a los archivos.

Payne sabía que eso era muy poco probable. Muy pocos *hackers* poseían

el talento suficiente para romper el sistema de seguridad informático del FBI. Algo estaba tramando. Una traición.

Payne levantó su copa mientras desviaba la mirada hacia la puerta. Entraron tres hombres. Conocía al más alto, el que llevaba una cazadora de cuero negro. Estaba más delgado y su rostro parecía haberse afilado, endurecido. Era Eddy Verone, el hermano de Candace. El segundo jefe del círculo de Chicago. ¿Por qué estaba allí? ¿Qué significaba eso? Pero no había tiempo para pensar.

Reaccionó al instante, sacando su arma. Maldijo para sus adentros. No quería disparar en un restaurante lleno de gente.

Danny-O también había sacado su arma, idéntica a la de Payne. El joven agente no dudó en disparar contra Eddy Verone.

Payne volcó la mesa y se concentró en Luke Borman. Desde el otro extremo del restaurante, estaba apuntando su arma, del calibre cuarenta y cinco, directamente contra su pecho.

El primer disparo fue el de Payne. Borman cayó al suelo.

Acto seguido echó a correr por entre las mesas, entre gritos y clientes que se escondían y se lanzaban al suelo, aterrados. Empujó la puerta giratoria y entró en la cocina, sin detenerse.

De nuevo había entrado en acción.

# Capítulo 1

Vestida sobriamente para no llamar la atención, con el tocado blanco y negro de una monja novicia, la mujer que, años atrás, se había llamado Candace Verone caminaba apresurada hacia la escuela parroquial de Santa Catalina.

Con la cabeza baja, los pliegues del tocado ocultaban sus rasgos. Cerca de la entrada de la escuela, se fijó en las dalias que habían florecido en el jardín, promesa de una nueva vida.

Todavía no podía aceptar la muerte de su hermano. Eddy era demasiado joven para morir. Subió rápidamente los escalones del arco de entrada de Santa Catalina, la escuela a la que había asistido tanto tiempo atrás, en otra vida. Ahora se llamaba Eden Miller. Tenía treinta y un años, era madre soltera, residía actualmente en Denver y se ganaba honestamente la vida con sus inversiones y trabajando a media jornada en una empresa de *catering*. La palabra clave de aquella frase era «honestamente», un adverbio que nada había tenido que ver con su pasado. Ni con su familia.

Una vez dentro, Eden se ocultó detrás de una imagen de la Virgen, en una esquina del vestíbulo. Su intención era entrar en la iglesia, donde en pocas horas se celebraría el funeral de su hermano. Lo había arriesgado todo al ir allí. Si la reconocían, doce años de anonimato podrían irse al garete.

Se asomó, precavida, detrás de la imagen. ¿Tan estrechos habían sido siempre los pasillos de la escuela? Años atrás, aquella escuela le había parecido mucho más impresionante, llena de risas y murmullos. Pero aquel no era el momento más apropiado para la nostalgia. Necesitaba atravesarla sin que la descubrieran. No podía ser demasiado difícil. Era hora de clase, y se suponía que no debería haber nadie fuera de las aulas. Lo más delicado consistía en evitar a las monjas y secretarias que trabajaban en la oficina.

Pero antes de que pudiera hacer el menor movimiento, una mano grande se cerró sobre su hombro, obligándola a volverse. Era la hermana Maxine, vestida, contra su costumbre, con su hábito al completo. Incluido un rosario de palo de rosa con un enorme crucifijo del tamaño de un bate de béisbol. O al menos eso fue lo que le pareció a Eden.

Maldijo para sus adentros. Debió de haber recordado que la hermana Max era una especialista de las apariciones por sorpresa. La anciana la miró a través de sus anteojos de pinza, ceñuda.

—¿Puedo ayudarte en algo, hija?

Eden confió en que su vista no hubiese mejorado. A esa distancia, podía pasar por una novicia. Aunque su blusa blanca era de seda, y su elegante suéter negro no era precisamente de monja.

—Soy nueva aquí. Profesora de matemáticas. He sido trasladada de... de otra parroquia.

Al escuchar su voz, una sonrisa suavizó su severa expresión.

—Siempre has sido una pésima mentirosa, Candace.

Y abrió los brazos como si fueran las alas de un inmenso pájaro negro. Eden, enternecida, se dejó abrazar. La hermana Max siempre había sido una presencia reconfortante en su vida. Cuando su madre murió, había sido ella quien la sacó de clase para comunicarle la terrible noticia. Y lo mismo ocurrió cuando asesinaron a su padre, estando ella en séptimo grado. Aunque, en esa ocasión, no se echó a llorar. Las tragedias de la familia Verone habían terminado convirtiéndose en algo regular, previsible.

—Lo siento, hermana. Me fui sin despedirme.

—Lo entiendo. Tu familia... Digamos que comprendo por qué te marchaste tan bruscamente, Candace.

—Llámeme Eden. Eden Miller. Ahora me llamo así.

—Ya —de repente sacó un pañuelo para enjugarse las lágrimas—. Te estaba esperando.

—¿De veras? —exclamó, inquieta. Se preguntó por qué habría de esperar que volviera para él funeral de su hermano—. ¿Por qué?

—Acompáñame.

Eden la siguió, temerosa. Si Gus Verone la había seguido, jamás lograría escapar.

—Hermana, no puedo ver a mi abuelo...

—Por supuesto que no. Soy monja, pero no imbécil. Es otra persona la que quiere verte. Te prometo que no te pasará nada.

—¿Quién es esa persona?

—Ya lo verás.

¿Su abuela? El corazón le dio un vuelco. Sophia Verone. La echaba tanto de menos... La había llamado tan pronto como se enteró de la muerte de Eddy. Al teléfono, su voz había sonado débil, desolada. Había sobrevivido a sus dos hijos, y para colmo había perdido a su nieto, Eddy. La abuela Sophia se sentía culpable de haber vivido tanto. Y de haber dejado a su querida nieta en un nido de víboras.

La hermana Max bajó las escaleras, pasó por delante de la cafetería y se internó por una especie de pasadizo que conectaba con la iglesia. Era el camino que usaban los estudiantes para ir a misa en invierno, cuando hacía mal tiempo.

—Te acompaño en el sentimiento, Eden. Tu pobre hermano escogió un camino muy peligroso.

Su dedicación al crimen, supuestamente al servicio de su familia, lo había matado. Al igual que había matado a su padre y a su tío. Y a su único amor verdadero: Peter Maggio. Con los años, Eden se había esforzado por no pensar en él, por desterrarlo de su mente. Pero su cuerpo jamás podría olvidar sus tiernas caricias, ni sus oídos el delicioso timbre de su voz, susurrándole palabras de amor, prometiéndole que jamás la abandonaría. Su hijo Josh, que casi había cumplido los doce años, cada vez se parecía más a su padre. Su hijo, que nunca había conocido a su familia. Porque el primer objetivo de la vida de Eden había sido, y seguía siendo, protegerlo de los Verone.

En el sótano de la iglesia de Santa Catalina, la hermana Max abrió una puerta, y otra más, hasta detenerse ante una tercera.

—Puede que esto te resulte difícil, Eden. Pero creo que esta reunión es necesaria. En el fondo de mi corazón, yo siempre estuve segura de que era un hombre bueno.

¿El? ¿De quién estaba hablando?

—No entiendo, hermana.

—Rezaré por ti. Sé fuerte —y la hizo pasar a una pequeña habitación, cerrando la puerta a su espalda.

La única luz procedía de una solitaria bombilla, de escasa potencia. Había percheros de los que colgaban hábitos y ropas del coro. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, descubrió a un hombre vestido con una vieja cazadora de cuero.

De repente, cada detalle se destacó con deslumbrante claridad: sus zapatillas, sus vaqueros, su camisa blanca, el bulto de su cazadora que traicionaba la pistola que ocultaba debajo. Y su rostro esculpido en granito.

—Peter —susurró Eden.

Parecía mayor. Sus rasgos eran más duros, más acusados. Su espeso cabello negro estaba ahora salpicado de gris.

Debía de estar soñando. No podía estar allí. Peter Maggio estaba muerto. Llevaba doce años muerto. La vida entera de su hijo.

—Candace.

—Eden —lo corrigió de manera automática. El corazón estaba a punto de estallarle en el pecho—. Candace está muerta. Como tú. Tú también lo estás.

—No quería que nos viéramos así. Habría preferido darte más tiempo para...

—¡No digas más! —exclamó. No podía ser. Debía de haber perdido el juicio—. Estás muerto.

—Tócame si quieres.

Cuando extendió una mano hacia ella, Eden se estremeció de horror, como temiendo que aquel espectro fuera a arrastrarla a su tumba. A su tumba, donde habrían descansado juntos, uno al lado del otro, para toda la eternidad. Pero no podía abandonar a su hijo. Tenía que proteger a Josh. Por su bien, tenía que seguir viva...

El fantasma dio un paso adelante, saliendo de entre las sombras.

—Aléjate de mí.

—Eden, tranquilízate. No voy a hacerte daño.

La luz de la bombilla arrancó un reflejo a su pelo. Se lo quedó mirando de hito en hito, incapaz de dar crédito a aquel milagro. Estaba allí... ¡vivo! Peter Maggio había regresado de su tumba.

Cerró los ojos. La cabeza empezó a darle sueltas. De repente le flojearon las rodillas y se sintió caer en un abismo sin fondo...

Arrodillado a su lado, Payne le sostenía cuidadosamente la cabeza.

Debió haberle pedido a la hermana Max que preparara convenientemente a Candace para aquel encuentro. Pero no había tenido tiempo: sus enemigos no tardarían en llegar al funeral. Estaba investigando por su propia cuenta, buscando una prueba para acusar a los agentes corruptos que habían matado a Eddy y saboteado su carrera. Y estaba huyendo. Su identidad había sido revelada a los Verone... los mismos delincuentes a los que había perseguido, como agente emboscado, doce años atrás.

Cada minuto que pasaba en aquella iglesia, reducía sus posibilidades de salir vivo, pero necesitaba desesperadamente pasar algún tiempo a solas con aquella mujer que, hacía ya tanto tiempo, le había destrozado el corazón. Candy Verone era el fantasma, la amante desvanecida, la única mujer que había amado de verdad. Contempló su rostro, un óvalo perfecto enmarcado por el blanco tocado de novicia. Años atrás había sido sencillamente adorable. Pero ahora, en la plenitud de su vida, tenía una belleza que quitaba el aliento. Vio que abría los ojos y lo miraba fijamente, con expresión soñolienta. Y que entreabría los labios, como si estuviera a punto de sonreír.

Ansiaba tanto besar aquella boca y fingir que todo era como antes, que aquellos doce años nunca habían existido...

Pero de pronto su expresión se transformó.

—Se suponía que tenías que estar muerto.

—Pues lo siento.

—Hace doce años, te moriste.

—Me dispararon y estuve en el hospital una semana, pero...

—¡Basta! —un brillo de furia apareció en sus ojos color miel—. Debí haberte matado yo misma. Con mis propias manos.

—Candace, yo intenté...

—No me llames así —lo empujó, incorporándose—. Ahora soy Eden Miller.

—Muy bien. Y yo ya no soy Peter Maggio. Nunca lo fui. Mi verdadero nombre es Payne Magnuson.

—No entiendo nada.

Por un instante, Eden se tambaleó. Llevándose una mano a la cabeza, se arrancó el tocado. Payne se sonrió.

—¿Se puede saber de qué te ríes?

—De tu disfraz de monja.

—El antiguo uniforme de la escuela no me queda nada bien. Era de cuando tenía catorce años.

—Eres la primera monja que veo con una blusa blanca de seda y un suéter de cachemira.

—Pues, aquí donde me ves, logré pasar desapercibida hasta que me descubrió la hermana Max.

—Tienes buen aspecto, Eden.

—Tú también —repuso a regañadientes.

Su atractivo había aumentado con la edad. Lo maldijo en silencio. No solamente la había abandonado, sino que le había mentido. Le había mentido sobre su nombre... ¿y sobre qué más? Después de todo lo que le había pasado, jamás lo perdonaría. Había dado a luz a su hijo sola: una aterrorizada joven de diecinueve años, en una ciudad extraña.

Y había criado a su hijo sola. Se puso a caminar de un lado a otro de la habitación, rabiosa.

—¡Me dejaste pensar que estabas muerto! Me abandonaste!

—No podía localizarte. Te busqué por todas partes, seguí hasta la más mínima pista... Incluso me fui a Sicilia.

—No te creo.

—Escucha, Eden. Nadie podía encontrarte. Ni siquiera tu abuela. Te desvaneciste en el aire.

Eden era consciente de que había hecho un buen trabajo. Cuando Candace tomó el primer avión, sacó todo su capital de sus cuentas. Sumada la pensión de sus padres y el fondo de financiación de sus estudios, constituía una buena cantidad. Sin saber adónde ir, su abuela le habló de unos amigos suyos en Denver. Sin embargo, después de un primer contacto, Candace se sumergió aún más en el anonimato. Se cambió de nombre, alteró sus datos biográficos. Nadie pudo encontrarla. Y se quedó completamente sola.

—Tuve que hacerlo. Tenía que romper todo vínculo con ellos.

—Entiendo.

Eden le dio la espalda, desesperada por pensar con algo de lógica. El hecho de haber visto a Payne había trastornado por completo su mundo. Nada parecía tener sentido.

No se atrevía a volverse y encararse directamente con él.

—Si realmente hubieras querido encontrarme, lo habrías hecho. Lo único que tenías que hacer era hablar con mi abuela Sophia. Tenía un apartado postal donde podías localizarme.

—Es cierto. Debí haber hecho más caso a Sophia —doce años atrás, había concentrado su búsqueda en los socios de Verone, pero no había ignorado por completo a su abuela. De hecho, la había vigilado varias veces en sus paseos e incluso había interceptado su teléfono—. Por desgracia, no podía acercarme a ella presentándome como Peter Maggio ya que, como tú misma has dicho antes, supuestamente estaba muerto.

—Eres un cobarde —masculló Eden—. Tuviste miedo de volver de la muerte para enfrentarte con la familia Verone.

Payne se encogió de hombros. En el espionaje no había héroes. Ese trabajo requería astucia, no temeridad. Había llegado la hora de confesarle lo principal.

—Estaba trabajando de infiltrado, Eden. Soy agente del FBI.

Se volvió para mirarlo, entrecerrando los ojos.

—Otra mentira. Jamás fuiste sincero conmigo.

Pudo haberse defendido, disculpado. Pero sabía que tenía derecho a estar furiosa. Eden le soltó toda una retahíla de insultos en italiano.

—Así que eres un maldito poli... Y tu trabajo consistió en detener a toda mi familia.

No la culpaba por odiarlo. La habían educado para supeditar todo lo demás a su familia. Y él había traicionado a los Verone.

Eden esbozó una sonrisa irónica.

—Bueno, al menos pretendías apartar a mi familia del mundo del crimen, ¿no?

—Pero no funcionó —repuso él.

—Con Eddy no, desde luego. Eddy se equivocó. Y pagó por ello.

El dolor que asomó a sus ojos resultaba suficientemente elocuente. Esperando consolarla, le tocó suavemente un brazo.

—No me toques —se apartó bruscamente.

—De acuerdo, Eden, te contaré toda la historia. Esta vez la situación es todavía más complicada que antes. Otro agente me tendió una trampa. A ojos de la agencia, soy un renegado, un rebelde. Me están buscando, quieren detenerme. Y, para colmo, tu familia sabe que estoy vivo.

—¿De modo que te buscan tanto los Verone como los federales?

—Sí.

—Bonito trabajo has hecho entonces —repuso, sarcástica.

—No me di cuenta de la emboscada hasta que fue demasiado tarde.

—¿Qué emboscada? Quiero una explicación. Y que no se te ocurra volver a mentirme.

—Fue en un restaurante de Brooklyn. Vi cómo disparaban a tu hermano.

Eden se llevó las manos a la boca, sin aliento.

—¿Quién lo mató?

—Un agente. Se llama Danny Oliphant. Ese canalla mató a Eddy a sangre fría. A pesar de lo que puedan decirte, yo no maté a tu hermano.

—¿Quién sería capaz de mantener algo así si no fuera verdad?

—Eso formaba parte de la emboscada. Danny-O me invitó a cenar a un restaurante. Yo sospechaba que algo andaba mal, pero no supe de qué se trataba hasta que vi entrar a Eddy en el local. Danny-O le disparó con un arma idéntica a la mía.

Había descubierto que la pistola de Danny-O era idéntica a la suya. Con el mismo número de serie.

—Para que todo el mundo pensara que lo habías matado tú —aventuró Eden—. ¿Y qué estabas haciendo tú mientras ese tipo mataba a mi hermano?

—Había otro agente en el restaurante, Luke Borman. Me estaba apuntando a mí. Sospecho que su arma era idéntica a la de Eddy. Cuando los expertos en balística analizaron la escena del crimen, concluyeron que yo

había disparado a Eddy y que él me había disparado a mí.

—Pero había testigos.

—Varios padres con sus hijos. Cuando empezó el tiroteo, todo el mundo corrió a esconderse. Estaban asustados, histéricos. Dudo que ninguno de ellos llegara a ver exactamente lo que sucedió —«sobre todo cuando el propio Danny-O ha quedado al frente de la investigación», añadió para sus adentros—. El caso es que estoy acusado de asesinar a tu hermano y de disparar contra el agente Borman.

—¿Cómo? —exclamó—. ¿Tú disparaste contra ese otro agente?

—Sí.

—¿Está muerto?

—No. Está vivo y recuperándose —respondió Payne—. Ahora es un héroe.

—Y tú eres el villano.

Eden se apoyó contra la pared, escrutando su expresión.

—Si te hubieras encontrado con mi hermano en la calle, y él te hubiera reconocido... ¿lo habrías matado?

—Si hubiera tenido que elegir entre su vida o la mía... le habría disparado.

Frunció el ceño, pensativa, y miró su reloj. Muy pronto la familia Verone se reuniría para el funeral que se celebraría en la iglesia.

—¿Por qué has venido aquí, Payne?

—Quería verte.

—No sabía que los del FBI fueran tan sentimentales. Tiene que haber otro motivo.

—Información —a partir de la observación de los asistentes al funeral, confiaba en descubrir las conexiones que lo llevarían hasta Danny-O—. A tu hermano lo mataron por algo. Quiero saber por qué.

—¿Y qué diferencia puede suponer eso para ti?

—Hasta que reúna alguna prueba que comprometa a Danny-O y a Luke Borman, seguiré como hasta ahora. Marginado y perseguido.

—Porque los federales piensan que eres un corrupto que trabaja para los Verone.

—Eden, ahora no dispongo de tiempo para hablar de esto. Quiero que nos veamos después del funeral. Estaré en este motel —le entregó una tarjeta—. Te esperaré hasta las cuatro.

Contempló la tarjeta, consciente de que estaba confiando en ella a vida o

muerte. Si lo traicionaba revelando su localización a su abuelo, Payne no podría escapar. Y la familia Verone saborearía por fin su venganza.

Era lo que se merecía por haberla abandonado: una lenta y horrible muerte. En el fondo sabía, sin embargo, que jamás sería capaz de hacerle daño. Por lo demás, era posible que Payne hubiera tenido otro motivo para darle la dirección de su hotel. ¿Y si había esperado precisamente que lo traicionara? Tal vez se tratara de una trampa para capturar a los Verone. O, si acudía sola a la cita, quizá pretendiera secuestrarla con el fin de chantajear a su familia...

Alarmada, de repente tomó conciencia de que, la aparente confianza de Payne, tal vez tuviera algo que ver con Josh. ¿Habría sabido de la existencia de su hijo? Aunque no se lo había mencionado, quizá todo aquello formara parte de un plan para quitárselo. Las posibilidades eran múltiples. Como buena hija de los Verone, había aprendido a desconfiar de todos y de todo.

—¿Por qué habría de acudir a este motel? —le preguntó, sincera—. ¿Por qué habría de creer una sola palabra de lo que me has dicho?

Sin previo aviso, Payne cubrió en dos zancadas la distancia que los separaba. Y, abrazándola, la besó en los labios.

Se resistió, furiosa, pero era demasiado fuerte. Cuando consiguió apartarse, se preparó para gritar.

—Confía en mí —le susurró él.

Sus ojos oscuros brillaban con una luz seductora, casi hipnótica. Era el mismo hombre con quien había soñado noche tras noche, el único hombre que le había importado de verdad. Sabía que era una locura, pero quería besarlo. Lo deseaba con todas las fibras de su ser.

Payne la tomó suavemente de la nuca y volvió a besarla. Esa vez no hubo resistencia. Eden cerró los ojos, dejándose arrastrar por aquella pasión que parecía despertar todos sus sentidos. Lo abrazó. Y le devolvió el beso.

Pero cuando más se estaba esforzando ella por atesorar aquel delicioso instante, Payne dejó bruscamente de besarla. Silencioso como una sombra, salió de la habitación y cerró la puerta a su espalda. Y Eden se quedó preguntándose si aquel encuentro había sido real. Se llevó un dedo a los labios, que seguían conservando su sabor.

Tenía que verlo de nuevo. Después de guardarse la tarjeta del motel, se dirigió a la puerta con paso decidido.

Fuera, al final del primer pasillo, la hermana Max la estaba esperando.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

—Sí. ¿Cómo es que se ha hecho usted tan amiga de Payne Magnuson?

—Como tú, al principio lo conocí como Peter Maggio. Y cuando empezasteis a salir juntos, me pidió consejo.

—¿Por qué?

—Bueno, no podía hablar a las claras con tu abuelo. Gus Verone le había dejado saber que tú estabas fuera de su alcance.

Eden era bien consciente de la intolerante actitud de su abuelo. En aquel entonces, la mayor parte de los hombres solían echar a correr despavoridos cuando se enteraban de que su apellido era Verone. Pero Payne no.

—¿Le habló él de nuestra relación?

—Acuérdate, mi querida niña, de que eras muy joven. Sólo tenías diecinueve años. Hacía un año que habías salido del instituto. Y él era un hombre adulto de veinticuatro. No quería aprovecharse de ti.

—¿Qué fue lo que le dijo usted?

—La verdad. Que habías tenido que madurar más rápidamente que las otras chicas. Que, a tus diecinueve años, habías acumulado mucho más sufrimiento y sentido de la responsabilidad que las demás. Le aseguré que eras perfectamente capaz de tomar tus propias decisiones y cuidar de ti misma.

—Y tenía razón.

Algunas veces, Eden llegaba a pensar que había nacido ya adulta. Jamás se había arrepentido de las noches de pasión que había compartido con Payne, Peter Maggio en aquel tiempo. No podía lamentar momentos tan perfectos como los que había vivido con él. O el hecho de haber engendrado a Josh, la luz de su vida.

—Pero ahora tienes que tomar otra decisión —añadió la hermana Max adoptando un tono enérgico, casi frío—. Tu abuela está aquí. Está sola en la puerta de la sacristía, con el difunto. ¿Quieres que te lleve con ella?

Eden no pudo menos que extrañarse. Para ser una monja, la hermana Max parecía sentirse muy cómoda entre tanto secretismo.

—Sí —respondió sin vacilar, consciente de que le debía su salvación a su abuela Sophia.

Una vez más, la monja la guió hasta una puerta cerrada.

—Me aseguraré de que nadie os moleste.

Eden entró. Olía a incienso y a las flores que cubrían a media altura el ataúd de caoba. Al lado se hallaba sentada una mujer de cabello gris, con un sombrero negro en las manos. Tenía la cabeza baja y los ojos cerrados. Con

una mano pequeña, marchita, acariciaba el lujoso féretro.

—Abuela —pronunció Eden.

Sophia se levantó lentamente. Aunque no parecía mayor que la última vez que la había visto, doce años atrás, la tristeza había marcado su rostro. Se notaba que era una mujer orgullosa, mucho más fuerte de lo que cualquiera hubiera esperado.

—Ven.

Eden se le acercó. No se abrazaron. No hubo muestra de emoción alguna. Las mujeres de la familia Verone aceptaban sin lloros su destino. Sophia le tomó las manos y se las apretó con fuerza mientras señalaba el ataúd con la cabeza.

—Despídete de tu hermano.

Tomando ejemplo de su abuela, irguió los hombros. Se acercó al féretro. Eddy tenía los ojos cerrados, el rostro pálido como la cera y las mejillas hundidas. Apenas lo reconocía como adulto. Seguía viéndolo como un niño de pelo oscuro, su hermano mayor, siempre dispuesto a defenderla en el patio de la escuela, poco después de que muriera su madre. Los otros niños se burlaban de ella, diciéndole que su madre había merecido morir, que todos los Verone eran unos malvados, sobre todo ella. A fuerza de puños, Eddy se había ocupado de dejarles claro que, si querían meterse con su hermana, antes tendrían que enfrentarse a él.

Eddy no siempre había sido su protector. Eden recordaba bien su cruel sonrisa cuando solía gastarle una broma pesada. En su clásico papel de hermano mayor, le había encantado hacerle rabiar. Pero siempre que lo había necesitado, había estado allí, con ella... excepto cuando abandonó a su familia para tener a Josh. Eddy jamás habría entendido su necesidad de escapar de las garras de los Verone. La familia lo había sido todo para él. La lealtad había sido su valor supremo, y esa misma lealtad lo había matado.

Luchó por contener las lágrimas que le inundaban los ojos. Después de besarlo por última vez, se volvió de nuevo hacia su abuela.

—No tuvo hijos —le dijo Sophia—. Su mujer era estéril.

Eden asintió. En sus infrecuentes cartas dirigidas al anónimo apartado postal, Sophia le había manifestado su descontento hacia la esposa de Eddy, una mujer tan bella como frívola. Eden sospechaba secretamente que su presunta esterilidad era fingida, y que en realidad no quería renunciar a una vida nocturna llena de diversiones.

De un bolsillo de su camisa sacó dos fotografías. Eran de Josh, las últimas

que se había hecho.

—Son para ti.

Mientras las contemplaba, una sonrisa estuvo a punto de asomar a los labios de Sophia.

—Qué guapo es.

—Y muy estudioso. Saca muy buenas notas.

—¿Y los deportes?

—Juega al fútbol y al béisbol —desvió la mirada hacia el ataúd—. Como Eddy.

—Has hecho un buen trabajo —pronunció su abuela, aprobadora—. Hiciste bien en abandonar Chicago para proteger a tu hijo. Pero ahora las cosas han cambiado.

—¿Qué quieres decir?

—Eddy está muerto. Y tu hijo, Josh, es el único heredero varón.

—¿Heredero de qué? —inquirió, temerosa—. ¿Qué es lo que pretendes decirme?

—Lo siento.

La puerta trasera se abrió de pronto, y Gus Verone entró en la sala. A pesar de sus más de setenta años de edad, su fortaleza física no parecía haber menguado. Sus anchos hombros y su espeso pelo blanco, le daban un aspecto saludable, rebosante de energía. Se plantó ante Eden, bloqueándole la salida.

No se molestó en saludarla.

—Quiero al chico.

## Capítulo 2

La había traicionado. Su último hilo de esperanza, el lazo que compartía con su abuela... se había roto. Eden ya no tenía amigos, aliados, nadie en quien apoyarse. Estaba completamente sola.

Miró a su abuelo. Jamás permitiría que se llevara a su hijo. Jamás.

—¿Dónde está? —inquirió Gus Verone.

—Con unos amigos míos, en Denver —desvió la mirada hacia su abuela.

Sophia, por fortuna, no conocía la identidad de aquellos amigos. Por el momento, al menos, Josh estaría a salvo.

—Ponte en contacto con ellos.

—No puedo. Han salido de excursión a las montañas. No tengo forma de localizarlos.

—¿En un día de escuela? ¿Has dejado que tu hijo se pierda un día de escuela para irse de excursión?

—No es lo normal. Hoy era una ocasión especial. Su cumpleaños.

—Después del funeral, me ayudarás a encontrar a esos amigos tuyos.

Quiero hablar con mi bisnieto.

«Nunca», pronunció Eden para sus adentros.

—Lo intentaré —mintió.

Aunque estaba dispuesta a luchar hasta la muerte, Eden sabía que un enfrentamiento directo sería inútil. Para derrotar a su abuelo tendría que superarlo en astucia, en capacidad de engaño. Tendría que mentirle. Y lo haría con gusto, si con ello conseguía salvar a su hijo. No había elección.

Eden recogió las fotografías que le había entregado a su abuela y se las tendió a Gus.

—Este es. Se llama Josh —lo informó con una falsa sonrisa.

Mientras contemplaba las fotos, el brillo de ira de sus ojos se desvaneció.

—Se parece a tu padre. Y a tu hermano.

«Ambos muertos», pensó Eden. Tuvo que dominar una punzada de compasión por aquel hombre con quien tanto se había encariñado de niña. No podía permitirse quererlo.

Cuando Gus alzó la cabeza, le temblaban los labios de emoción. Abrió los brazos.

—Querida nieta...

Eden lo abrazó, consciente de que estaba jugando con fuego. Aun así, su

aceptación la envolvió en un sentimiento de consuelo, de pertenencia, de regreso a casa. Pertenecía a aquella familia. Ésa era su herencia. Trágica, pero herencia al fin y al cabo.

—Cuando me enteré de que habían matado a Eddy... —le susurró—... creí morir de dolor.

—Lo sé —ella había sentido lo mismo. A pesar de su aborrecimiento por su abuelo y por todo lo que representaba, estaban unidos por aquel dolor.

Le entraron ganas de sollozar, de llorar a gritos. Luchó por dominarse. Más importante que su propia tristeza era el futuro de su hijo. Y para asegurarse de que lo tuviera, debía escapar de las garras de Gus Verone.

Apartándose, la miró fijamente a los ojos.

—Ahora las cosas son diferentes en la familia.

Eden no lo creía ni por un momento. Si las cosas hubieran sido distintas, no habría habido razón alguna para que Eddy muriera asesinado.

—Ya lo verás. Tenemos negocios legales. He abierto una bodega. Una tienda de vinos. Incluso abastezco de vino a la iglesia. Completamente gratis.

—Como si unas pocas botellas de vino pudieran comprar la voluntad de Dios —comentó Sophia, sarcástica.

Gus Verone la fulminó con la mirada y se volvió de nuevo hacia su nieta.

—Tu abuela es una mujer dura. No le hagas caso. Lo importante es que tu hijo estará a salvo con nosotros.

«¿Como Eddy?», inquirió Eden para sus adentros.

—Me alegro de volver a casa.

—¡Ésta es mi chica! —exclamó, radiante. Su actitud le recordaba a un lobo jugando con su presa antes de devorarla—. Vente conmigo.

—Por supuesto —no había otra opción. Todas las puertas estaban custodiadas por los esbirros de su abuelo.

Tomándola de la cintura, la guió hacia la salida.

—Me temo que tengo otra mala noticia —le dijo, adoptando la expresión más inocente del mundo.

—¿Sí?

—Una vez estuviste muy encariñada con Peter Maggio. ¿Te acuerdas?

Por un instante, Eden se preguntó si los habría sorprendido en el sótano. ¿Estaría muerto?

—Lo recuerdo —se esforzó por disimular su alarma.

—Creíamos que lo habían matado, pero no. Estaba vivo. Fue él quien asesinó a tu hermano.

Payne ya la había avisado de que aquella versión era la más extendida del suceso. De modo que se sentía más inclinada a creerlo a él que a su abuelo.

—No puede ser... ¿qué podía tener Peter Maggio contra Eddy?

—Aún no lo sabemos.

«¡Mentiroso!», lo insultó en silencio. Gus Verone tenía que saber que Peter Maggio era en realidad Payne Magnuson, un agente federal.

—Pero lo averiguaremos —continuó—. Y tomaremos venganza. Peter Maggio pagará con su vida.

Eden ya no pudo contenerse.

—Hace unos minutos me estabas diciendo que las cosas habían cambiado. Y ahora me estás hablando de otro asesinato. ¿Qué significa esto, Gus? ¿Eres un comerciante legal de vinos o te sigues dedicando al crimen?

—Me preocupo por mi familia.

Ésa había sido siempre la razón, la disculpa de los asesinatos. Salieron a un pasillo, dejando a la abuela Sophia a solas con el cadáver de su nieto. Nada había cambiado. Ni cambiaría.

Mientras atravesaban la iglesia por una de las naves laterales, vio hombres de traje oscuro apostados en las esquinas, al lado de imágenes religiosas, por todas partes. Su presencia, obscena en aquel recinto, parecía recordarle la futilidad de cualquier intento de huida. En silencio, murmuró una oración: «Ayúdame. Ayúdame a salvar la vida de mi hijo».

Varios familiares se habían reunido en una habitación contigua a la entrada, a la espera de asistir al funeral. Su nerviosa charla cesó cuando vieron entrar a Gus Verone. Se hizo un tenso silencio, con todas las miradas clavadas en el abuelo y su nieta.

—Hasta en la más oscura tristeza surge un rayo de esperanza. Mi nieta, Candace Verone, ha vuelto con su familia.

Y la animó a que se dirigiera a aquel grupo de extraños, que le resultaban demasiado familiares. Primos lejanos, tíos y tías de diferentes edades se desplegaban ante ella como en una foto de familia. ¿Qué podía decirles? Solamente la verdad.

—Yo quería mucho a mi hermano Eddy, y lamento mucho los años que estuvimos separados. No debería haber muerto tan joven. En este día, quiero compartir mi dolor con todos vosotros.

Una mujer de cabello plateado, cubierta con una mantilla negra, se adelantó hacia ella. Tomándole las manos, la besó en las mejillas.

—Bienvenida.

El ritual dio comienzo. La nieta pródiga había vuelto.

Quince minutos antes de la hora de comienzo del funeral, Eden se encontró hablando con su primo, Robert Ciari, que también había estudiado en la escuela de Santa Catalina. Antiguo jugador de rugby, sus músculos se habían convertido en grasa. A sus treinta y dos años, casi calvo, aparentaba muchos más.

Eden había esperado que Robert se convirtiera en el heredero de su abuelo, pero nadie lo trataba con la deferencia que se reservaba para los jefes.

—¿Qué tal te ha ido en estos años?

—Normal —respondió él—. Fui a la universidad. Me lesioné la rodilla, así que tuve que dejar el rugby. Me casé.

—¿Tienes hijos?

—Tres hijas —se encogió de hombros—. Supongo que tuve suerte de que salieran a su madre. Son muy listas. La mayor quiere ser abogada.

En aquel instante se les unió una mujer de figura escultural y larga melena de un negro azabache. Era Angela Benedict, otra prima, unos diez años mayor que Eden.

—Mi pequeña Candace... —la saludó con su sensual voz ronca—. Yo solía cuidarte a ti y a Eddy cuando erais pequeños, ¿te acuerdas?

—¿Cómo podría olvidarlo? —Angela siempre había sido la chica más popular del vecindario. Líder de animadoras, la estrella femenina del instituto—. Yo te idolatraba. De mayor quería ser como tú.

—Las cosas cambian —comentó con tono amargo.

Eden recordaba que su marido había pasado seis años en prisión después del tiroteo en el que, presuntamente, había muerto Peter Maggio, ahora Payne Magnuson.

—¿Dónde has estado? —le preguntó Angela.

—En el Oeste —no quería darle más detalles—. Trabajo para una empresa de catering.

—Recuerdo que te gustaba mucho cocinar. ¿Te casaste?

—No. Háblame de tus hijos.

—Ya son adultos. Están en la universidad —la tomó del brazo y la alejó de Robert Ciari—. Acompáñame al baño. Así podremos charlar tranquilamente.

Angela Benedict irradiaba poder, autoridad. Eden pensó que, si hubiera nacido hombre, a esas alturas habría sido la líder de la familia.

El servicio estaba vacío, y Angela no perdió el tiempo en preámbulos.

—Peter Maggio está vivo. Era tu amante, ¿verdad?

—Ángela, ésa es una historia muy antigua...

—Te dio un hijo —su expresión se endureció—. Un varón.

—Sí, tengo un hijo —afirmó, poniendo especial cuidado en no reconocer que Payne era el padre.

—Un heredero de la familia Verone. Y tu abuelo quiere tener aquí al niño.

—No entiendo por qué —le dijo Eden—. Nosotros no somos una dinastía real, ni nada parecido. Si mi abuelo quiere un heredero, ¿por qué no habla con Robert Ciari? Él tiene...

—Tres hijas. El no sirve.

Volviéndose hacia el espejo, sacó un lápiz de labios del bolso. Eden se dio cuenta de que evitaba mirarla. La prima Ángela estaba ocultando algo: la traicionaba su tensión. ¿Qué querría? Poder y riqueza, indudablemente. Para ella, sus propios hijos eran un simple medio de ganar poder en la familia.

Aquel pensamiento la asqueó. No podía imaginarse a Josh en aquel ambiente.

—¿Qué me dices de ti? —le preguntó—. Tú puedes gobernar la familia, ¿no?

—Yo no me casé con el hombre adecuado. A Gus no le gusta Nicky. Nadie puede dudar de su lealtad, pero mi marido es un hombre difícil. Hosco. Irritable. Después de la cárcel, ya nunca más volvió a ser el mismo.

Mientras Ángela se retocaba los labios sin temblarle el pulso, Eden tuvo la impresión de que, aquella mujer, era lo suficientemente fuerte para hacer valer sus propios intereses y los de su marido. Para librar una feroz batalla contra quien fuera, a muerte.

La pregunta era: ¿por qué parecía mostrar aquel interés por ella?

—¿Había algo que querías decirme? —Quiero que estemos en contacto —le entregó una tarjeta—. Éste es mi número de móvil. Llámame cuando quieras.

Aunque se guardó la tarjeta, Eden estaba segura de que jamás llegarían a ser amigas.

—Aprecio el gesto, Angela.

—Pero no tienes intención de frecuentar mi compañía, ¿verdad? A ti no te importan los negocios de la familia. Hace doce años, cuando pudimos llegar a conocernos mejor, desapareciste —le recriminó con tono desdeñoso—. Sospecho que no quieres que tu hijo tenga nada que ver con los Verone.

—Eres muy sagaz —repuso tranquilamente Eden.

—Y sospecho también que, a la menor oportunidad, saldrías huyendo de nuevo —después de guardarse el lápiz de labios, sacó unas llaves y las dejó sobre el lavabo—. Son del Corvette negro que está aparcado en primera fila, frente a la iglesia.

Y girando sobre sus talones, salió del servicio.

Eden recogió las llaves y desvió la mirada hacia la ventana que daba al jardín. Sería fácil subir a aquel coche y escapar. Demasiado fácil. No había duda alguna. Angela le estaba tendiendo una trampa. Si huía, perdería el favor de su abuelo. Y su protección. Quienquiera que hubiera matado a Eddy, muy bien podía amenazarla a ella. Pero si se quedaba... estaría atrapada. Mandarían a buscar a Josh. Y lo adoctrinarían en los valores e intereses de los Verone. Así que tenía que arriesgarse.

Payne no se separaba de la ventana, espionando por una rendija de la cortina. El motel Riverside era un edificio de dos pisos, con habitaciones a ambos lados. Había escogido una de la primera planta, en un extremo. Desde aquel lugar aventajado, podía dominar la oficina del motel y el aparcamiento. El coche que había alquilado se hallaba en la parte de atrás, listo para una rápida huida en caso de que Candace, que ahora se hacía llamar Eden, hubiera decidido traicionarlo.

Al concertar una cita de esa clase, había violado los principios más básicos de su trabajo como agente. Había permitido que sus sentimientos se impusieran a su sentido común. Se había expuesto demasiado. Y, como un novato, había arriesgado la operación entera por unos pocos momentos gratificantes. Por un simple beso.

¡Pero qué beso! No se arrepentía de nada de lo que había pasado en el sótano de Santa Catalina. Aquella mujer era todo lo que recordaba y más. Fuerte, decidida, vivaz, y mucho más deliciosa que la virgen de diecinueve años que antaño le había entregado su amor de una manera tan dulce. Tenía atesorado aquel maravilloso recuerdo. Su primera noche juntos había sido como un sueño, una fantasía.

La mujer de sus sueños.

Contempló el aparcamiento. Una vez más, estaba violando las normas de su trabajo. Había confiado en un enemigo potencial, pero no le importaba. Por Candace Verone merecía la pena correr ese riesgo.

«Eden», se corrigió. Se llamaba Eden. Un nombre extraño. Pensó que quizá lo había elegido por Eddy. Pobre tipo. En aquel restaurante de

Brooklyn, no había tenido la menor oportunidad de defenderse. Danny-O había estado al acecho. Pero, ¿por qué?

Descubrirlo constituía, precisamente, la misión de Payne, una investigación no autorizada por el FBI. Otros agentes, así como miembros de la familia Verone, estaban envueltos en aquel asunto. ¿Quiénes serían? ¿Y por qué los Verone habrían querido matar a Eddy? Miró su reloj. Las tres menos cuarto. Le había prometido a Eden que la esperaría hasta las cuatro. Durante la siguiente hora y cuarto, su destino quedaría decidido.

De repente un Corvette negro entró en el aparcamiento. Era Eden. Vio que se quedaba mirando las puertas, confundida. No sabía cuál de ellas era la suya.

Un agente bien entrenado se habría quedado dentro. Pero Payne ya no pensaba como un agente federal. Sólo era un hombre de carne y hueso...

Abrió la puerta de golpe, se dirigió a ella y la abrazó. Aspiró la fragancia de su pelo. Era lo que más había deseado en el mundo...

—¡Escóndete! —le ordenó ella.

—Has venido a mí —ignorando sus protestas, la abrazó con más fuerza. Era como un sueño hecho realidad—. Estás aquí...

—Escucha, Payne... —se apartó bruscamente de él—... o quienquiera que seas. Tenemos que escondernos inmediatamente.

—Maldita sea, eres tan hermosa...

Tenía la melena despeinada. La blusa blanca había escapado levemente de la cintura de su falda. Jadeaba. Y estaba ruborizada de excitación.

Lo deseaba. Sabía que ella lo deseaba.

—¡Payne! —gritó—. ¿Me estás escuchando? Tenemos que irnos. Los hombres de mi abuelo pueden llegar en cualquier momento.

—¿Por qué?

Eden alzó los ojos al cielo, exasperada.

—Porque me he escapado del funeral. Salté por una ventana del servicio y me he largado en un coche que no es el mío.

Ya estaban allí. Dos enormes vehículos acababan de entrar en el aparcamiento, dirigiéndose directamente hacia ellos. Payne memorizó instantáneamente sus matrículas. Luego agarró a Eden de la mano y la metió en su habitación.

—Te lo dije —le recordó ella.

—Sí que me lo dijiste —admitió, arrepentido de su error.

Sin perder el tiempo, abrió la puerta que daba al pasillo interior. Al fondo

estaba la otra habitación que había reservado. Era exactamente igual que la primera, sólo que daba al aparcamiento trasero, donde tenía esperando su coche.

—Por aquí.

Payne salió primero. Se oyeron unos tiros procedentes del otro lado del edificio. Sacó su arma de la sobaquera.

—Sube al coche y agáchate.

Eden obedeció rápidamente. Payne se sentó al volante, encendió el motor y aceleró. Con un poco de suerte, sus enemigos estarían ocupados al otro lado y descubrirían su fuga demasiado tarde.

Pero no fueron tan afortunados. Una bala impactó en un lateral del coche. Payne bajó la ventilla y devolvió el fuego. Eden seguía agachada en el suelo del vehículo.

—Dame tu pistola —le pidió—. Yo dispararé.

—No —prefería que se quedara donde estaba, a salvo de las balas.

—¡Dame la maldita pistola!

Otra bala. Payne le entregó entonces la pistola. Mientras él conducía, Eden disparó contra sus atacantes.

Salieron a toda velocidad del aparcamiento y se internaron en el tráfico. Cambiando constantemente de carril, aprovechando los semáforos en amarillo, lograron acceder a la autopista.

—¿Nos siguen?

—No lo creo. ¿Adónde vamos?

Payne había estudiado los mapas, pero no había planificado ninguna ruta. Se acercaban a un cruce, con lo que se le presentaban tres posibilidades. Tomando una decisión, giró a la izquierda.

—Hacia el sur.

Pasadas varias gasolineras y centros comerciales, la carretera de cuatro carriles se fue estrechando hasta reducirse a dos. Payne se detuvo en el aparcamiento de una cafetería.

—¿Qué estás haciendo?

—Asegurándome de que no nos siguen —se quedó contemplando los vehículos que pasaban. Ninguno de ellos coincidía con la descripción que había memorizado.

—Creo que por esta ruta vamos bien. Devuélveme la pistola.

—No.

Se volvió para mirarla.

—He dicho que me la devuelvas.

—No tiene sentido que tú tengas esto. Necesitas concentrarte en el tráfico. Por cierto... ¿no te parece que deberíamos movernos ya?

Muy a su pesar, Payne tuvo que darle la razón. Debían poner la mayor distancia posible entre los Verone y ellos. Salió del aparcamiento y se dirigió hacia el sur, sin saber muy bien cuál sería su destino final. Por el momento, necesitaba quedarse en el área de Chicago para continuar con su investigación. Al día siguiente pensaba recoger las cámaras de vídeo que había instalado en la iglesia de Santa Catalina para ver quién había asistido al funeral de Eddy. Se preguntó si Danny-O habría tenido la osadía de presentarse allí, frente al féretro del hombre al que había asesinado.

De repente se dio cuenta de que Eden lo estaba mirando fijamente.

—¿Qué pasa?

—Estoy intentando decidir si puedo o no confiar en ti.

—¿Estás de broma? Llevo en las fuerzas de la ley la mayor parte de mi vida adulta. Soy un agente experimentado. Doy clases en la escuela de Quántico.

—Eso no significa que seas un tipo en quien se pueda confiar. Hace doce años, fuiste lo suficientemente bueno como para engañar a toda mi familia. Y a mí.

—Era mi trabajo.

—¿Y ahora? ¿Cuál es tu misión actual?

—Esta vez se trata de algo personal. Necesito averiguar por qué mataron a tu hermano.

—Entiendo —Eden no había esperado aquella respuesta. Había supuesto que, una vez más, estaría trabajando para detener a los Verone.

Se recostó en su asiento, mirando por la ventanilla. Le conmovía extrañamente que Payne estuviera preocupado por hacer justicia para su hermano.

—Yo creía que Eddy ni siquiera te caía bien.

—Era tu hermano —repuso, encogiéndose de hombros—. Y eso lo convertía en una persona importante para mí.

Eden se preguntó cómo reaccionaría cuando se enterara de que tenía un hijo. No estaba segura de que debiera decírselo. Josh era su hijo, lo había criado sola. Y lo había hecho muy bien. Al menos para una madre soltera que había tenido que empezar una nueva vida en Denver, sin conocer a nadie.

Bajó la mirada a su regazo. Le temblaba la mano con que agarraba el

arma. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo tensa y nerviosa que estaba. Sólo entonces tomó conciencia de que había estado a punto de morir, cuando huyeron del motel. No pudo disimular un estremecimiento.

—¿Tienes frío? —le preguntó Payne.

—No. Solamente estoy un poquito asustada —le confesó.

—Pues nunca me lo habría imaginado. Te has portado como una profesional.

—¿Una agente profesional o una criminal profesional? ¿Te parece que doy el tipo de persona habituada a los tiroteos, o a las persecuciones a toda velocidad? —le espetó sin poder contenerse, en un estallido de furia destinado a canalizar su miedo—. Bueno, al fin y al cabo soy una Verone, ¿no?

—Como si pudiera olvidarlo.

El tono de su voz no podía ser más frío. Casi podía sentir cómo se iba alejando de ella... Mejor. No necesitaba a Payne Ferguson.

—Siempre seré una Verone.

—Lo que te dije, en realidad, era un cumplido —le explicó él—. Cuando aparecieron esos tipos, fuiste lista y rápida de reflejos.

No era así precisamente como se sentía en aquel momento. Ansiaba gritar como una histérica, a pleno pulmón. Sus nervios estaban tan tensos como un cable de acero. Y además estaba terriblemente preocupada por Josh.

—Necesito ir al aeropuerto.

—No es posible.

—¿Necesito recordarte que soy yo quien tiene una pistola en la mano?

—Te resultará imposible salir de O'Hare sin que alguien te descubra. Nos persiguen dos bandos diferentes. Por un lado, los hombres de tu abuelo. Y por otro, un grupo de agentes del FBI que han conseguido convencer a la oficina central de que soy un renegado. Querrán detenerte y someterte a un interrogatorio.

—Pero si yo no he hecho nada... —protestó.

—Las cosas son así.

Continuó conduciendo, implacable. Eden observó que no le temblaban las manos. Era un hombre acostumbrado al peligro. De alguna forma, aquella tranquilidad suya la ayudaba a recuperar la calma.

Tenía los rasgos duros, como tallados a hachazos. Y los ojos grandes, hundidos, de mirada profunda y penetrante. Se notaba el parecido con su hijo. Casi se alegraba de ello. No le importaría que, el día de mañana, Josh se

convirtiese en un hombre tan apuesto, fuerte y varonil como su padre...

De repente dejó de contemplarlo. Tenía cosas más importantes que hacer.

—Tengo que volver a Denver.

—¿Cómo?

—En avión —respondió, exasperada—. Tengo que llegar al aeropuerto O'Hare.

—Ya te lo he dicho antes. El FBI te está buscando. Eso significa que no puedes utilizar ninguna forma de transporte público. Te descubrirían. La mejor manera es atravesar el país en coche.

—Tardaría demasiado —y no disponía de mucho tiempo. Su abuelo rastrearía la pista de los amigos a cuyo cargo había dejado a Josh. Y los Verone podrían atraparla antes de que acudiera en su rescate—. ¿No hay una manera más rápida? Tal vez podría alquilar un avión.

—No. El aeropuerto estará fuertemente vigilado.

Se preguntó cómo podía mantener a Josh a salvo. Tenía que conseguirlo a cualquier precio...

—Es absolutamente necesario que vuelva a Denver.

—¿A qué tanta prisa? ¿Tu trabajo? ¿Algún novio?

Sabía que, si quería convencerlo de la urgencia de su situación, tendría que confesarle la verdad. No había otro remedio.

O al menos solamente una parte de la verdad. No le revelaría a Payne que él era el padre de su hijo. En lugar de decirle que Josh estaba a punto de cumplir doce años, le quitaría uno. De esa forma jamás lo descubriría.

—El motivo por el que tengo tanta prisa por regresar a Denver... es mi hijo. Tengo un hijo, Payne.

## Capítulo 3

—Tienes un hijo —repitió Payne, mientras la frase penetraba en su conciencia con la fuerza de una explosión.

¿Que tenía un hijo? ¿Y cómo había sido? Bueno, por supuesto, sabía cómo. Sólo que no le gustaba pensarlo. La idea de Eden acostándose con otro hombre no le entraba en la cabeza. Ella era su mujer.

—No sabía que estuvieras casada.

—Y no lo estoy. Ni lo he estado.

—¿Y el padre?

—Hace mucho que desapareció. A mi hijo le he dicho que está muerto.

A juzgar por su tono, Payne dedujo que se alegraba de que el tipo hubiera desaparecido de escena. Eso lo tranquilizó un tanto. Al menos no se había enamorado de un canalla que la había seducido para luego abandonarla.

—¿Qué edad tiene tu chico?

—Se llama Josh. Josh Miller. Está a punto de cumplir los once.

Otra carga de profundidad. No necesitaba una calculadora para saber el tiempo. Doce años atrás, Eden había volado de Chicago para establecerse en Denver. Y, aproximadamente un año después, había dado a luz un niño. Debió de haber conocido al padre de Josh a los pocos meses de llegar a su nuevo hogar.

Mientras él se recuperaba de las heridas producidas durante el último tiroteo con los Verone, para inmediatamente empezar su frenética búsqueda, Eden había estado con otro hombre. La mujer de sus sueños no había perdido el tiempo a la hora de empezar una nueva vida.

—¿Cómo te quedaste embarazada? —le espetó, sin poder contenerse—. Me dijiste que estabas tomando la píldora.

—Pensé que estaba a salvo. Si no recuerdas mal, no tenía mucha experiencia sexual que digamos... Al parecer algo fue mal.

—Al parecer —repitió Payne. Lo que realmente salió mal fue que se acostara con otro hombre cuando habría debido estar llorando su supuesta muerte. Habían compartido el amor del siglo, el amor verdadero... ¿No podía haber esperado? Al menos un año. O quizá dos.

La mujer de sus sueños se había convertido en alguien a quien no conocía, Eden Miller.

Una madre soltera de Denver con una vida hartamente complicada.

—Es por mi hijo por lo que necesito regresar cuanto antes a Denver. ¿Lo entiendes ahora?

—La verdad es que no. Seguro que lo dejarías a cargo de alguna persona responsable, ¿no?

—Por supuesto. Pero también da la casualidad de que soy una buena madre.

—Sigo sin entender a qué viene tanta prisa.

—Cuando mataron a Eddy, mi hijo se convirtió en el único descendiente directo, varón, de Gus Verone —le explicó ella—. Mi abuelo quiere que lleve a Josh a Chicago para que él pueda iniciarlo en el negocio familiar.

—Y tú no quieres que eso suceda.

—Jamás —declaró, vehemente—. Le he enseñado a mi hijo la diferencia entre lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto. No lo he educado para que se convierta en un criminal.

Aunque evidentemente reconocía que Gus Verone era una mala influencia, Payne tenía otra interpretación de la situación. Era posible que Gus sólo quisiera conocer a su nieto y volcar su cariño en la criatura. Algo perfectamente natural en un abuelo.

—¿Le has dicho a Gus lo que piensas de su negocio familiar?

—Según mi abuelo, las cosas han cambiado. Los Verone son ahora unos respetables comerciantes de vinos, bla, bla, bla. Todo mentira.

—¿Cómo lo sabes? Tú no has estado desde hace mucho tiempo.

—Todo sigue como antes. Mi abuela, llorando otra trágica pérdida, consumiéndose poco a poco. Mis primos nadando en círculos como tiburones, esperando ganar influencia. Y mi hermano ha sido asesinado. ¿Tan pronto te has olvidado de que acaban de perseguirnos a tiro limpio?

—No sabemos a ciencia cierta si fue tu abuelo quien envió a esos tipos. De hecho, lo considero bastante improbable. Gus jamás pondría en peligro la vida de una nieta suya.

Eden se quedó en silencio. Cuando Payne se volvió para mirarla, parecía deprimida. Entendía su confusión. Alguien la estaba persiguiendo, y no sabía quién. Ni siquiera sabía por qué querían hacerle daño.

Su situación no era menos complicada que la suya, como supuesto agente renegado. Pero Payne contaba a su favor con años de experiencia en operaciones secretas. Y no tenía un hijo del que preocuparse.

Vio que sacudía lentamente la cabeza. La larga melena le cayó sobre un lado de la cara, como una cortina de seda. No había soltado la pistola,

apoyada en su regazo.

—Si no ha sido mi abuelo, ¿entonces quién? ¿Quién envió a esos matones?

«La misma gente que ordenó el asesinato de Eddy», pensó de inmediato Payne, como evidente conclusión. Había otra facción de la familia Verone que deseaba apoderarse del negocio criminal. Y del hijo de Eden. Aquel niño corría un grave peligro.

Payne decidió ahorrarle esas reflexiones para no asustarla aún más.

—Imagina que alguien de tu familia quiere arrebatarte el poder a Gus. ¿Quién crees que podría ser?

—Angela —respondió de inmediato, sin pensar.

—Tú prima, Angela Benedict. ¿Por qué ella?

—Yo no le robé el coche en el que llegué al motel. En cierta forma, ella me dio las llaves.

—¿En cierta forma?

—Las dejó donde pudiera recogerlas. Y me dijo que tenía un Corvette negro —cerró los puños—. Era una trampa. Ahora sí que estoy segura.

—Probablemente tengas razón.

—Se mostraba tan amable conmigo... Incluso me entregó una tarjeta con su número de móvil. ¡Es increíble! ¡Mi propia prima!

Payne no estaba tan sorprendido. En cuestión de intrigas y comparados con los Verone, los famosos Borgia habrían quedado como unos simples principiantes.

—Yo habría apostado más bien por su marido, Nicky.

Eden sacudió la cabeza.

—Nicky no tiene carácter para convertirse en un jefe, en un capo. Angela me dijo que, desde que salió de la cárcel, ya no ha vuelto a ser el mismo. Créeme. Ella es la dura de la familia.

Payne se acordaba bien de Angela. Una mujer de impresionante belleza, con el temperamento de una tigresa.

—Dudo que los Verone acepten alguna vez a una mujer como jefe.

—Quizá no, pero Ángela podría ser el poder oculto en la sombra, la fuerza que impulsase a su marido a sentarse en el trono.

—¿Qué hay de Robert Ciari, el otro primo?

—Es el hazmerreír de todo el mundo. Tiene tres hijas, y se burlan de él por eso... —Eden alzó los ojos al cielo—. Tengo una familia horrible.

—Dedicarse al crimen organizado suele producir ese efecto.

—Si me han dado caza a mí, imagínate lo que le harán a mi hijo. ¡No puedo soportar esto!

Más adelante, Payne distinguió el cartel de un restaurante, en letras de neón rosa. Tomó el desvío sin vacilar.

—¿No tienes hambre?

—¿Cómo puedes pensar en la comida en un momento así?

—Son casi las cinco.

—Yo no quiero parar. Si seguimos conduciendo, mañana por la noche podríamos estar en Denver.

—Eso significa tomar la autopista. Y puede haber patrullas del FBI buscándonos. Para no hablar de la vigilancia por helicóptero. Además, antes tengo algunas cosas que hacer en Chicago.

—¿Ah, sí? Pues déjame bajar ahora mismo. Me las arreglaré sola.

—Te propongo un trato, Eden. Yo me ocuparé de llevarte sana y salva a Denver. Mientras tanto, buscaré alguna manera de proteger a tu hijo.

—De acuerdo. Entonces sigamos adelante.

—No —aparcó detrás de la cafetería—. Tu parte del trato es que tendrás que hacer lo que yo te diga. Sin quejas ni reproches. ¿Entendido?

—No me dejas muchas opciones —lo fulminó con la mirada—. De acuerdo.

—Y quiero que me devuelvas mi arma. Ahora.

Tuvo que obedecer. Pero su actitud repentinamente dócil despertó las sospechas de Payne. Durante todo el día lo había estado azuzando, criticando. Y ahora parecía la viva imagen de la resignación.

Se guardó la pistola en la sobaquera, bajó del coche y se puso su cazadora de cuero. Examinó los daños sufridos por el vehículo: tres agujeros de bala. Uno a sólo unos centímetros del depósito de gasolina. Aquel disparo pudo haber provocado una explosión, probablemente mortal.

—Supongo que no tendrás un cepillo para el pelo —pronunció Eden, atusándose la melena con los dedos.

Payne se sacó un peine de un bolsillo del pantalón.

—Toma. Pero no me pidas mi lápiz de labios —intentó bromear.

No sonrió. Mala señal. Sospechaba que estaba a punto de soltarle una mala noticia. Entraron en el restaurante. Payne aprovechó para observarla mientras leía el menú. Seguía recordándole la joven belleza de la que se había enamorado años atrás. Pero su propia actitud hacia ella era distinta. Ya no era la mujer etérea de antaño, siempre viviendo en las nubes. La mujer de sus

sueños.

—¿A qué te dedicas en Denver?

—Trabajo a media jornada en una empresa de catering. Nada más llegar a la ciudad hice algunas inversiones, y con eso pago la mayor parte de mis facturas —alzó la mirada hacia él—. Paso con mi hijo la mayor parte del tiempo.

—Háblame de él.

—Le gustan los deportes. El béisbol sobre todo. Y le encantan los juegos de ordenador.

Payne se dijo que, efectivamente, era una mujer con los pies bien plantados en la tierra.

—¿Y tú? —le preguntó—. ¿Cuáles son tus distracciones?

—Ya te lo he dicho. Paso mucho tiempo con mi hijo.

—Antes solías bailar.

—Ya no —frunció el ceño, desviando la mirada.

Una vez que les tomaron la orden, Payne la informó en voz baja:

—Aún tengo en la agencia unos pocos contactos de confianza —el mentor de Payne, el hombre que se lo había enseñado todo sobre su oficio, estaba en Las Vegas—. Podemos utilizarlos para poner a tu hijo en custodia preventiva hasta que lleguemos a Denver.

—No, gracias. Seré yo quien cuide de mi hijo.

Seguía evitando mirarlo. Lo cual extrañó a Payne.

—¿Vas a hacerlo todo tú sola?

—Sí. Estoy acostumbrada. Es lo que he hecho siempre. Al menos desde que nació Josh —se levantó del asiento—. Si me disculpas, voy un momento al baño.

Payne la observó mientras se alejaba a paso decidido, con la cabeza bien alta. Parecía una mujer con un firme propósito en la vida. ¿Cuál sería ese propósito? Ese mismo día, apenas unas horas antes, se había escapado por la ventana de un servicio y había robado un coche. ¿Volvería a hacerlo otra vez? En ese momento no recordaba si había cerrado con llave el coche. Hizo una seña a la camarera.

—Cóbrese la comida. Y también un par de botellas de agua.

Cinco minutos después, Eden seguía sin salir del servicio. Payne salió del restaurante y rodeó el edificio por detrás. Había una ventana abierta. En su coche no parecía haber nadie. Pero cuando abrió la puerta descubrió a Eden, agachada, manipulando algo debajo del volante.

Alzó la mirada, sorprendida.

—Se me ha olvidado cómo se hace un puente.

—Bueno, la tecnología ha mejorado algo en estos doce últimos años. Ahora robar un coche suele ser más difícil.

Se sentó al volante y le entregó las bolsas de hamburguesas y las botellas de agua. Estaba molesto e indignado. Aquello no era ninguna broma. Su propia carrera estaba en juego, y su vida también. Lo más inteligente que podía hacer era volver a Chicago y dejar a Eden a merced de Gus Verone. Era lo que se merecía. Y el lugar al que pertenecía.

A su lado, Eden probó su hamburguesa.

—Está rica.

Payne no daba crédito.

—Has traicionado nuestro trato. Dame una buena razón por la que no debería dejarte ahora mismo aquí tirada.

—No se me ocurre ninguna —bebió un trago de agua—. Dímelo tú.

Aquel último comentario acabó con su paciencia. Tras devorar de dos bocados su hamburguesa, arrancó el coche.

—¿Adónde vamos? —le preguntó ella.

—De vuelta a la ciudad —contestó, tenso—. Tengo trabajo que hacer.

—Pero yo necesito volver a Denver.

Payne no se molestó en responder. Ni en asegurarle que estaba decidido a proteger a su hijo. Si no le gustaba su plan, peor para ella.

A Eden no le importaba el tipo de motel que Payne había escogido para pasar la noche. Lo que la molestaba era que se hubieran detenido. La necesidad de regresar a Denver para hacerse cargo de Josh se había convertido en una obsesión. Era su hijo, su responsabilidad.

Sentada en una de las dos camas, observaba a Payne mientras llamaba por un teléfono móvil. Lo había sacado de uno de los maletines que llevaba en el coche. Marcó una interminable serie de números, esperó un momento, volvió a marcar más números y finalmente colgó.

—¿Qué estás haciendo?

—Encargándome de que tu hijo esté a salvo —fue su fría respuesta—. Necesito el nombre, el número de teléfono y la dirección de esos amigos tuyos con quienes se ha quedado.

Eden vaciló. Le preocupaba darle una información tan vital, pero no tenía otro remedio. Si Payne deseaba proteger a Josh, ni podía ni debía impedirselo. Escribió todos los datos en una nota.

—Debería llamarlos para avisarlos de que alguien pasará a recogerlo.

—En efecto.

—¿Es seguro hablar por esa cosa? —señaló el teléfono móvil—. Yo creía que las señales de los móviles se podían interceptar.

—Éste es seguro.

—¿Te importaría explicarme qué es lo que va a suceder exactamente?

—Este teléfono tan seguro, que no corre riesgo de ser interceptado... sonará —pronunció con tono impaciente—. Yo le facilitaré mi identificación al contacto del otro lado de la línea, y él se ocupará de que alguien en Denver, un agente, recoja a Josh y lo lleve a una casa de seguridad.

—¿Y cómo puedo confiar yo en esa persona?

—Porque te lo digo yo —la fulminó con la mirada.

—¿Qué clase de lugar es ése? ¿No se asustará Josh?

—Como a todos los niños de su edad, le encantará conocer a un agente secreto —abrió uno de sus maletines, buscando algo—. A los críos les encantan esas cosas. Para ellos es un juego de policías y ladrones.

Sacó una pistola y revisó la munición. Había otra, mayor y con el cañón más largo, y otros objetos de variado tamaño que Eden no logró identificar. Incluido un ordenador portátil.

Sonó el teléfono. Payne transmitió los datos y colgó.

—Toma —le dijo, lanzándole el móvil—. Avisa a tus amigos. Un agente estará en su casa dentro de una hora.

Eden habló con sus amigos, inventándose una excusa plausible. Luego pidió hablar con Josh.

—Hola, mamá. ¿Qué tal estás?

—Bien, cariño. Escucha, ha surgido una pequeña emergencia y necesito que te quedes con otra persona hasta que vuelva a la ciudad, ¿de acuerdo?

—Claro. ¿Y con quién se supone que tengo que quedarme?

Ésa era la parte más difícil. No quería asustarlo, pero tenía que decirle la verdad.

—El hombre que irá a buscarte es un agente del FBI. Te va a llevar a una casa de seguridad.

—¡Guau!

Parecía demasiado tranquilo... e incluso un tanto entusiasmado. Aunque tal vez estuviera disimulando su miedo para que no se preocupara.

—Todo va a salir bien. Ya lo verás.

—¿Podré contárselo a mis amigos? Bueno, supongo que no, ¿verdad? ¿Se

trata de un asunto de alto secreto?

—Así es. Alto secreto.

—No te preocupes. Lo entiendo perfectamente —le aseguró, poniendo voz de mayor.

—Estaré de vuelta en Denver lo antes posible. Te quiero, cariño.

—Yo también, mamá. Adiós.

Cortó la llamada, algo molesta por el entusiasmo de su hijo ante la perspectiva de que fuera a buscarlo un agente federal. Incluso habría preferido que se asustara un poco. Así se habría mostrado algo más cauto...

—¿Cómo está tu hijo? —quiso saber Payne—. ¿Se lo ha tomado bien?

—Está encantado —respondió, desanimada—. Entusiasmado con estas historias de agentes del FBI.

—Creo que ese chico me cae bien —se sonrió.

«Por supuesto», pronunció Eden para sus adentros. «Eres su padre».

—¿Por qué no habría de caerte bien? Yo le he dado una educación estupenda. Es un niño ideal.

—Me alegro —repuso Payne—. No parece que se resienta demasiado de no tener un hombre en la casa.

—En mi opinión, la importancia de una figura masculina o paternal en la vida de un niño es algo muy relativo.

—Eso es porque tú si la tuviste.

Eden intentó recordar lo que le había contado Payne sobre su infancia. Le había confesado que era huérfano, pero eso fue cuando se hacía llamar Peter Maggio.

—No sé nada sobre ti.

—Claro que sí. Solíamos hablar bastante.

—Solía hablar bastante con Peter Maggio —lo había amado desesperadamente. Había sido el centro de su vida—. A Payne Magnuson no lo conozco.

—No soy tan distinto de Peter Maggio.

—Háblame de tu familia.

La miró con curiosidad.

—¿Qué es lo que quieres saber?

«La razón por la que lo fuiste todo para mí», le respondió para sus adentros. Le resultaba imposible mirarlo y no ver al joven del que antaño se había enamorado. Mucho tiempo atrás había memorizado sus rasgos, contemplándolo mientras dormía a su lado. Y conocía también su cuerpo,

íntimamente...

—Durante tu infancia... ¿tuviste alguna figura masculina?

—Mi padre murió cuando yo tenía diez años, en un accidente de coche. Mi madre volvió a casarse cuando yo ya había cumplido los trece. Mi padrastro era un hombre decente, pero nunca estuve muy encariñado con él.

—¿Por qué no?

—Era profesor en el instituto local. Siempre tenía la sensación de que me estaba espiando —sonrió al recordarlo—. Era muy bueno escabulléndome. Quizá por eso me metí a trabajar de espía.

—Y tu padre biológico... ¿cómo se ganaba la vida?

—Era profesor de inglés en la Universidad de Madison, en Wisconsin. Era una especie de Hemingway. Todos los fines de semana salíamos al monte, a hacer excursiones o a escalar.

A Eden le gustó saberlo. Josh tenía un profesor universitario entre sus antecedentes familiares.

—Debía de ser un hombre muy masculino.

—Era un figura masculina en mi vida —se encogió de hombros—. Creo que todos los niños la necesitan.

—Pues yo creo que una mujer puede ofrecerle ese mismo modelo.

—¿Ah, sí? ¿Puede una mujer participar en un concurso de eructos? ¿O de escupitajos? ¿O dejarse la ropa tirada por el suelo, sin recoger?

Eden iba a responderle cuando advirtió el brillo burlón de sus ojos: le estaba tomando el pelo. Se sonrió. Para jugar se necesitaban dos. Y ella también era capaz de gastar una broma.

—Tienes razón, Payne. Pero déjame decirte algo. Eso no solamente pasa con los niños.

—¿A qué te refieres?

Se levantó de la cama y se dirigió hacia él, moviendo sensualmente las caderas. Alzó una mano para acariciarle una mejilla.

—También las mujeres necesitamos una figura masculina en nuestra vida.

Payne arqueó las cejas, sorprendido.

—Supongo que estarás bromeando.

—Tómalo como quieras —repuso, atusándose el pelo.

Volvió a la cama y se dejó caer en ella, de espaldas. Cerró los ojos. Sentía un inmenso alivio, desaparecida la tensión anterior. Josh estaba en buenas manos. Los Verone ignoraban su paradero. Por el momento, todo el mundo estaba a salvo.

—Tendremos que salir de aquí a las dos de la madrugada —le advirtió Payne.

—¿Por qué?

—Necesitamos pasar por Santa Catalina para recoger las cámaras de vídeo que dejé allí, antes del funeral de Eddy. Entre las dos y las tres será una buena hora para forzar la entrada.

Eden mantuvo los ojos cerrados, reacia a pensar en aquella perspectiva. O en el funeral de Eddy. O en Payne. Todavía no sabía cómo asimilar el hecho de que estuviera vivo. Y de que fuera el padre de su hijo. Estremecida, se sentó en la cama.

—Debería ducharme antes de dormirme.

Payne le lanzó una camiseta de talla grande.

—Puedes usar esto de pijama.

—¿Y tú que te pondrás?

La miró fijamente.

—¿Ya no te acuerdas de cómo solía dormir?

Desnudo. Dormía desnudo. Definitivamente no quería pensar en su cuerpo musculoso bajo aquellas sábanas blancas. En su ancho torso cubierto de un fino vello...

Tragó saliva y entró en el cuarto de baño. Se refrescó la cara con agua fría y se peinó con el peine que le había prestado. Tenía que quedarse allí dentro el tiempo suficiente para que, cuando saliera, Payne ya estuviera acostado y bien tapado con las mantas. Si lo veía pasearse desnudo de un lado a otro de la habitación, no respondería de sí misma...

Se miró en el espejo. ¿Podía acostarse con él? ¡Ni hablar! Ya lo había hecho una vez antes, y... El corazón le estaba latiendo a toda velocidad.

Asomó la cabeza por la puerta y lo vio sentado ante la mesa redonda que había al lado de la ventana, trabajando en su ordenador portátil. La luz de la lámpara arrancaba un reflejo de plata a su pelo negro.

Vestida con su camiseta, que casi le llegaba hasta las rodillas, se sentía terriblemente vulnerable. La corta distancia que la separaba de la cama se le antojaba enorme, insuperable. Cuadró los hombros. «¡Deja de comportarte como una estúpida adolescente!», se ordenó. Aparte del beso que habían compartido la primera vez, nada indicaba que continuara sintiéndose atraído por ella. Ya eran personas adultas. Sus vidas habían cambiado mucho.

—¿Vas a acostarte? —le preguntó él—. ¿O piensas pasarte toda la noche acechando detrás de esa puerta?

—No me mires.

—De acuerdo.

Pero cuando salió del cuarto de baño, Payne se volvió hacia ella, devorándola con los ojos. Su mirada fue como una lenta caricia que recorrió todo su cuerpo.

—Me lo prometiste —se quejó.

—Te mentí.

—¿Cómo se supone que voy a confiar en ti si...?

—Eres una mujer preciosa —la interrumpió con su voz cálida, embriagadora—. No he podido evitarlo.

Eden se acostó, tapándose bien con las mantas. Temblaba de los pies a la cabeza.

—Buenas noches, Eden —dijo y apagó la lámpara.

## Capítulo 4

A las dos y diez minutos de la mañana, Payne estaba recién duchado y vestido, con las maletas hechas. Eden seguía durmiendo plácidamente, de espaldas, con un brazo sobre la cabeza. El resplandor de la lámpara de la mesilla se derramaba sobre su piel cremosa, tan pálida que parecía tener luz propia.

Desvió la mirada. No quería sentirse atraído por Eden Miller. No era la mujer de sus sueños que antaño había imaginado. Era madre del hijo de otro hombre. Apenas confiaba en él. De hecho, había intentado huir. No era ningún ángel.

Viajar en coche hasta Denver les llevaría al menos tres días, desplazándose por carreteras secundarias. Tres días de infierno. Cerró el maletín que contenía su equipo de vigilancia y su armamento antes de mirar de nuevo a Eden. Seguía sin moverse.

Se acercó a la cama. Tenía los labios ligeramente entreabiertos. Unos labios llenos, sensuales...

Aunque su primera intención había sido sacudirla de un hombro, no se atrevió a tocarla. Un contacto llevaría a otro, tal vez incluso murmuraría su nombre, y Payne se vería inevitablemente arrastrado por el deseo.

—Eden —pronunció con voz ronca, inclinándose sobre ella.

—¿Ya es de día? —musitó, soñolienta.

—Eden.

—Quiero dormir más —entreabrió los párpados y vio dos ojos castaños de mirada cálida, penetrante. Y en torno a su cabeza, un halo de luz—. Eres tú.

Alzó los brazos, temerosa de que la visión se desvaneciera al tocarla. Acarició una mejilla fresca, recién afeitada. Olía maravillosamente bien. Tenía el pelo húmedo, como si acabara de salir de la ducha. De la ducha a la cama, para hacerle el amor...

—Peter —susurró. Cerró los ojos y alzó la cara, esperando sus besos...

—Despiértate, Eden.

Era una voz dura, brusca. ¿Se habría enfadado Peter con ella? Con los ojos aún cerrados, lo sintió apartarse, desapareciendo de nuevo en aquel oscuro vacío. Hasta que volvió a la realidad. Peter Maggio no existía. Ya no.

Se sentó en la cama y contempló la habitación del motel. Payne

Magnuson se hallaba frente a la ventana, espiando por una rendija. Estaba de espaldas a ella, como si no pudiera soportar mirarla.

Intentó decirse que ella sentía lo mismo que él. Ahora ambos eran personas distintas. Nada tenían que ver con el Peter y la Candace de doce años atrás.

—Dúchate —gruñó—. Tenemos que movernos.

Eden miró el reloj despertador.

—Pero si son las dos y veinte.

—Lo sé.

Se levantó de la cama y entró en el cuarto de baño. Empezaba un nuevo día. Cuanto antes se pusieran en camino, antes estaría de regreso en Denver, con Josh. Se duchó en un santiamén.

—¿Lista? —le preguntó Payne al verla salir, vestida con un ancho suéter. Tenía los dos maletines cerrados, sobre la cama, y se estaba poniendo su cazadora de cuero. Señaló la puerta con la cabeza—. El motor del coche se está calentando.

—¿No vas a llevarte tus cosas?

Payne negó con la cabeza y le lanzó una cazadora ligera.

—Vamos.

Una vez sentada en el coche, Eden experimentó una punzada de entusiasmo. De algún modo, comenzaba una aventura. Sabía que era estúpido alegrarse de ello, pero no podía evitarlo. Las luces del coche cortaban la noche oscura y silenciosa. Había tan pocos coches en la carretera que era como si estuvieran solos en el mundo. A pesar de que tenía un millón de razones para preocuparse, se sentía esperanzada.

—Dime una cosa, Payne... ¿por qué has dejado todo eso en la habitación del motel?

—Porque es nuestra base de operaciones. Tengo una gran cantidad de equipo sensible en esos maletines, y no quiero arriesgarme a perderlo. Algo podría pasarle a este vehículo.

—¿Como qué?

—Eso nunca se sabe —se encogió de hombros—. Es mejor dejar todas las opciones abiertas. Además, tendremos que volver a pasar por allí para tomar la carretera que nos lleve en dirección sur, hacia Danville. Luego atravesaremos la región de los Amish.

—¿Planificaste anoche la ruta en el ordenador?

—Sí. Y contacté con el agente de la casa de seguridad. Parece que tu hijo

se lo ha tomado muy bien. Estaba jugando con la Play Station.

—¿El agente de Denver llamó anoche? Podías haberme despertado.

—Lo intenté. Pero dormías como un tronco.

Poco después Payne aparcaba frente a una cafetería.

—¿Sigues tomando el café solo?

—Desde luego.

Entró en el local y salió con dos tazas de café y una bolsa de donuts.

—Tengo más información. Mandé identificar los números de matrícula de los coches que nos persiguieron ayer. Están registrados a nombre de Anthony Carelli y Terrance Ameche.

—Titty Ameche —Eden esbozó una mueca al recordarlo—. Solía jugar al rugby con mi primo, Robert Ciari.

—El nombre me resultaba familiar —comentó Payne mientras arrancaba de nuevo el coche—. ¿Qué hay del otro tipo?

—No lo conozco —pensó que, obviamente, aquellos dos, Anthony Carelli y Titty, estarían relacionados con los responsables de la muerte de su hermano—. ¿Crees que debería avisar a mi abuelo de que esos hombres no son de confianza?

—No —frunció el ceño—. ¿Por qué te parece a ti que deberíamos contactar con Gus?

—Esos tipos intentaron matarnos. Son peligrosos —a pesar de la hostilidad que sentía hacia su abuelo, no quería que lo asesinaran—. Podrían atentar contra él.

—Lo dudo. Si hubieran querido matar a Gus, lo habrían hecho hace mucho tiempo. Además, si se lo decimos a tu abuelo, querrá vengarse. Y supongo que ni tú ni yo queremos desatar una guerra en el interior del clan de los Verone.

—Cierto —se había olvidado de que, en su familia, todo el mundo tenía buenas razones para desconfiar de todo el mundo. Dio otro mordisco a su donut. Había estado pensando en los Verone como si fueran gente normal. Y no lo eran en absoluto.

De repente reconoció las calles próximas a la escuela de Santa Catalina. Se estaban acercando.

—¿Cuál es nuestro plan?

—Tú te quedarás dentro del coche, con las puertas bien cerradas, terminándote el café.

—No tengo ningún inconveniente. Fuera hace mucho frío. ¿Y tú qué

harás?

—El día del funeral instalé dos mini cámaras en el interior de la iglesia. La hermana Max me dijo que intentaría retirarlas y dejarlas en un lugar convenido. Si todo sale bien, solamente tendré que recogerlas y marcharnos.

—Estupendo. Pero tengo mi coche de alquiler aparcado en Elm Street, cerca de la iglesia. ¿Podríamos pasar por allí para que pueda recoger mi equipaje? Está en el maletero.

—Yo te lo recogeré. ¿Tienes las llaves?

—Toma —se las entregó—. Gracias, Payne. Necesito recuperar mi bolso. Mi móvil. Y mi ropa.

Aparcó sigilosamente a unos cien metros de Santa Catalina.

—Quédate en el coche. Y no salgas en ningún momento —insistió antes de abrir la puerta.

—Buena suerte.

Lo observó mientras desaparecía al amparo de las sombras. Oyó ladrar a un perro, sólo una vez. Fue la única indicación de su presencia.

Su talento como agente la impresionaba. Siempre planificaba sus movimientos con suficiente antelación, previendo las posibles rutas de escape. De alguna manera, desde que lo conoció, siempre había sabido que era un hombre bueno, y no un delincuente. Tampoco un agente federal, por supuesto. En ningún momento había sospechado su identidad secreta. Peter Maggio había sido distinto de los hombres que trabajaban para su abuelo. Más atento a los problemas de los demás. Mejor persona. Y más inclinado a hablar que a disparar.

Se preguntó si él habría experimentado algo semejante respecto a ella. Quizá su inicial atracción se había debido a que eran como dos almas gemelas: dos amantes de la justicia en un mundo donde la actividad criminal era lo normal, lo cotidiano. Eso esperaba. Le gustaba creer que entre ellos había habido algo más que simple deseo...

Suspiró, bebió un trago de café y miró su reloj. Hacía solamente siete minutos que se había ido. El tiempo pasaba con exasperante lentitud.

De repente, se sobresaltó al distinguir una sombra. Un hombre se acercó al coche, blandiendo una pistola en una mano y una credencial del FBI en la otra. A la luz de la farola, advirtió que era pelirrojo. ¿Sería Danny-O? ¿El hombre que había asesinado a su hermano?

—Abra. Me envía Payne.

No lo creía. Intuitivamente, sabía que aquel hombre no era de fiar.

Maldijo para sus adentros. Si Payne le hubiera dejado un arma...

Deslizándose sigilosamente, Payne se acercó al patio que separaba la iglesia de Santa Catalina de la escuela. Al fondo distinguió una estatua de piedra: era San Miguel, con la espada levantada. Detrás del pedestal estaban las dos cámaras. La hermana Max no lo había decepcionado.

Con las cámaras guardadas en un bolsillo, volvió sobre sus pasos. Fue entonces cuando lo vio. Emboscado en las sombras, intentó distinguir sus rasgos. Iba vestido enteramente de negro. Se notaba que se hallaba de patrulla, con un aire de estar cumpliendo con su deber. Por su actitud y vestimenta no parecía uno de los Verone. Más bien parecía un agente federal recién salido de la academia.

Payne lo rebasó fácilmente, sin ser descubierto. Sintió una punzada de aprehensión mientras se dirigía hacia el coche, donde Eden lo estaba esperando. El FBI siempre trabajaba en equipo. Si habían destacado a un agente, era seguro que no estaba solo.

Con la mirada clavada en el cañón del arma, al otro lado de la ventanilla, Eden decidió arriesgarse a salir del coche. Si lo que pretendía aquel tipo era matarla, dentro del vehículo sería el blanco más fácil del mundo. Tenía que intentarlo.

El hombre se hizo a un lado cuando Eden abrió la puerta.

—¿Así que lo ha enviado Payne? ¿Se encuentra bien?

—Perfectamente —el agente no bajó su arma—. Usted es Eden Miller, ¿verdad?

—Sí —respondió con un nudo en el estómago. Aquel tipo fornido, pelirrojo... ¿sería Danny Oliphant?—. ¿Y usted quién es? ¿Le importa que eche otro vistazo a su credencial?

—No es necesario. Señorita, estoy preocupado por su hijo, en Denver.

Eden también estaba preocupada. Ojalá Payne la hubiera despertado cuando el agente lo llamó desde la casa de seguridad. Se habría sentido mucho mejor si hubiera podido hablar directamente con Josh y escuchar, de sus propios labios, que se encontraba bien.

—¿Qué ocurre con mi hijo?

—Necesito el nombre y la dirección de la gente con la que se ha quedado. Para que podamos protegerlo convenientemente.

—Desde luego.

—Venga conmigo, señorita. Tenemos que garantizar la seguridad de su hijo.

—Por supuesto —sabía que estaba mintiendo. Alzando la mirada hacia él, deseó que se acercara a la luz para poder ver mejor su rostro—. ¿Es usted Danny Oliphant?

—Mi nombre no importa.

—Conmigo no necesita esa pistola —retrocedió un par de pasos—. Guárdesela y hablaré con usted.

—No. No mientras su amiguito Payne siga rondando por aquí...

—Yo creía que estaba trabajando con Payne.

—Podría decirse que sí. ¿Sabe? He estudiado todas sus operaciones. Sé exactamente cómo piensa.

A la luz de la farola, Eden distinguió sus rasgos. Un brillo de pura maldad asomaba a sus ojos azul claro.

—Usted es Danny-O.

—En efecto —esbozó una mueca de desdén.

Tenía delante al asesino de su hermano. En un ataque de rabia, sin pensar en su propia seguridad, se lanzó contra él. Intentó arañarle los ojos. El muy canalla se merecía morir...

Danny-O soltó la pistola para agarrarla. Eden consiguió arañarle el rostro antes de que le inmovilizara las manos. Era fuerte. Podía vencerla fácilmente, pero no le importaba. Se resistió con toda la furia de su odio, con la vengativa furia de una verdadera Verone. Le golpeó en el pecho, le propinó patadas. Aun así, seguía agarrándola.

De repente oyó un fuerte golpe. Los brazos de Danny-O cayeron a los lados, sin fuerza. Un segundo después se desmoronaba sobre el asfalto.

Detrás vio a Payne, con la pistola en la mano. Debía de haberle golpeado en la cabeza con la culata del arma, dejándolo inconsciente.

Pero a Eden no le bastaba con eso: lo quería muerto. Se arrodilló, buscando la pistola de Danny-O. Cuando la encontró, se incorporó rápidamente y lo apuntó a la cabeza.

—¡No! —se interpuso Payne—. Eden, no lo hagas.

—Apártate. Voy a matarlo.

—¿La justicia de los Verone? —agarrándola de la muñeca, la obligó a bajar el arma—. Si le disparas, no serás mejor que él.

—No me importa —le espetó—. Mató a Eddy.

—Pero aun así es un agente federal. Te acusarían de asesinato. Irías a prisión. ¿Qué pasaría entonces con tu hijo?

—Oh, Dios mío, tienes razón...—¿qué estaba haciendo? ¿Acaso había

perdido el juicio?

—Tranquila —Payne agarró el arma y se la guardó antes de proceder a esposar a Danny-O—. Vámonos de aquí —la tomó de la mano—. Nos iremos en tu coche.

—No puedo creer que haya estado a punto de matarlo... —se quejó, desolada.

—Pero no lo has hecho. Y eso es lo que cuenta.

La obligó a moverse. Eden no tuvo más opción que seguirlo. Elm Street estaba dos calles más arriba, donde había aparcado el coche.

—¿Cuál es el tuyo,

—El pequeño —señaló uno de ellos.

Payne abrió la puerta y se sentó al volante. Partieron de inmediato. Una vez que salieron a la avenida principal, miró por el espejo retrovisor. Por suerte, nadie los seguía.

—Payne, ¿crees que soy una persona marcada... genéticamente?

—¿Porque tu apellido es Verone? —negó con la cabeza—. Yo no creo en esas cosas.

—Pero perdí el control —le temblaba la voz—. Realmente quería matar a Danny-O.

Payne volvió a mirar por el espejo retrovisor. Había un coche detrás. ¿Un perseguidor? No podía correr el riesgo de quedarse rezagado para que lo rebasara. Danny-O había tomado la precaución de apostar un agente en la iglesia. Probablemente habría más por la zona.

A su lado, Eden había escondido el rostro entre las manos. Tal vez estuviera llorando. Payne tomó un desvío. Las luces del coche seguían allí. Definitivamente los estaban persiguiendo.

Habían entrado en un área industrial, salpicada de almacenes. A esas horas de la madrugada, sólo había vigilantes nocturnos. Payne aumentó la velocidad. El coche se mantenía a la misma distancia.

Se dirigían hacia el oeste. La carretera corría paralela a la vía del ferrocarril. Payne oyó el silbido de un tren a lo lejos, como un solitario grito en la noche. Circulando en paralelo a la vía, a lo lejos distinguió un cruce que conectaba con un paso a nivel, con barrera. Al fondo aparecieron las luces del tren.

Su única posibilidad consistía en cruzar las vías antes de que pasara el tren, para así poder despistar a su perseguidor. Tenía que calcular bien el tiempo, girar rápido... ¡ya!

En el cruce dio un volantazo, esquivó la barrera y pasó a las vías. La locomotora se les echaba encima.

Mientras cruzaban trabajosamente los raíles en el pequeño coche de alquiler, oyó gritar a Eden. Esquivó la barrera del otro lado.

Lo habían conseguido. Su perseguidor había quedado bloqueado al otro lado de las vías, esperando a que terminara de pasar el tren.

Acelerando todo lo posible, Payne tomó rumbo al este, hacia el motel.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó a Eden.

—La próxima vez que intentes matarnos, avísame antes —le espetó, mirándolo con los ojos muy abiertos.

—No podía perder ni un segundo. Pasaremos por el motel, recogeré mi equipo y nos pondremos en camino. Mientras todavía esté oscuro, aprovecharé para robar una matrícula.

Casi podía sentir su desaprobación.

—Vaya. Parece que la diferencia entre un criminal y un agente federal es bastante escasa. Como dos soldados enfrentados en una guerra.

—No exactamente. Yo lucho por los inocentes, para defender sus derechos. Y, por lo general, los federales no suelen hacer tanto dinero como los capos de la mafia.

—Excepto Danny-O —replicó Eden—. Por cierto, estaba intentando localizar a Josh. ¿Existe alguna posibilidad de que consiga localizar la casa de seguridad?

—Ninguna. El agente que está cuidando de tu hijo es un contacto personal mío. No trabaja para la agencia.

—¿Para quién trabaja entonces?

—Para un amigo.

Payne miró de nuevo por el espejo retrovisor. Nadie los seguía. Por el momento.

## Capítulo 5

Danny Oliphant se hallaba sentado solo en una mesa del Café Cicero. De cara a la puerta, con una taza de café entre las manos, todavía le dolía la contusión de la cabeza después de los puntos que le habían dado. El médico le había recetado unos días de descanso, pero no le había hecho ningún caso.

La herida más seria era la de su orgullo, y lo único que podía curarla era la captura de Payne Magnuson y Eden Miller. Se acarició el arañazo de la cara, maldiciéndola para sus adentros.

Había sabido, sin ningún género de dudas, que Payne había estado vigilando la ceremonia del funeral. Y como no había asistido en persona, por fuerza, había tenido que instalar alguna cámara. Después de la misa, Danny-O y otros dos agentes federales habían peinado la iglesia sin encontrar nada. Pero conociendo a Payne, había estado seguro de que las cámaras existían, y de que tarde o temprano tendría que volver para recogerlas.

Había tenido razón, y eso era lo importante. En el fondo, sabía que era mejor que Payne. Más listo.

Cuando vio a Titty Ameche y a Tony Carelli entrar en la cafetería, se llevó una decepción. Había esperado entrevistarse con los peces gordos. La gente que, últimamente, estaba dirigiendo el negocio familiar debería estar allí, aunque sólo fuera para manifestarle su agradecimiento por los riesgos que había corrido...

Los dos hombres se sentaron a la mesa, uno a cada lado de Danny-O. Titty fue el primero en hablar.

—Has dejado que se escapen.

—Y tú también —señaló Danny-O—. En el motel.

—Poco faltó —respondió el gigantón con tono hosco.

—Tendrás que admitir que estuve en lo cierto al suponer que regresarían a la iglesia.

—Pero lo dejaste escapar —insistió Titty.

Danny lo maldijo en silencio mientras se llevaba la taza a los labios. Los dedos le temblaban de furia. Esforzándose por mantener el control, les puso al tanto de la situación.

—He ordenado vigilar el aeropuerto y las estaciones de tren y de autobús. Según nuestros informes de inteligencia, no han abandonado la zona.

—A no ser que lo hayan hecho en coche —Titty se inclinó hacia él,

desequilibrando la mesa con su enorme peso.

—No creo que abandonen Chicago

—Payne era famoso por su tenacidad. No renunciaría tan fácilmente al caso—. Magnuson se quedará aquí, investigando.

—Quizá. Y quizá no. Nosotros creemos que se han puesto en camino. Candace quiere regresar a Denver.

—Ya, pero la decisión no es suya —sabía que no era Eden Miller quien llevaba la iniciativa, sino Payne—. Es Magnuson quien tiene que preocuparnos.

—El hará lo que ella le diga —insistió Titty.

—¿Por qué habría de someterse a su voluntad? —inquirió Danny con tono irritado.

—El chico está en Denver —Titty bajó la voz hasta convertirla en un murmullo—. Y es el hijo de Peter Maggio.

—¡Maldita sea! —la cabeza le dolía cada vez más. Tenía que ajustar su estrategia a aquel nuevo dato. Era probable que Payne se encaminara cuanto antes a Denver para proteger personalmente a su hijo.

—Sólo se quedarán aquí... si le piden ayuda a Gus —comentó Titty.

—Magnuson jamás haría eso —Danny estaba completamente seguro—. Su ego no se lo permitiría.

Protegiendo a su hijo, Payne se implicaba emocionalmente en aquel caso mucho más que antes. Lo cual lo convertía en un adversario aún más peligroso.

Danny-O necesitaba pararle los pies para evitar que malograra su productiva asociación con la familia Verone. Antes le había bastado con desacreditarlo y privarle de la protección del FBI, gracias al informe emitido sobre el arma utilizada en Brooklyn. Y a las declaraciones de los testigos: Luke Borman y él mismo.

Pero ahora la estrategia había cambiado. Había que eliminar a Payne. O eso o el desastre más absoluto.

La muerte era la estrategia. Danny-O se sonrió. Los dedos dejaron de temblarle mientras se llevaba la taza a los labios. La desaparición de Payne sería la garantía final de su éxito.

Cuando estaban rodeando Illinois, Eden terminó de llamar a Josh por el móvil. Resultaba obvio que se estaba divirtiendo en la casa de seguridad. Aunque sus preocupaciones no habían desaparecido, en cierta forma se sentía aliviada.

—Josh se lo está tomando muy bien.

—Estupendo.

—Háblame de esa casa de seguridad. Josh me ha dicho que se encuentra en las montañas.

—Yo nunca he estado allí.

Se asomó a la ventanilla mientras cruzaban el puente del río Vermillion. Un letrero indicaba que la siguiente ciudad era París. La región era fértil, dedicada al cultivo de soja, trigo, maíz y productos de huerta. Todo parecía tan normal y tan tranquilo... Engañosamente tranquilo. A lo lejos, unas nubes oscurecían el horizonte anunciando tormenta, o la llegada de algún tornado. El peligro jamás desaparecía.

Miró su reloj: eran cerca de las once y su estómago estaba empezando a protestar. Payne le había prometido que se detendrían a comer. Una vez más, volvió a pensar en el ataque de rabia que había sufrido durante la madrugada. Había estado a punto de matar a Danny-O. Si Payne no la hubiera detenido a tiempo, habría apretado el gatillo. Por venganza. ¿Cómo había podido sucederle una cosa así? Ella era una madre, una persona decente, no una asesina. Molesta por aquellas reflexiones, empezó a retorcerse las manos, nerviosa.

Por contraste, Payne estaba perfectamente tranquilo. Y ello a pesar de que el FBI parecía estar tomándose muy en serio el trabajo de capturarlos...

—Háblame de la gente que está de nuestro lado.

—Hay un par de tipos con los que trabajé y en los que confío plenamente. Son amigos míos. Pero, por desgracia, no puedo contactar de manera directa con ellos. Están vigilados.

—¿Cómo pudiste arreglar lo de la casa de seguridad?

—Hace mucho tiempo trabajé con un tipo singularmente honesto y leal. Le confiaría mi vida. Él fue mi maestro, mi mentor.

—¿Y ese hombre dirige una especie de red secreta de contactos?

—No, no es algo tan formal. Digamos que siempre que contacta conmigo y me pide un favor, yo se lo hago. Sin preguntarle ni querer saber nada. Y hay más gente como yo, deseosa de echarle una mano en lo que sea.

—¿Está tu maestro en Denver?

—Francamente, Eden, no quiero darte su localización.

—¿Por qué no? No es mi intención perjudicarlo.

—No se trata de ti. Es una medida de precaución. Podrían separarnos. Y atraparte. Llegado el caso, cuanto menos sepas, mejor.

A Eden no le gustó nada aquella explicación.

—¿Te refieres a algún tipo de interrogatorio? ¿A que me sometan a tortura?

—Tú conoces a tu familia mejor que yo.

—Mi familia jamás me haría daño.

—Me parece recordar que un par de tipos fueron a buscarnos al motel. Y que dispararon contra nosotros.

Eden frunció el ceño. Le costaba imaginarse a Titty Ameche disparando contra ella.

—Si nos hubieran capturado —continuó Payne—, yo no habría esperado que mantuvieras cerrada la boca. Sobre todo si te hubieran amenazado con hacer daño a tu hijo.

Resultaba evidente que no confiaba completamente en ella. ¿Y por qué habría de hacerlo?

Apenas el día anterior, había intentado escapar en su coche. En Santa Catalina, había estado a punto de matar a un hombre a sangre fría. Aquellos actos no la definían, precisamente, como una persona de confianza.

—Dime una cosa... ¿por qué te decidiste a ayudarme?

—Era lo correcto. Lo justo.

—Pero tú no confías en mí como confías en tu maestro. No me profesas esa misma lealtad.

—No es lo mismo. Pero albergo... sentimientos por ti.

—¿De veras? —se alegraba de saberlo—. ¿Qué tipo de sentimientos?

—Responsabilidad, por ejemplo. Quiero protegerte —vaciló por un instante, reflexionando—. Y culpa también. Hace doce años, debí haber sido más listo. Tenía que haberte encontrado.

—Si lo hubieras hecho... ¿qué habría sucedido?

—No quiero vivir en el pasado, Eden. No tiene sentido lamentarse o devanarse los sesos por lo que podría haber pasado.

—En aquel entonces, estabas enamorado de mí.

—En aquel entonces.

¿Y ahora? ¿Podría sentirse atraído por ella, aunque sólo fuera mínimamente? Eden reflexionó detenidamente sobre ello y concluyó que eso no le habría importado en absoluto. No podía negar que, cuando lo miraba, sentía que algo se removía en su interior, como un antiguo anhelo profundamente enraizado. Algo mucho más poderoso que cualquier atracción superficial por un hombre guapo.

¿Cómo sería hacer el amor con él, después de tantos años?, se preguntó mientras lo contemplaba. Se fijó en sus manos, fijas en el volante. Aunque tenía los dedos largos y finos, definitivamente eran las manos de un hombre acostumbrado al trabajo duro. Tenía callos, cicatrices.

Se imaginó aquellas mismas manos viajando por su cuerpo, acariciándola, excitándola hábilmente... Doce años atrás, su acto amoroso había sido violentamente apasionado. ¿Y ahora? ¿Sería más meticuloso, más detallista? ¿Sus caricias serían más lentas, más hábiles, más expertas en el arte de despertar su deseo y desterrar sus inhibiciones?

Contempló su perfil. Altos pómulos, mandíbula cuadrada... Se fijó en su boca. ¿Cómo sería delinear aquellos labios con la punta de la lengua?

—¿Tienes hambre? —le preguntó él, de pronto.

Eden se sobresaltó. Estaba hambrienta de su atención, de su cariño. Pero no podía decírselo. Porque podría rechazarla. Y abandonarla de nuevo.

—Sí —respondió, volviendo a la realidad.

—Yo también.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a Denver?

—No lo sé exactamente. Hoy llegaremos al área de San Luís. Me gustaría parar por allí y cambiar de vehículo.

—¿Otro coche de alquiler?

—No, eso podría ser un problema. Los federales estarán vigilando todas las agencias de alquiler. Y no tenemos otra cédula de identidad.

—Yo sí. Tenía guardada una, en caso de que surgiera alguna emergencia. Susan Anthony.

—¿Como Susan Anthony, la famosa sufragista?

—Efectivamente. La primera mujer cuya efigie apareció en una moneda de dólar. La considero todo un ejemplo a seguir.

—¿Por qué? ¿Por su labor por los derechos de las mujeres o por aparecer en un dólar? —bromeó Payne.

—Ambas cosas.

Pese a su tono desenfadado, Payne era muy consciente del miedo que debía de haber experimentado Eden para hacerse con dos falsas identidades. Candace Verone, alias Eden Miller, alias Susan Anthony. Y así había permanecido durante doce años enteros. Una misión muy larga.

En el cruce con la carretera 36, giró a la derecha, hacia el oeste.

—Cuando todo esto termine... ¿qué piensas hacer?

—No sé, quizá empiece de nuevo como Susan Anthony y me traslade a

otra ciudad, aunque detestaría tener que hacerle eso a Josh. Le gusta el colegio, ya tiene amigos... No comprendería que tuviéramos que movernos.

—Y también que tuvierais que utilizar otro nombre. ¿Qué es lo que sabe tu hijo de tu familia?

—No mucho. Le dije la verdad: que mi madre y mi padre fallecieron. Sabe que tiene abuelos, tíos, primos...

—¿Le has mencionado el apellido Verone?

—Jamás. No puedo correr el riesgo de que Josh lea en el periódico o vea en la televisión algo relacionado con ellos, como un supuesto ajuste de cuentas en Chicago, o algo parecido. Como la noticia del asesinato de Eddy.

—¿Le dijiste que Eddy era su tío?

—No.

—Todo esto ha debido de resultarte muy duro —comentó Payne, haciéndose cargo de su situación. Y de lo terriblemente sola que se habría sentido después de romper con su familia.

—He sobrevivido —repuso, cuadrando los hombros—. Si te parece, alquilaré el coche a nombre de Susan Anthony. Lo único que lamento es tener que quemar tan pronto esta otra identidad...

—Podemos encontrar otra manera —aunque podía recurrir a su mentor para conseguir un contacto seguro en San Luís, no quería divulgar su localización a no ser que fuera estrictamente necesario.

De hecho, conocía a un agente de San Luís que podría ayudarlos. Se llamaba Samuels y había estado en Quántico durante un tiempo, enseñando técnicas de sabotaje informático e inteligencia. Era arriesgado contactar con él, pero...

—Tengo una idea —exclamó de pronto Eden—. Tengo familiares en San Luís. Y, si no recuerdo mal, uno de ellos vende coches de segunda mano. ¡Es perfecto!

—¿Familiares tuyos? —inquirió Payne, desconfiado.

—Parientes de mi madre. Pero no te preocupes. Odian a los Verone. Desde que nací, siempre se han llevado fatal. Como las familias enfrentadas de *West Side Story*.

—Eden, no creo que sea muy inteligente colocarnos en medio de una *vendetta* familiar.

—No hay problema. La tía Camille y su parentela no van por ahí matando gente. Hace años que no los veo, desde que estaba en el instituto y pasé por San Luís de camino a Carbondale, con la intención de matricularme en la

Universidad de Illinois. Estuve a punto de hacerlo, ¿sabes?

—¿Qué te hizo cambiar de idea?

—El interés que tenía por cierto tipo de Chicago —respondió con tono nostálgico—. Trabajaba para mi abuelo, lo cual constituía un gran punto en su contra. Jamás volveré a enredarme con un individuo como Peter Maggio. Pero en el fondo tenía algo que...

—Espera un momento. ¿Me estás diciendo que estabas detrás de mí?

—Exacto.

Payne no podía creerlo.

—¿Tú detrás de mí?

—¿No te parecía extraño que me encontraras siempre allá a donde tú ibas?

—Creía que era coincidencia.

—Sabes perfectamente que las coincidencias no existen...

—Y que detrás de cada suceso hay una razón —Payne completó la frase que resumía su filosofía de vida. ¿Pero por qué? ¿Cuál habría sido la razón última de aquella aventura amorosa de juventud?—. Increíble. Fuiste tú quien inició nuestra relación.

—Eso ni lo dudes.

Jamás lo había sospechado. Algo de lo que no podía culpar a su presunta juventud, o a su ingenuidad. En aquel entonces ya era un hombre de veinticuatro años, un agente federal. No era ningún bebé. Una sucesión de imágenes asaltó su mente. Una hermosa joven tomando el sol en la puerta del estudio de su abuelo. Lavando el coche justo cuando Payne salía de la casa. Haciendo de camarera y atendiéndolo solícita en el restaurante de su familia. Recordaba bien su delicioso perfume, sus ojos de mirada vivaz, la música de su risa...

—Me sedujiste.

—Pues... sí.

—No puedo creerlo. Pasé por un verdadero dilema moral antes de pedirte que salieras conmigo, pensando que era demasiado mayor para ti.

—No vayas a creerte que estaba familiarizada con esos juegos de seducción.

—Sí, pero... ¿por qué yo?

—Porque pensé que eras... el hombre de mi vida.

—A mí me pasaba algo parecido.

Un incómodo silencio siguió a aquellas palabras. Si todo sucedía por una

razón, ¿por qué ahora volvían a estar juntos? Payne sabía que, de nuevo, aquella mujer lo estaba llevando a alguna parte. A un peligro mayor, probablemente.

Por la ventanilla vio a un campesino Amish trabajando la tierra con un antiguo arado. Iba vestido con unos pantalones negros, tirantes y un sombrero de ala ancha. Detrás del hombre, dos chicas jóvenes ataviadas con sobrios vestidos y tocas blancas sembraban los campos.

—Mira. Ni siquiera tienen un tractor —comentó Payne. Los Amish mantenían sus tradiciones incluso en el nuevo milenio—. Ni coches, ni electricidad.

—Me pregunto si podría venirme aquí e instalarme con los Amish.

Payne estuvo a punto de soltar una carcajada. Incluso vestida con aquel sencillo suéter, Eden resultaba demasiado sofisticada. Era la viva imagen de una chica de ciudad.

—Sería un ambiente excelente para criar hijos —añadió Eden—. Estarían completamente a salvo.

Aunque Payne entendía su anhelo de estabilidad, una vida tan tranquila como la que llevaban los Amish no era para ella. Ni para su hijo.

—Josh es un apasionado de los juegos de ordenador, ¿no? Supongo que se aburriría en un ambiente como éste.

—Probablemente.

Payne tomó un desvío y entró en una pequeña población. En la puerta de un restaurante, aparcó detrás de un coche de caballos Amish.

—A comer.

—¡Ya tenía hambre! Pero antes tengo que sacar mi maleta. Necesito cambiarme de ropa.

Entraron en el local. Payne encontró una mesa y pidió un pollo para dos mientras Eden se dirigía al servicio.

Esa vez no temía que intentara huir. Tanto si les gustaba como si no, tendrían que seguir juntos hasta que llegaran a Denver y localizaran a Josh. Una vez allí, se encargaría de garantizarle algún tipo de protección. Finalmente, se despedirían de nuevo. Payne volvería a su vida rutinaria, lejos de la mágica fantasía de un antiguo amor recuperado.

Cuando Eden se sentó a la mesa, apenas la reconoció. El leve toque de maquillaje resaltaba sus rasgos y enfatizaba sus luminosos ojos castaños. Se había puesto unos vaqueros azules, un suéter de color burdeos y una elegante chaqueta de *tweed*.

—Estás muy bien.

—Gracias. ¿Has pedido?

—Sí —respondió, sin dejar de admirarla. Estaba delante de la verdadera Eden Miller, madre soltera y mujer decidida, valiente.

Aquella mujer lo atraía. Y de una manera muy distinta que aquella sobre la que, años atrás, había proyectado su sueño, su ideal.

—Tengo otra idea —dijo de repente Eden, sacando su teléfono del bolso—. ¿Y si llamo a Ángela a su móvil?

—No creo que sea una buena idea.

—Escúchame bien, Payne. Con unas cuantas sutiles insinuaciones, podría hacerle pensar que hemos tomado la otra ruta, la que atraviesa Nebraska.

Payne asintió, pensativo. Era un truco que podría resultarles muy útil...

—¿Qué razón le darías para llamarla?

—¿Unas palabras de agradecimiento por haberme prestado su coche?

—De acuerdo, pero llama con esto —le entregó su propio móvil, el de seguridad—. Y que sea una llamada corta. No hables demasiado.

—Si hubiéramos tomado la ruta norte... ¿dónde nos encontraríamos ahora mismo?

—En Iowa City.

—Muy bien —sonrió, tomando su móvil. Se alegraba de hacer algo útil—. Tendré cuidado.

Marcó el número de la tarjeta de Angela. Cuando su prima respondió, se identificó como Candace.

—¡Dios mío! —exclamó Ángela—. ¿Te encuentras bien?

—He estado mejor. Escucha, quería darte las gracias por haberme ayudado a escapar. Para mí significa mucho que alguien de mi familia entienda cómo me siento.

—Te fugaste con Peter Maggio. Lo amas.

—No —miró a Payne, que la miraba fijamente—. Quiero decir... no lo sé.

—El amor impulsa a la gente a cometer locuras —suspiró Ángela—. Lo siento, Candace, pero tienes que dejarlo. Con él no estás segura. Vuelve a casa.

—No. No puedo.

—Entonces dime al menos dónde estás. Iré a buscarte. Sola.

Aquello sonaba a amenaza. Eden sintió una punzada de furia tan violenta que no pudo contenerse.

—¿De la misma forma que Titty Ameche fue a buscarme? ¿Con un arma en la mano?

—Yo nunca pretendí hacerte daño. Jamás. Si te lo hice, que baje Eddy del cielo y me mate. Oh, lo echo tanto de menos... —su voz parecía recoger un hilo sincero de emoción. Aclarándose la garganta, inquirió—: ¿Dónde diablos estás?

—Estamos en camino, en la carretera. No sé decírtelo exactamente. Quizá cerca de Iowa City...

—Quédate allí. Iré a buscarte y...

—Tengo que colgar —mintió Eden—. Viene Peter —y cortó la llamada. Miró a Payne con expresión radiante—. Ha sido divertido.

—¿Qué te ha dicho?

—Quiere que regrese con mi familia, para que esté bien protegida... ¡Ja!

—¿Sigues pensando que ella está detrás de todo esto?

Eden ya no estaba tan convencida como antes. Le había parecido detectar cierto rastro de sinceridad en las palabras de Ángela, sobre todo cuando habló de Eddy.

—Es difícil saberlo.

—Porque es familia tuya —repuso Payne—. Es natural que creas en ellos. Adelante, llama a tu tío de San Luís. A ver si nos puede proporcionar otro coche.

Eden sintió una oleada de placer mientras marcaba el número de Frank Borelli. Estaba a punto de visitar a su familia. Aquello era como volver a casa.

## Capítulo 6

Eden estaba emparentada con los Borelli de San Luís a través de su tía Camille, la prima de su madre que, de niña, se había trasladado a vivir con su familia después del divorcio de sus padres, que supuso un auténtico escándalo. Todavía al hablar de Camille, la abuela Sophia arrugaba la nariz, refiriéndose a ella como el «vástago de un hogar roto».

Una odiosa distinción. Sobre todo viniendo de una familia que contaba en su haber con una buena cantidad de asesinos y ladrones. Y, lo peor de todo: la abuela Sophia había traicionado a Eden en la iglesia, entregándola en bandeja de plata a Gus Verone. Frunció el ceño. Tardaría algún tiempo en perdonarle semejante traición. Para todos los efectos, su tía Camille, que había terminado escapándose a San Luís para casarse con un hombre honesto y trabajador, era bastante mejor persona que Sophia.

Para cuando Payne aparcó en la puerta de la elegante casa de dos pisos, Eden se sentía mucho más animada. Después del grotesco reencuentro con los Verone en Chicago, aquella visita tenía que ser forzosamente mejor. ¿Qué podría ser peor que escapar de su propia familia por la ventana de un servicio de señoras? Si no hubiera sido todo tan trágico, era como para echarse a reír. Mirando por la ventanilla, suspiró.

—Es increíble. Esta casa no ha cambiado nada en trece años.

—Repasemos nuestro plan —sugirió Payne—. Entramos, recibimos el coche y nos vamos. Corteses, pero rápidos.

—Pero tendremos que quedarnos un rato... —replicó mientras bajaba del coche—. Mi tía Camille hace la lasaña más rica del mundo. Está como para chuparse los dedos.

—De acuerdo —rodeó el coche para reunirse con ella—. Pero luego nos largaremos.

—Deberíamos haber traído algo. No está bien presentarnos con las manos vacías.

—Eden, ésta no es una visita como cualquier otra. Tenemos una emergencia.

—Lo sé —sólo por un momento, quiso imaginarse que estaba volviendo con su familia, con el mundo al que pertenecía desde niña... a pesar de que su vida familiar había distado mucho de ser perfecta. Por supuesto, había habido unos pocos momentos felices. Una Nochebuena, con los Verone

cantando villancicos. Bailando con su abuela en la boda de Angela y Nicky Benedict. La fiesta de su sexto cumpleaños, cuando su madre le alquiló un pony...

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Payne.

—Sí —se recuperó mientras caminaban por el sendero de entrada, flanqueado de flores—. No te preocupes, no hay nada que temer. Le advertí al tío Frank que no dijera nada de esto. Nadie más de mi familia sabrá que estamos aquí. Excepto su hijo Junior, el dueño del negocio de coches.

Antes de que Eden pudiera llamar al timbre, una mujer menuda y sonriente abrió la puerta. Era la tía Camille.

—¡Candace Verone! —exclamó—. ¡Qué alegría, Dios mío!

La abrazó, haciéndola entrar en el vestíbulo.

—Déjame mirarte... ¡Estás estupenda!

—Y tú. No has cambiado nada —no era un cumplido de cortesía. No parecía haber envejecido.

—Bueno, ha habido algo de lifting y de cirugía estética... Pero merecía la pena.

—Y a mí me costó una fortuna —intervino el tío Frank, apareciendo de repente. Era un hombre bajo, calvo y de oronda barriga—. Pero ya sabes cómo es tu tía Camille... —abrazó a su sobrina, cariñoso.

—Oh, Dios mío... —Camille tenía los ojos llenos de lágrimas—. Candace, te pareces tanto a tu madre, que en paz descansa...

—Y a tu hermano —añadió Frank—. Nos enteramos de lo de Eddy por los periódicos. Otra tragedia para los Verone. En vez de Eddy, deberían haberle disparado a tu abuelo...

—Déjalo, Frank, por favor —lo interrumpió su mujer, antes de volverse hacia Payne, esbozando una radiante sonrisa—. Candace, ¿no nos vas a presentar a tu novio?

—No es mi novio —explicó Eden, ruborizándose—. No estoy saliendo con nadie...

—Yo creía que estabais atravesando el país juntos.

—Bueno, sí, pero...

—No hay necesidad de explicaciones —tronó Frank con su voz profunda—. Discreción, Camille. Los chicos de ahora no son como los de antes. No se casan tan rápido.

—¿Me estás diciendo que, si me hubieras conocido hoy, no te habrías casado conmigo? —se le encaró Camille.

Su marido se inclinó hacia ella para decirle algo en italiano que le arrancó una carcajada. Observándolos, Eden se sonrió. Sus tíos eran muy divertidos. Aquella casa siempre había estado llena de risas y de alegría. Y de amor.

De repente el tío Frank estrechó la mano de Payne y se presentó:

—Frank Borelli. Trabajo de agente inmobiliario, compro y vendo propiedades urbanas, y soy incapaz de mover a esta mujer de esta casa. Llevamos veinte años en la misma. ¿Y usted, joven? ¿Se puede saber a qué se dedica?

—Doy clases en una escuela universitaria cerca de Washington.

—Ah, vaya —entrecerró los ojos, calibrándolo con la mirada—. ¿Y bien, *professore*? ¿Cuál es su nombre?

—Peter Maggio.

Eden le lanzó una mirada de sorpresa. No habían hablado previamente de nombres, pero le complacía que hubiera escogido el de Peter: una identidad que tenía el efecto de transportarla a aquel tiempo. Casi tenía la sensación de que se trataba de una visita de cortesía, y de que estaba allí para presentar a sus tíos al hombre con quien quería casarse. Al padre de su hijo.

—¡Maggio! —el tío Frank le dio una cariñosa palmada en la espalda—. Italiano, como nosotros. Estupendo.

—Vamos a la cocina —ordenó Camille—. Tenéis que comer.

La enorme y bien provista cocina era el corazón de la casa.

—Sentaos a la barra. Ya sé que lleváis prisa.

—Tendréis que esperar un poco —les advirtió Frank—. Junior va a venir con el coche. Un Nissan. Una verdadera maravilla. Se trata de una transacción normal, ¿no? Espero que no tenga nada que ver con el negocio de los Verone.

—Es justamente lo opuesto —Eden sabía que debía darles una mínima explicación, lo más escueta posible—. Fui a Chicago para el funeral de Eddy. Mi abuelo quería que me quedase, y yo no. Así que me escapé.

—¿Otra vez? —exclamó Camille—. ¿Qué nos dices de tu pequeño? ¿Tienes fotos?

Por supuesto que las tenía. Eden siempre llevaba una foto de Josh en la cartera, pero no podía mostrársela estando presente Payne. Podría reconocer el parecido. De hecho, Josh era idéntico a Payne.

—No. Lo siento —mintió—. No llevo ninguna.

—Yo todavía tengo la que me enviaste tú —Camille fue a la nevera, en cuya puerta tenía pinchadas decenas de fotos familiares—. Ahora debe de

tener casi doce años, ¿no?

—Está a punto de cumplir los once —la corrigió Eden, asustada.

La foto del bebé que Camille estaba buscando tenía la fecha de su nacimiento. A Payne no le pasaría desapercibida. Y ella no quería que se enterara de aquella manera...

—Estoy segura de que tiene casi doce —insistió Camille.

—¡Diantre! —el tío Frank alzó los ojos al cielo—. ¿Sabrás tú mejor que su propia madre la edad que tiene el niño? ¿Vamos a comer o no?

Camille frunció el ceño.

—Debo de haberla colocado en el álbum. Voy a buscarla.

—Ni hablar. A comer he dicho.

Camille sacó la comida del horno y empezó a servir los platos. Minutos después Eden estaba sonriendo de nuevo, aliviada. Se sentía terriblemente cómoda en aquella casa, formando parte de una familia. Deseó que aquella experiencia fuera algo cotidiano en su vida, y que pudiera compartirla con Josh. Una familia propia. Más niños. Un marido. Un hogar de verdad.

Probó la lasaña. Estaba exquisita. Miró a Payne, que la estaba saboreando

—Camille, es usted la mejor cocinera del mundo —comentó, suspirando.

—Os daré la receta. Pero Candace también cocina muy bien —apuntó, maliciosa.

Cuando sus miradas se encontraron, Eden supo que estaba pensando en las cenas con las que le había obsequiado años atrás. Solía darle a probar los platos de su propio tenedor. En aquel instante, mirándolo, evocando aquellos deliciosos recuerdos, se sintió extraordinariamente cerca de él, como si estuvieran unidos por un vínculo indisoluble.

—Supongo que sabrás cuál es el mejor camino para llegar al corazón de un hombre —añadió Camille, dirigiéndose a su sobrina.

En un impulso, Eden extendió una mano y la posó sobre el vientre de Payne.

—El estómago.

Payne le tomó la mano, apretándole ligeramente los dedos.

—¿Y para llegar al corazón de una mujer?

—La cabeza —respondió ella—. Las mujeres son mucho más prácticas que los hombres.

Con la otra mano, le acarició una mejilla.

—Me gustaría poner a prueba esa teoría.

De repente oyeron gritar a alguien desde la puerta:

—¿Dónde está mi preciosa primita?

Eden se levantó y corrió a abrazar a Junior. Aparte de su elevada estatura, se parecía terriblemente a su padre, incluida la calvicie. Entusiasmado, la alzó en volandas.

Junior no había ido solo. Lo acompañaban su mujer y sus cuatro hijos; el mayor no había cumplido los diez años. Los niños entraron en la cocina a saludar a sus abuelos.

—Junior me ha hablado tanto de ti... —le confesó la mujer de su primo a Eden. Era como si la conociera de toda la vida—. Solía decirme que eras la chica más bonita e inteligente del mundo.

—¿De veras? Jamás lo habría imaginado. ¡De lo que más me acuerdo es del miedo que me metía con las arañas!

—Porque me gustabas —le confesó Junior. De repente se puso serio—. Lamento lo de Eddy.

—Yo también.

—Enviamos unas flores. Espero que no se molestara nadie.

A Eden la conmovió aquel gesto. Por muy mal que se llevaran los Borelli y los Verone, seguían siendo parientes.

—Estoy segura de que a la abuela Sophia le encantó.

Mientras Junior se llevaba a Payne a un aparte para cerrar el trato del Nissan, llegó otra prima de Eden con su marido. Se sirvieron más platos de lasaña y el volumen de la conversación subió varios decibelios.

Si ésa era la idea que su tío Frank tenía de una visita rápida y discreta, Eden podía imaginarse perfectamente lo que sería una gran fiesta de bienvenida. Rodeada como estaba de gente feliz, le entraban ganas de atesorar para siempre aquel momento para las frías y solitarias noches que la esperaban.

—Son una gente estupenda —le comentó Payne en voz baja, acercándose a ella.

—Familia —la palabra tenía resonancias mágicas—. ¿Alguna vez has pensado en formar una?

—Claro.

Sin embargo, pensó Eden, la vida familiar se compaginaba mal con las misiones secretas. Y el índice de divorcios era muy alto entre los servidores de la ley. Por lo demás, Payne ya tenía treinta y seis años; demasiado mayor para cambiar tan radicalmente de hábitos. Su oportunidad de formar una familia ya la había malgastado años atrás con la propia Eden.

Payne la observó detenidamente mientras hablaba con los demás. Riéndose, gastando bromas a Junior, jugando con sus hijos... parecía encontrarse en su elemento.

—Será una gran esposa —se le acercó el tío Frank, tuteándolo—. ¿No te parece?

—Sí —afirmó, sincero.

—Y quizá tú seas el marido. Con la edad que tiene ahora, su hijo está pidiendo un padre a gritos.

—Un padrastro —lo corrigió Payne.

Porque el hijo de Eden tenía un padre: un hombre sin rostro que Eden había conocido en Denver. Ése era un hecho que no podía cambiar.

—Pero vosotros también podéis tener hijos —le guiñó un ojo, malicioso—. No es tan difícil.

—Más que hacerlos, lo que me preocupa es criarlos.

—Ahí tengo que darte la razón, *professore*.

El timbre sonó de nuevo y aparecieron dos primos más, gemelos: Spike y Mike. Spike había salido directamente del trabajo, sin cambiarse su uniforme de policía. Payne tuvo la sensación de que lo miraba con cierta sospecha...

Sabía que debían marcharse. El peligro era mayor con cada persona nueva que se sumaba a la reunión. ¿Pero cómo podía sacar a Eden de allí? Era la estrella del baile... Una especie de *Cenicienta* disfrutando de unos instantes mágicos a la espera de que dieran las doce.

Viéndola tan feliz, le entraban ganas de abrazarla. Ojalá hubiera podido verla cuando estaba embarazada. Su casa de Denver debía de ser encantadora, llena de plantas y de recuerdos atesorados con cariño. Se preguntó si conservaría alguno del tiempo que habían pasado juntos, doce años atrás.

El grupo se trasladó al salón. La reunión amenazaba con prolongarse durante toda la tarde. La tía Camille había amenazado ya con sacar los álbumes de fotos. Bruscamente, fue la propia Eden quien puso fin a la fiesta.

—Lo siento, pero tenemos que marcharnos.

Insistió, entre un coro de protestas. Y Payne la respaldó hasta que salieron de la casa y subieron al Nissan. Segundos después se alejaban de allí mientras Eden los saludaba y les lanzaba besos por la ventanilla.

—Ojalá Josh hubiera estado aquí —le comentó minutos después, feliz y satisfecha—. Tantos primos como tiene y no conoce a ninguno.

—Puedes organizar una visita.

—Oh, claro. Ya has visto lo que ha pasado esta tarde. Se suponía que ésta

tenía que ser una visita rápida.

—Háblame de tu casa de Denver.

—Es pequeña, pero cómoda.

—¿Tienes jardín? ¿Perros? ¿Gatos?

—Un jardincito en el que cultivo hierbas para cocinar. Y tenemos cinco carpas doradas. La más brillante se llama Peter.

Por Peter Maggio, supuso Payne. Eden lo había relegado a la categoría de pez. Al menos era el más brillante de los cinco.

—Por cierto... ¿por qué les has dicho a mis tíos que te llamabas Peter Maggio?

—Es mi identidad falsa. Mi permiso de conducir está a ese nombre.

—Es extraño. Pensé que habías renunciado a él cuando supuestamente te asesinaron.

—La falsa identidad de un difunto es la más perfecta de todas —replicó. Nadie esperaba que un cadáver utilizara una tarjeta de crédito—. Supongo que pude haber cambiado de alias, pero me sentía vinculado de alguna manera con Peter Maggio. Cuando usé ese nombre... bueno, puede decirse que en aquel entonces era feliz.

No había querido ser tan explícito. Había bajado la guardia. Eden no tenía por qué saber eso. Había seguido adelante con su vida, se había quedado embarazada, había comprado una casa y había criado a su hijo.

—¿Por qué no te casaste y fundaste una familia?

—Tengo a Josh —respondió ella.

—Cuando estábamos juntos, querías tener muchos hijos. Al menos cuatro.

—Las cosas cambian.

—¿Qué es lo que cambió para ti?

—El hombre que amaba murió. ¿Te parece poco cambio?

Eden se quedó callada, contemplando la oscuridad. Durante los doce últimos años, se había construido una vida propia, satisfactoria. Pero jamás había podido escapar al dolor. Al principio había pensado en Peter Maggio cada día. Había llorado, lo había maldecido.

Con el transcurso del tiempo, el dolor menguó en intensidad, pero ella jamás se recuperó. Intentó salir con otros hombres, pero ninguno pudo equipararse con su amante perdido, cuyo recuerdo idealizó con los años.

—Quizá ahora que sé que estás vivo... pueda finalmente poner a descansar al fantasma de Peter Maggio.

En un motel de la periferia oeste de San Luís, Payne se concentró de nuevo en su investigación. Necesitaba descubrir la pista fundamental, que podría relacionar a Danny-O con la facción de los Verone empeñada en hacerse con el negocio familiar. Encendiendo su ordenador, se dispuso a estudiar el vídeo que había grabado del funeral de Eddy.

Sentada en la cama, Eden se preparó también para mirar el vídeo. Llevaba un sencillo camisón de algodón bajo el albornoz. No era especialmente sensual, pero estaba igualmente atractiva. A duras penas resistió Payne el impulso de abrazarla. No quería intimar demasiado. Temía las consecuencias.

—Si te resulta doloroso, no lo mires...

—No. Quizá pueda ayudarte —repuso ella—. Conozco a la mayoría de esa gente, y podría identificar alguna relación extraña.

—Desde luego, tus impresiones serán muy útiles —por lo demás, el propio Payne esperaba poder reconocer algunos rostros. Otros agentes. Quizá compañeros suyos.

Estaba seguro de que Danny-O no trabajaba solo. Al menos, Luke Borman estaba con él. Y alguien de las esferas más altas debía de haber facilitado a Danny-O acceso a los archivos y a los testimonios secretos.

—Estás buscando a tus amigos, los federales, ¿no? —adivinó Eden—. Pero ¿por qué un agente federal habría de estar implicado en las actividades de mi familia?

—Por una buena recompensa.

—¿Hay mucho dinero en juego? Que yo sepa, las ramas más lucrativas de los negocios de mi abuelo fueron desmanteladas hace doce años.

—Eso fue hace mucho tiempo —le recordó Payne—. No conozco los detalles, pero sé que se ha producido un incremento de la actividad delictiva relacionada con la familia Verone.

—¿Qué tipo de delitos?

—Juego ilegal, préstamos usurarios, intimidaciones. Delitos difíciles de rastrear, y de demostrar en un tribunal.

Eden esbozó una mueca.

—Es terrible. Y pensar que mi abuelo está al frente de todas esas actividades...

—Tal vez sea inocente —se apresuró a aclararle Payne—. Según nuestros informes, no existe ningún asalto u homicidio que pueda ser directamente atribuido a Gus. Es su reputación lo que lo convierte en principal sospechoso.

—Pero está perdiendo el control, ¿verdad?

—Sí.

—Gus ya no es tan fuerte como antes —señaló Eden—. Sobre todo ahora que Eddy está muerto. Y hay otro miembro de la familia a la espera de hacerse con el poder.

—El mismo que anda detrás de nosotros —añadió Payne mientras conectaba el vídeo.

La cámara había sido colocada en el interior de la iglesia, justo encima del altar. Las naves de Santa Catalina aparecían envueltas en una penumbra fantasmal.

—Ése es Robert Ciari —Eden lo identificó entre la fila de rostros que procedían a ocupar sus asientos en el primer banco—. La mujer que está con él es su esposa. Las niñas deben de ser sus hijas.

Payne reconoció a la mujer de impresionante belleza que se hallaba sentada al otro lado. Angela Benedict. Aunque caminaba al lado de su marido, Nicky, no se tocaban.

—Parece una reina —comentó Eden.

—Una mujer poderosa, evidentemente —pero seguía sin imaginarse a los Verone aceptando a una mujer como jefe.

Varias personas más entraron en la iglesia. Payne reconoció a uno de los hombres. Se apresuró a detener el vídeo.

—¡Maldita sea!

—Es uno de mis primos, los gemelos Borelli —pronunció Eden—. No sé cuál exactamente. ¿Crees que será el policía?

Payne apagó el ordenador.

—¿Qué es lo que sabes de Spike Borelli? —le preguntó, procurando disimular su alarma.

—Prácticamente nada. Creo que su verdadero nombre es Steve, pero todos lo llaman Spike por su parecido con su hermano gemelo. Proceden de una familia numerosa. Diez hermanos, creo.

Posiblemente Spike había asistido al funeral por razones que nada tenían que ver con las sombrías conexiones entre las fuerzas de la ley y la familia Verone. Aunque, por otro lado, Spike también podía ser un vínculo, un eslabón.

Por desgracia, su mentor de Las Vegas no podía ayudarlo a responder a esas preguntas.

Payne necesitaba contactar con alguien dentro del FBI. Apagó el vídeo y se dedicó a buscar un número de teléfono en el ordenador.

—¿Qué estás haciendo?

—Conozco a un agente destacado en San Luís. Se llama Samuels. Es un experto en informática que conocí en Quántico. Quizá pueda ayudarnos — marcó el número en su teléfono de seguridad—. ¿Samuels?

—¿Sí? ¿Quién es?

—Payne Magnuson.

Siguió un silencio al otro lado de la línea. Payne no podía saber si estaba o no de su lado. Tenía que confiar en su intuición.

—Necesito tu ayuda —pronunció con tono tranquilo.

—Dispara.

—Estoy interesado en un poli de San Luís, Steve Borelli. ¿Has oído hablar de él?

—No.

—Necesito que accedas a su expediente y me digas si hay algo sospechoso. Cualquier dato que pueda relacionarlo con los Verone.

—Estoy en mi casa, Payne. Tendría que volver a la oficina. Podríamos vernos allí.

«Buen intento, Samuels», pensó Payne, irónico.

—No estoy localizable. Puedes usar el ordenador, ¿no?

—Escucha, yo quiero ayudarte. Y el mejor consejo que te puedo dar es que te entregues. Yo me encargaré de que no te pase nada y...

—No hagas promesas que luego no puedas cumplir.

Payne estaba a punto de colgar. Se había equivocado al esperar que aquel genio de la informática pudiera arriesgar su posición para ayudar a su amigo.

—¡Payne! —esa vez Samuels alzó la voz—. ¿Por qué me has llamado?

—Porque creía que podía confiar en ti. ¿Me he equivocado?

Siguió otro silencio. Payne cortó la llamada. Se volvió hacia Eden, que seguía sentada en el borde de la cama, mordiéndose las uñas.

—Vístete. Tenemos que irnos.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Es posible que Steve Borelli esté conchabado con los Verone. Tu primo ha visto nuestro coche, y sabe que pensábamos detenernos a pasar la noche. Pudo habernos seguido hasta el motel.

—No puedo creerlo —Eden negó con la cabeza—. Spike es el sobrino de Camille. Si eso es verdad, mi tía se llevará una decepción enorme... Eso la matará.

—No, Eden. Nos matará a los dos si no nos marchamos de aquí. Ahora.

Ya mismo.

## Capítulo 7

Eden no dejó de contener el aliento hasta que salió de San Luís, mirando constantemente hacia atrás para ver si los seguían. Al igual que habían hecho antes, evitaban las autopistas para que los coches patrulla no pudieran localizarlos.

Poco a poco las luces de la ciudad empezaron a desvanecerse. Los campos de Missouri, salpicados de setos y árboles, se extendían interminables bajo la luz de la luna.

Se sentía vulnerable. Y culpable también. Podía entender que Junior Borelli hubiera enviado flores al funeral de Eddy, pero el hecho de que Spike, el sobrino de Camille, hubiera asistido a la ceremonia, insinuaba una asociación mucho más estrecha con los Verone.

—Lo siento, Payne.

—Olvídalo. Probablemente corrimos un mayor riesgo cuando llamé a Samuels.

—No puedo evitar sentirme culpable —se volvió en el asiento, mirando de nuevo hacia atrás—. Y no me gusta circular por estas carreteras tan desiertas.

—No te preocupes. Todo saldrá bien.

Pero Eden sabía que, pese a sus esfuerzos por despistar a Ángela, sus perseguidores conocían ya su ruta hacia Denver.

—¿Qué plan tienes?

—Seguir viaje.

—¿Nada más? ¿Eso es todo?

—Básicamente sí.

—¿Toda la noche?

—Sí. Hasta mañana por la mañana, cuando alquilemos otro coche. No te preocupes por mí. Estoy acostumbrado a hacer viajes muy largos.

Durante un rato no dijeron nada, sumidos en un cómodo silencio.

—¿No advertiste nada extraño en la cinta de vídeo, aparte de la presencia de Spike en el funeral? —inquirió Payne.

—Ahora que lo dices... Cuando vi entrar a Ángela y Nicky en la iglesia, mi primera impresión fue que no se llevaban bien. Como marido y mujer, quiero decir. También resulta curioso que sus dos hijos, ambos estudiantes en la universidad, no estuvieran presentes. Me pareció una falta de respeto hacia

sus abuelos.

—No había pensado en eso. Es una buena observación.

—Acuérdate de que, con las prisas, no pudimos ver bien a la esposa de Eddy. Me gustaría observar detenidamente su reacción.

—¿Por qué?

—Su matrimonio tampoco parecía muy feliz. No tenían hijos —no conocía el motivo, pero sospechaba que podía ser una pista—. Por cierto, ¿por qué tuvimos que volver a la iglesia a recoger las cámaras? ¿Por qué no hiciste que retransmitieran las imágenes a tu ordenador?

—¿Tú puedes hacer eso?

—Yo no. Pero cualquier experto podría instalar un sistema de transmisión a control remoto. Josh y sus amiguitos tienen mini cámaras y suelen intercambiarse imágenes de esa manera.

—La tecnología no es mi fuerte.

—Vaya, eso sí que es una confesión —se burló Eden—. Parece que poco a poco voy conociendo tus más profundos y sombríos secretos...

—Yo que tú no me ilusionaría demasiado —bromeó—. Te sugiero que duermas un poco. Cuando lleguemos a Kansas City, tendrás que usar tu identidad de Susan Anthony para alquilar otro vehículo. Luego iremos a un motel y descansaremos antes de seguir hasta Denver.

Parecía un buen plan, pero Eden no tenía intención alguna de dormir. Si Payne estaba empeñado en conducir toda la noche, lo menos que podía hacer era distraerlo para que no se durmiera.

Recostándose cómodamente en el asiento, empezó a hablar. Primero de Josh, la luz de su vida. Le contó la historia completa de sus estudios. El interés que Payne parecía demostrar por el chico la complacía. Sabía que se alegraría de conocer todos aquellos detalles cuando finalmente se decidiera a confesarle que era el padre de Josh. Porque se lo diría muy pronto. Quizá al día siguiente, después de que descansaran en el motel.

¿Cuál sería su respuesta? Dudaba que se pusiera furioso. No había escogido excluirlo a propósito. Probablemente querría mantener algún tipo de contacto con Josh. Payne era la clase de hombre responsable que jamás daría la espalda a un hijo suyo. ¿Querría compartir la custodia? ¿Y qué ocurriría con su relación con ella?

Al cabo de varias horas y de un par de paradas para abastecerse de café, Eden cambió de tema de conversación. Payne también le contaba cosas sobre su vida. Le gustaba enseñar en Quántico y realizar investigaciones sobre

operaciones secretas, antes que trabajar sobre el terreno. Había adquirido unas tierras en Virginia y pensaba construirse una cabaña para pasar las vacaciones.

—¿Te gustan las montañas? —le preguntó ella.

—Mucho. Me encanta la paz y la tranquilidad del campo.

—¿Has pensado alguna vez en vivir en Colorado?

—No me importaría.

Eden estaba empezando a creer cada vez más en su teoría de que nada era ocioso y que todo ocurría por una razón. Allí estaban, otra vez juntos, atravesando el país. ¿Se trataba de una segunda oportunidad? Quizá su antigua relación estaba floreciendo de nuevo. Si eso era cierto, sería la mujer más afortunada del mundo.

Sería perfecto que volviera a enamorarse del padre de Josh.

Eran las once de la mañana siguiente cuando Payne se derrumbó agotado en la cama del motel Comanche, en Kansas. Habían alquilado otro coche en Kansas City para llegar hasta allí. Aunque su intención había sido continuar, los ojos le quemaban y tenía el cuerpo rígido, entumecido. No habría sido capaz de conducir ni durante un kilómetro más.

—¿Sabes por qué este motel se llama Comanche? —le preguntó Eden mientras vaciaba su maleta y guardaba en la nevera las sobras de la lasaña y el postre que les había dado su tía Camille.

—Es una tribu india —murmuró.

—Por supuesto. Pero le pusieron ese nombre por un caballo llamado Comanche, la única criatura que sobrevivió a la batalla de Little Big Horn. Lo he leído en uno de esos folletos que recogí en la oficina. Al parecer, el caballo disecado se encuentra en un museo no muy lejos de aquí.

—Fantástico —murmuró con los ojos cerrados.

—Según los folletos, toda esta región tiene una historia terrible, especialmente sanguinaria. Aquí fue donde la banda de Quantrill mató a toda aquella gente durante la Guerra Civil. ¿Sabes? Ese podría ser un buen código de comunicación entre nosotros.

—¿Qué?

—Si necesitara advertirte de algún peligro, te diría: «Comanche». Y tú me contestarías: «Little Big Horn».

Payne era vagamente consciente de que Eden le estaba desatando los cordones de los zapatos.

—Me voy a dormir.

—Al menos quítate la cazadora, Payne.

Sin abrir los ojos, se sentó y sacó los brazos de la cazadora. Torpemente empezó a desabrocharse los botones de la camisa.

—Vamos. Te estoy abriendo la cama. Así estarás más cómodo.

¿Cómo podía mantenerse de pie? Ella tampoco había dormido. O quizá lo había hecho. Una sonrisa asomó a sus labios. En cierta forma, aquella noche había sido divertida. Le gustaba escuchar su melodiosa voz mientras le contaba historias. Como *Scherezade*, Eden parecía conocer mil y un cuentos. Algunos eran tristes. Otros tenían su moraleja. Y otros hacían sonreír. Si hubiese tenido doce años menos, la habría estrechado en sus brazos en aquel preciso instante y..

—He sacado la lasaña de la tía Camille. ¿Quieres un poco? Hay un microondas en la cocina.

Payne ni siquiera tenía energías para masticar.

Despojándose del resto de la ropa, se metió entre las sábanas y cayó en un profundo sueño. Transcurrieron varias horas. Payne seguía esperando una respuesta a sus preguntas. Imágenes rotas de sueños inconexos desfilaban por su mente. Una conclusión parecía cobrar forma lentamente. Algo que tenía que ver con Samuels, el experto informático, con Luke Borinan y con Danny-O. Si al menos pudiera...

—¿Payne? ¿Estás despierto?

Olía a lasaña. Súbitamente hambriento, se humedeció los labios.

—He preparado café —le informó Eden.

—¿Café? —inquirió con los ojos cerrados.

—Sí, café. Y he sacado un poco de soda de la máquina de bebidas.

Abrió un ojo para mirarla. Estaba en la otra cama, vestida con un camisón.

—¿Qué hora es?

—Las cinco de la tarde. Querías que te despertara para poder conducir por la noche. Agarró la taza de la mesilla y bebió un trago. A través de la fina tela de su camisón, podía distinguir sus pezones.

Bajo las sábanas, tuvo una erección instantánea. Sólo entonces se dio cuenta de que estaba desnudo. ¿Se habría desnudado él o lo habría hecho ella? Y, si ése había sido el caso... ¿se habría comportado como exigía la situación? Si hubieran hecho el amor, por fuerza tenía que acordarse. Se sentó en la cama, apoyándose en las almohadas.

Eden señaló el recipiente de lasaña.

—Tienes que comer algo.

—No pareces nada cansada —observó—. Ni siquiera tienes ojeras.

—Es el maquillaje. Hace maravillas.

Payne intentó pensar con coherencia. Llevaba maquillaje pero estaba en camisón. Y le había puesto la lasaña delante cuando sabía que la mejor forma de llegar al corazón de un hombre era a través de su estómago...

—¿Me estás seduciendo?

—Vaya pregunta.

Pero no lo había negado. Palmeó la cama, a su lado.

—Ven aquí.

—¿Por qué? —inquirió, coqueta.

Payne bebió otro trago de café.

—Podría intentar cortejarte, pero creo que estamos demasiado mayores para esas cosas.

—¿Mayores, dices?

—Maduros, más bien. Lo decía como un cumplido. ¿Quieres saber la verdad? ¿Podrás soportarlo?

—Quiero que te sientes a mi lado y que me des de comer. Luego quiero que hagamos el amor. Durante doce años has vivido en mis sueños. Te quiero, Eden Miller.

Eden se levantó de la cama. Por un instante, Payne pensó que se había equivocado. Allí estaba, delante de él. Podía abofetearlo. Tirarle el café por la cabeza. Podía hacer cualquier cosa, excepto acusarlo de falta de sinceridad.

Finalmente, recogió el recipiente de lasaña y se sentó en la cama, a su lado, en silencio. Le acercó el tenedor a los labios.

—Prueba.

Obediente, Payne abrió la boca y saboreó la lasaña.

—Deliciosa.

Otro bocado. Y un trago de soda para pasarlo. Dado que ella tenía las dos manos ocupadas, Payne se aprovechó. Apoyó una palma sobre su muslo. Su piel satinada brillaba a la luz de la lámpara de noche.

Poco a poco sus dedos fueron ascendiendo, deslizándose bajo el camisón. Hasta que hizo un agradable descubrimiento.

—No llevas ropa interior.

—¿Y qué? Tú estás completamente desnudo.

—Por eso precisamente no me parece justo —le quitó la lasaña y la dejó sobre la mesilla—. Fuera ese camisón.

Le alzó los brazos para sacarle el camisón por la cabeza. La contempló con reverencia, con adoración. Durante doce años había soñado con aquel momento. Su cuerpo había experimentado algunos cambios. La curva de su cintura era más firme, más resaltada. Tenía los senos más llenos, más seductores...

—¿Decepcionado? —le preguntó ella—. Como tú mismo has dicho antes, ya estoy mayor.

Payne apoyó una mano sobre su vientre liso, duro. ¿Era posible que hubiera tenido un hijo?

—Cuando éramos más jóvenes, eras... no sé, etérea. Como un reflejo de sol en el agua —le acarició los senos—. Ahora, en cambio, es como si hubieras interiorizado esa luz. Como si también brillases por dentro. Eres una mujer preciosa.

Cuando Eden lo obsequió con una radiante sonrisa, comprendió que había pronunciado las palabras adecuadas. Aunque su vocabulario no era lo suficientemente rico para describir lo que estaba sintiendo, la había complacido. Y eso lo llenaba de orgullo.

—Eso ha sido muy poético, ¿verdad?

—Mucho —se inclinó hacia él, deslizando las manos por su pecho—. Tu cuerpo también es distinto. Más fuerte, más musculoso... Me gusta —añadió mientras apoyaba la mejilla contra su torso cubierto de vello.

Tumbándose a su lado, se acurrucó contra él. Cuando rozó con el muslo su miembro excitado, Payne se estremeció como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—Espacio —le pidió.

—Tú mandas.

Eden se abandonó con gusto a sus caricias. Cerró los ojos, arqueándose contra él, necesitada del contacto de su cuerpo desnudo contra el suyo. Tembló de placer cuando Payne le acarició un seno, excitando el endurecido pezón.

Estaba húmeda, dispuesta. Ansiaba sentirlo dentro de sí, deseando a la vez que aquellas exquisitas caricias duraran para siempre. Sin poder contenerse, tomó su miembro entre los dedos.

—No puedo ir despacio...

Payne hizo un esfuerzo por incorporarse.

—¿Dónde están mis pantalones? —inquirió, jadeando—. En mi cartera... tengo un preservativo.

Un pensamiento racional se abrió paso en la mente de Eden, obnubilada por el deseo. Podía quedarse embarazada de nuevo. Ya le había sucedido antes. Y el resultado había sido un hijo.

—No lo necesitamos.

No mentía. Quería otro hijo.

—¿Estás segura?

—Sí —lo acercó hacia sí—. Te deseo. Ahora.

La penetró con enloquecedora lentitud. Tras los primeros embates, Eden experimentó un primer orgasmo. Sus gemidos de placer no le hicieron perder el control. Continuó, imparable. Siguió un clímax tras otro, hasta que quedó saciada, agotada, exhausta de puro éxtasis. Sólo entonces se permitió verterse en ella.

Minutos después yacían en silencio, jadeantes, maravillados de lo que acababa de suceder. Eden quería hablar, confesarle lo feliz que se sentía. Pero era imposible. Una deliciosa languidez se había apoderado de su cuerpo.

Otro hijo. Le habría encantado quedarse embarazada. Porque, esa vez, Payne se quedaría con ella. Estaría a su lado cuando diese a luz.

¿Sería ese el momento más adecuado para revelar le lo de Josh? Buscaba mentalmente la frase más acertada, pero no podía pensar con claridad. ¿Y si se enfadaba, o se entristecía? Era mejor esperar. No quería estropear aquel momento.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Payne, señalando la lasaña—. ¿Quieres un poco?

—Ya comí antes —verlo comer la divertía—. En la cocina he dejado el postre de mi tía.

Terminó la lasaña y se levantó de la cama. Gloriosamente desnudo, se dirigió a la cocina. Eden lo contemplaba fascinada. Era el cuerpo más hermoso que había visto jamás.

Se reunió con ella en la cama, con su plato. Cuando terminó, se inclinó sobre ella y le dio un beso. Sabía a azúcar.

—Deberíamos irnos.

—Probablemente —repuso ella, acariciándole la mejilla.

—Por otro lado, Danny-O parece haber estudiado mi perfil y conoce perfectamente mi *modus operandi*.

—¿Y? —se preguntó adónde querría ir a parar.

—Esperará que nos pongamos en marcha. Cuanto antes y lo más rápido posible. Así que pretendo despistarle.

—¿Qué quieres decir?

Lentamente le tomó una mano y se la acercó a su cuerpo, para que pudiera tocar su renovada erección.

—Que quiero quedarme aquí toda la noche. Contigo.

A Eden no se le ocurrió discutirsele.

## Capítulo 8

El reloj de la mesilla marcaba las nueve y veintiocho minutos. Según los cálculos de Eden, llevaban cuatro increíbles y fabulosas horas haciendo el amor. Una y otra vez. Había sido la tarde más maravillosa de su vida.

Rodó a un lado y se incorporó sobre un codo para mirar a Payne, que yacía de espaldas. La habitual tensión de su rostro se había desvanecido. Una satisfecha sonrisa iluminaba sus rasgos. Aunque tenía los ojos cerrados, no estaba durmiendo. Extendiendo una mano, le acarició un seno.

Asombrada, Eden le agarró la mano. No estaba segura de poder sobrevivir a otro estallido de pasión.

De repente abrió los ojos.

—Podría excitarme de nuevo.

—Basta —pronunció con firmeza—. Sinceramente, Payne, antes no eras así. Tan... insaciable.

—A ti te encanta.

—En eso tienes razón. Creo que me gustas más que los postres de mi tía Camille.

Ansiaba llevárselo a su casa de Denver, con ella. Y hacer el amor todas las noches. Pero, aparte del hecho de que Payne no le había planteado ninguna demanda en ese sentido, había otro obstáculo entre ellos. Josh.

Aún seguía reacia a confesarle la verdad sobre Josh, temerosa de que pudiera rechazarlos a ambos. Aunque... ¿cómo podría hacer una cosa así? Después de aquellas cuatro horas de intimidad, habían alcanzado un nuevo y superior nivel de confianza. Intentó sacar el tema a colación.

—¿Sabes? Estoy segura de que le caerás estupendamente a Josh.

—Seguro que sí, si le gusta jugar a policías y ladrones. Escucha, Eden, sé lo que está pasando por tu cabeza. Estás pensando en el futuro. Te estás preguntando de qué manera afectará nuestra relación a tu hijo.

Asintió, en silencio. Le había leído el pensamiento.

—Pero el futuro... —añadió—... hay que dejarlo para el futuro. Mientras siga siendo un agente fugitivo, no puedo hacerte promesas. ¿Entiendes?

—Por desgracia, sí.

—Lo primero de todo es resolver nuestros problemas más inmediatos. Y sobrevivir. Luego podremos empezar a pensar en el futuro.

Eden aceptó su razonamiento. Pero ¿y si algo le sucedía a Payne? ¿O a

ella misma? Tenía que saber lo de Josh.

—Payne, hay algo importante que tengo que...

—Sss —le puso un dedo sobre los labios—. Ya hablaremos después. Ahora mismo me estoy muriendo de hambre. Ya no queda ni postre ni lasaña, ¿verdad? —se levantó de la cama, desnudo—. Voy a buscar unas hamburguesas. ¿Alguna petición en especial?

—Que tengas cuidado.

Después de darle un beso y de acompañarlo hasta la puerta, volvió a meterse en la cama. Suspiró. Payne acababa de irse y ya lo estaba echando de menos. Cuanto antes acabaran con aquella investigación, antes empezarían a hacer planes para el futuro. Y, más que nunca, deseaba resolver el misterioso asesinato de su hermano. La identidad del asesino, por supuesto, ya la conocía. Había sido Danny-O quien había apretado el gatillo. La pregunta era: ¿Por qué? ¿Para quién estaría trabajando? ¿Qué era lo que esperaba ganar?

No podía perder el tiempo. Se puso el camisón, encendió el ordenador de Payne y se dispuso a visualizar el vídeo del funeral de Eddy. Junior Borelli le había dicho que había enviado flores, un gesto sorprendente en un miembro de su familia. ¿Evidenciaría eso una oscura relación con los Verone? Junior tenía un negocio de vehículos de segunda mano. Y, entre otras actividades, los Verone se habían dedicado al tráfico de coches robados.

Sacudió la cabeza. Aunque su negocio se hubiera visto, ocasionalmente, beneficiado por su distante conexión con los Verone, Junior estaba sólidamente establecido en San Luís. Era un ciudadano respetable, entregado a su familia, estrechamente vinculado con su comunidad. No. No podía sospechar de él.

Su primo Spike, el policía que había asistido al funeral, era otro asunto. Contemplando la cinta por segunda vez, intentó averiguar con quién había acudido a la iglesia. Por lo que podía ver en las imágenes había entrado solo, aunque había escogido sentarse cerca de Robert Ciari y su familia.

Mientras observaba, otros miembros de su familia entraron en la iglesia. Todos con expresión triste, sombría, compungida. Vio a su abuela caminando con gesto rígido, envarado, sin mirar a nadie.

La envolvió una mezcla de sentimientos contradictorios. Aunque su abuela la había traicionado antes del funeral, también la había salvado. Sophia la había protegido durante doce años, mintiendo a su marido y amigos, guardando el secreto de Eden. Detrás de ella marchaba Gus, el

patriarca. Con su mata de pelo blanco perfectamente peinado y su elegante traje negro. Por mucho que Eden lo odiara y despreciara, seguía sintiendo un cierto cariño por él.

Luego se concentró en la sensual Ángela Benedict, sentada en uno de los primeros bancos. Su expresión era de respeto y deferencia, pero cuando Gus pasó a su lado, cuadró los hombros, irguiéndose. Tenía una pequeña polvera en la mano, como si estuviera retocándose el maquillaje. Extraño. ¿Acaso no se lo había retocado antes, cuando se reunió con ella en el servicio de señoras?

Pulsó unas teclas para detener la imagen y sacar un primer plano en zoom. Obviamente, su maquillaje necesitaba unos retoques. Se le había corrido. Había estado llorando.

—Dios mío —susurró Eden—. Ángela hablaba en serio cuando me dijo que echaba de menos a Eddy.

Sin embargo, no pudo menos que tomar en consideración otra posibilidad. Quizá Angela había llorado porque se sentía culpable. Culpable de haber ordenado el asesinato de Eddy.

Siguió contemplando el vídeo. Nicky, el marido de Angela, le quitó la polvera de las manos y se la cerró con un gesto furioso. Definitivamente los Benedict no formaban un matrimonio bien avenido.

La última en entrar en la iglesia fue la viuda de Eddy. Apoyada en el brazo de un desconocido, parecía perdida, desorientada, casi drogada. ¿Se estaría arrepintiendo de su decisión de no haber tenido hijos? Eden sabía muy poco sobre ella.

No podía dejar de pensar en Angela; su expresión de dolor durante la ceremonia la había conmovido profundamente. En un impulso, sacó del bolso su móvil y la tarjeta que le había dado. Marcó el número.

El teléfono sonó solamente una vez antes de que Ángela respondiera, con su sensual voz ronca. Al fondo podía oírse una canción de Springsteen. El músico favorito de Eddy.

—Soy Eden.

—Me mentiste al decirme que estabas en Iowa —le reprochó—. ¿Dónde estás?

—Quería hablar contigo sobre Eddy. Hacía tanto tiempo que no nos veíamos... Apenas lo conocía. ¿Era feliz? ¿Cómo era su matrimonio?

—No funcionaba muy bien. No se merecía la clase de mujerzuela con la que se casó.

—¿Por qué? ¿Qué le hizo?

—Dilapidaba el dinero. Descuidaba la casa y al propio Eddy. Prefería irse de compras antes que salir con él. Eddy era un solitario.

Desde el principio, Eden, había previsto que aquella conversación sería dolorosa. Sintió una punzada de culpa. Eddy se había sentido muy solo, y ella no había estado allí para ayudarlo, para consolarlo. Su única hermana lo había abandonado.

—Lo echo de menos —le confesó a Angela—. Y creo que tú también.

—Por supuesto. Su asesinato fue una tragedia. ¿Y quieres que te diga lo más triste de todo? El tipo que lo mató es tu amante. Ese poli.

—Ambas sabemos que eso es mentira —replicó Eden—. Tú y yo sabemos quién disparó el gatillo. Y no fue Peter Maggio.

—Te crees muy lista... —la desafió Angela.

—El asesino se llama Danny-O.

—Te lo advierto: abandona de una vez a ese tipo. Ese poli no te traerá más que problemas. Es peligroso.

—Tengo razón, ¿verdad? Fue Danny-O quien mató a Eddy a sangre fría.

Tras un elocuente silencio, Angela le preguntó de nuevo:

—¿Dónde estás?

Eden cortó la llamada y se sentó en el borde de la cama. Ya tenía una respuesta. Angela no había negado que Danny-O era el asesino. Conocía la verdad. Pero... ¿era cómplice del crimen? ¿Había sido ella quien ordenó su asesinato?

Cuando Payne volvió con la comida, se apresuró a expresarle sus sospechas.

—Angela está implicada en el asesinato de Eddy. Sabe lo de Danny-O.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Acabo de telefonarla.

Mientras comían, le relató la conversación palabra por palabra.

—¿Y bien? —le preguntó.

—Bueno, creo que ya sabíamos antes que Angela estaba metida en el asunto. La única diferencia es que ahora ella sabe que lo sabemos. Veamos. Nueve de cada diez crímenes se cometen por dinero. Tu prima Ángela posee un coche muy caro, de importación.

—Se lo compró hace unos días. Poco después del asesinato de Eddy.

—¿Qué te sugiere eso? —le preguntó Payne.

—Una recompensa, un beneficio. Otra persona pudo haber comprado su

silencio.

—Es una posibilidad.

—Una posibilidad repugnante —comentó Eden—. Vender a mi hermano por un coche nuevo.

—La avaricia es un posible móvil. Pero también está el ansia de poder. O la necesidad de cuidar de sus seres queridos. O la venganza. Y el sexo, por supuesto.

—¿El sexo?

—Angela pudo haberse sentido atraída por un hombre con dinero. Sucede muy a menudo.

—A mí no, desde luego —repuso Eden—. Yo jamás me he dejado deslumbrar por la riqueza.

—¿Ah, sí? —sonrió Payne—. ¿Se puede saber entonces qué es lo que te atrae de un hombre?

—No sé. Nada en particular.

—Vamos, Eden. Dímelo.

Reflexionó por un momento. Le atraían los hombres buenos y honestos, inteligentes, con sentido del humor...

—Tú me atraes.

—¿Yo?

—Eso me temo —ningún otro hombre había ejercido un magnetismo semejante sobre ella—. Y me pregunto por qué.

—Yo conozco la respuesta —terminó su hamburguesa y se sirvió otra.

—¿Por qué?

Con el rostro ladeado y la melena cayéndole sobre un hombro, Payne pensó que era sencillamente adorable. Eden Miller tal vez no fuera la mujer etérea, ideal, la fantasía que había imaginado durante todos esos años... pero seguía siendo maravillosa.

—¿Payne? —inquirió, impaciente—. ¿Por qué crees tú que me resultas tan atractivo?

—Porque no hay nada que atraiga tanto a una mujer como un hombre que... la aprecie.

Había estado a punto de decir «un hombre que la ame». Pero todavía no estaba preparado para hacerle aquella confesión.

—Aprecio —repitió ella—. No me parece una palabra adecuada. Ni suficiente.

—Tan pronto como me termine esta hamburguesa, te demostraré

exactamente lo que entiendo por esa palabra. Y te advierto que empezaré por los dedos de los pies.

Le encantaba su sonrisa. Y el misterioso brillo de sus ojos castaños. Parecía increíble, pero jamás se cansaba de hacer el amor con ella.

Mientras él terminaba de comer, Eden entró en el cuarto de baño. Poco después oía el ruido del agua de la ducha. Le entraron ganas de reunirse con ella y de enjabonarle lentamente todo el cuerpo...

Pero primero necesitaba contactar con su maestro. A lo largo de su vida su mentor había utilizado numerosos sobrenombres, como Hawk, Cougar o Hammer, pero Payne lo llamaba siempre Skip. Aquel hombre lo había enseñado a pensar, a controlarse a sí mismo, a sobrevivir. En la actualidad estaba viviendo en Las Vegas, teóricamente retirado de toda actividad en los servicios secretos.

Payne marcó un número en su móvil de seguridad, colgó y luego esperó a que lo llamaran. La respuesta fue inmediata.

—Hola, Skip.

—¿Dónde diablos estás, amigo?

—En Kansas.

—Te has metido en un buen lío —pronunció con su característica voz ronca—. Si no te conociera mejor, como si fueras mi hijo, me habría creído esa historia que se han inventado Danny-O y Borman...

—¿Cómo se encuentra Borman?

—Ha salido del hospital. La bala no llegó a tocar ningún órgano vital. Creo que lo más serio que tiene ahora es un esguince en el tobillo, consecuencia de la caída cuando le disparaste.

—¿Te has enterado de algo más?

—Su versión, de tu actual excursión por todo el país, es que has secuestrado a Eden Miller y que la estás utilizando para extorsionar a Gus Verone.

Payne sintió una punzada de frustración y de impotencia.

—Hay un dato interesante —continuó Skip—. Eddy Verone no hizo solo ese viaje a Nueva York. Lo acompañaban dos guardaespaldas, su esposa, Robert Ciari y Ángela Benedict.

—¿Cuál era la razón del viaje?

—Trabajo y placer. Un par de reuniones de alto nivel con las familias de Nueva York. Lo cual hizo sospechar al FBI que los Verone estaban volviendo al negocio criminal de la mano de Eddy.

—Y supongo que Danny-O fue el encargado de vigilarlos.

—Exacto. Y aquí viene lo bueno. Según tu versión, Luke Borman afirmó estar esperando a su novia en el restaurante, ¿verdad?

—En efecto.

—Esa novia suya era de la familia Verone.

—Angela —adivinó Payne.

—No tan rápido, amigo. Borman pudo haber estado saliendo con la esposa de Eddy, una mujer con un largo historial de infidelidades —pronunció, riendo—. Las mujeres de esa familia no son muy de fiar.

—No todas. ¿Sabes? Estoy preocupado por Eden. Y por su hijo.

—Tengo plena confianza en el hombre que tengo destacado en la casa de seguridad. Pero andan detrás de vosotros. Ten mucho cuidado. No me gustaría que Eden y su hijo fueran a parar bajo la custodia de Danny-O.

—Gracias, Skip. Te llamaré mañana.

Payne cortó la llamada. Seguía oyendo el ruido de la ducha, en el cuarto de baño. Empezó a desabrocharse la camisa.

Ya tendría tiempo de preocuparse de las intrigas de los Verone y sus aliados del FBI. Esa noche tenía otra prioridad. Esa noche le había hecho a Eden una promesa, y estaba decidido a cumplirla.

A las cuatro de la madrugada volvieron a ponerse en camino. Era el cuarto vehículo que conducía Payne desde que emprendieron el viaje.

Contemplando las inmensas llanuras a la luz de la luna llena, se imaginó que podía distinguir la curva del horizonte bajo la bóveda estrellada. A su lado Eden dormía plácidamente, hecha un ovillo, arropada con su cazadora de cuero. Ansiaba calmarla, tranquilizarla, proporcionarle la paz y la tranquilidad que tanto necesitaba. Era una mujer fantástica, increíble. Si hubiera dependido de su propia voluntad, no habría vacilado en hacer planes con ella para un futuro en común. Quizá algo no tan definitivo como un matrimonio. Pero sí la firme promesa de que vivirían juntos una vez acabada la investigación.

Había, sin embargo, que pensar en su hijo. Payne no creía estar suficientemente preparado para convertirse en el padre del hijo de otro hombre. Siempre había vivido solo. Pasar de repente a vivir en familia, representaba un cambio demasiado radical.

A lo lejos vio las luces de una ciudad que tenía que ser Topeka. Si tomaba el desvío, entraría en la autopista. Ésa sería la ruta más directa y más rápida. Se sintió tentado. Aquel lento y tedioso avance, cruzando el país, estaba

empezando a resultarle excesivamente cauto. Habían alquilado el vehículo en Kansas utilizando la documentación falsa de Eden, a nombre de Susan Anthony. No había forma de que pudieran relacionarlos con aquel coche.

Decidió tomar el desvío y dirigirse hacia la autopista. Minutos después Eden se despertó.

—¿Dónde estamos?

—Acabamos de pasar Topeka.

—¿En la autopista? ¿Es seguro?

—Eso espero —aceleró para adelantar a un camión—. No creo que corramos un serio peligro de que nos descubran hasta que nos acerquemos a Denver.

El viaje transcurrió en un cómodo silencio. A su espalda asomaban las primeras luces del alba, en un cielo sin nubes. Cuando un coche patrulla los adelantó, Payne sintió una punzada de preocupación. Si los detenían, el juego habría terminado para ellos. Quizá lo más inteligente fuera abandonar la autopista cuanto antes. Ya habían recorrido un buen trecho.

—Hemos avanzado bastante. Nos saldremos en Abilene.

—La famosa ciudad de los cowboys —comentó Eden—. He leído algo acerca de ella en los folletos de aquel motel de Kansas. Los vaqueros trasladaban el ganado desde Texas hasta aquí y luego lo embarcaban en trenes para el Este.

—No sabía eso. No sabía que Kansas formaba parte del Salvaje Oeste.

—Pues sí. Junto con Dodge City y Abilene. Un segundo coche patrulla los adelantó y se mantuvo delante de ellos durante varios kilómetros, tiempo suficiente para que los observaran con detenimiento. Ya había amanecido, con lo que la visibilidad era óptima. Payne se alarmó. La presencia de dos coches patrulla en tan breve lapso de tiempo era una muy mala señal. Estaba empezando a pensar que había cometido un tremendo error al internarse en la autopista.

—Bueno, has tenido ya tiempo para reflexionar sobre nuestra situación actual, ¿no? ¿Has llegado a alguna conclusión? —le preguntó Eden.

—Anoche hablé con mi mentor, y me facilitó nuevas informaciones.

—Cuenta.

Eden dejó la cazadora de cuero en el asiento trasero. Ese día se había puesto unos vaqueros, un suéter verde y unos deportivos. Tenía un aspecto fresco, juvenil.

Payne le habló de los acompañantes de Eddy en aquel fatídico viaje a

Nueva York. Y del dato fundamental de que una mujer de la familia Verone, quizá Ángela, o la propia esposa de Eddy, estaba teniendo una aventura con Borman.

—Yo apostaría por la mujer de Eddy —aventuró Eden—. Ángela es demasiado lista para serle infiel a Nicky. Por muy mal que marche su matrimonio.

—Puede que tengas razón.

Payne descubrió por el espejo retrovisor que otro coche los estaba siguiendo. Aunque quizá se tratara de una falsa alarma. Al fin y al cabo, había mucho tráfico en la autopista.

—¿Qué pasa? —le preguntó ella—. Pareces distraído.

—Nada.

Pero Eden se volvió en su asiento para mirar hacia atrás.

—¿Nos están siguiendo?

—Lo dudo. Al fin y al cabo, éste es un país enorme. Localizarnos sería tan difícil como encontrar una aguja en un pajar.

Pero, por si acaso, Payne tomó el desvío para Abilene. Y el coche que iba detrás, también.

## Capítulo 9

A Eden se le hizo un nudo de miedo en la garganta. Realmente los estaban siguiendo. Payne había tomado el desvío que los llevaba a las afueras de Abilene.

—Haz un giro rápido —le sugirió ella—. Para asegurarnos de que nos sigue.

—No puedo —repuso mientras miraba por el espejo retrovisor—. No conozco la zona. Podríamos acabar en una vía muerta. De todas formas, pronto lo sabremos.

Eden se dijo que aquello no era justo. Apenas la noche anterior, habían compartido algo fantástico, inefable. Había empezado a creer de nuevo que la vida podía ser hermosa. Había empezado a tener esperanzas de fundar una familia, un hogar.

Y, ahora, sus frágiles sueños amenazaban con desmoronarse.

—¿Cómo han podido encontrarnos?

—Suerte y tecnología —respondió Payne—. Un par de coches patrulla nos adelantaron en la autopista. Tendrán descripciones nuestras. O incluso fotos.

—¿Cómo?

—Supongo que habrán transmitido nuestras fotos por fax a todas las patrullas de tráfico de este tramo de autopista. Quizá los policías nos identificaron y transmitieron sus sospechas a los federales.

—Entonces ¿por qué no nos han detenido?

—Porque habrán informado de que vamos armados y de que somos peligrosos. Los federales siempre proceden con mucha cautela.

Se acercaban a la ciudad. Payne se mantuvo en la carretera principal, pasando al lado de gasolineras, cafeterías, moteles y centros comerciales.

El sedán negro no los perdía de vista. Como llevaba los cristales tintados, no podían distinguir los rasgos del conductor. Cuando tomaron una curva hacia el centro de la ciudad, Eden se volvió nuevamente para mirar hacia atrás, conteniendo el aliento. «Por favor, que no la tome», rezó para sus adentros.

Pero la tomó.

—Definitivamente nos está siguiendo, Payne. Voy a necesitar un arma.

—Ni hablar.

—¡Hey! Si me van a tratar como si fuera una persona armada y peligrosa, creo que al menos debería llevar una pistola.

—Por lo que respecta a los federales, eres un rehén mío. Y si empiezas a disparar contra ellos, dejarán de creérselo. Confía en mí. Sé desenvolverme en estas situaciones.

—Pero yo...

—Nada de armas. No quiero que te veas envuelta en un tiroteo. Cuando oigas los primeros tiros, tírate al suelo.

Eden lo agarró entonces de un brazo, suplicante.

—Ten mucho cuidado, Payne. Por favor...

—Lo tendré —le prometió.

Recordando el dolor que sintió doce años atrás, cuando creyó que había muerto, casi prefería morir ella. Pero tenía que pensar en Josh.

—¿Qué posibilidades tenemos? —le preguntó.

—Podríamos rendirnos. A mí me detendrían. Pero entra dentro de lo posible que, con el tiempo, esos traidores del FBI terminen enredándose en su propia red de mentiras.

¿Pero y si eso no sucedía? Eden ya conocía la respuesta. Payne ingresaría en prisión, y ella quedaría a merced de su abuelo y del nuevo capo de la familia Verone, quienquiera que fuese.

—Dame otra opción.

—Nada de tiroteos. Abandonaremos el coche y huiremos a pie.

Estaban atravesando una zona de almacenes. Payne tomó una curva a la izquierda y enfiló directamente hacia el centro de la ciudad.

—Prepárate para salir corriendo —le advirtió—. Lo que quieras llevar contigo, métetelo en los bolsillos.

Mientras conducía, se puso la cazadora de cuero. Se aproximaban al centro. Zigzagueando por varias calles, consiguió ganar algo de distancia. Tres coches se interponían entre el sedán negro y ellos.

Eden apoyó una mano en la puerta, dispuesta a bajar. El corazón le latía a toda velocidad. Cuando se detuvo ante un semáforo, Payne apagó el motor.

—Vamos. Sígueme y agacha la cabeza.

Bajaron rápidamente por el mismo lado y echaron a correr, sorteando los vehículos. Los peatones los miraban sorprendidos. Doblaron la esquina de un edificio y continuaron calle abajo, a toda carrera.

Al llegar a la otra esquina, Eden se volvió para mirar atrás. Allí estaban sus perseguidores. Iban vestidos enteramente de negro, con las letras blancas

del FBI en las hombreras de sus impermeables.

Atravesaron una calle a toda velocidad, giraron por otra, y por otra más. Payne parecía saber lo que estaba haciendo. Continuaron zigzagueando. Ya casi habían vuelto a la zona de los almacenes que antes habían atravesado.

Cuando se volvió de nuevo para mirar, Eden no vio a nadie, pero podía sentirlos acercándose. El eco de sus pasos acelerados resonaba en su mente.

Llegaron a unas vías de ferrocarril. Payne empezó a seguirlas, con la pistola en la mano.

—Mira bien por dónde pisas, Eden.

—Sí —respondió mientras procuraba no tropezar con los raíles, jadeando por el esfuerzo.

Tranquilo y controlado, Payne parecía encontrarse en su elemento natural. Se internaron en una antigua estación ferroviaria, llena de trenes de carga. Continuaron por un pasillo formado por dos largas filas de vagones. Olía a carbón, a hollín, a gasolina.

Payne se detuvo de repente. Eden tenía la sensación de que los pulmones iban a estallarle. Estaba aturdida, completamente desorientada.

—Vamos —la urgió Payne, señalando la escalerilla que ascendía por el lateral de un vagón—. Subamos por ahí.

—Tienes que estar bromeando...

—¡Vamos!

La levantó en vilo para que pudiera agarrarse a los barrotes. Eden trepó por la escala oxidada. Cuando llegó arriba, se tumbó sobre el techo del vagón, agotada.

Payne se tumbó a su lado y alzó ligeramente la cabeza para echar un vistazo.

—Muy bien. Ya me he orientado —susurró—. Ya sé lo que vamos a hacer.

Eden alcanzó a escuchar unos gritos, por encima del rumor de la ciudad. Los estaban buscando. ¿Cómo podrían escapar? ¿Estaría pensando Payne en saltar de vagón en vagón?

—Bajemos.

—¿Cuál es el plan?

—Hay un tren a punto de salir. Lo tomaremos.

—Eso es una locura...

—No hay más remedio. A no ser que quieras entregarte. Son los federales, y están convencidos de que eres una rehén. No te harán daño.

Por un instante, se sintió tentada. Ella no era una fugitiva de la justicia. Pero no. No abandonaría a Payne.

—Te acompaño.

—Me alegro —le dio un rápido beso.

Bajaron del vagón. Lo siguió entre filas de trenes, motores, depósitos de gasolina, camiones aparcados. Oía gritos procedentes de todas direcciones, sin ver a nadie.

Deteniéndose entre dos vagones, Payne se encaramó a la plataforma de enganche con la intención de abrir una puerta interior.

—Cerrada —masculló.

Intentó derribarla con el hombro. La puerta ni se movió. El tren dio una brusca sacudida: estaba a punto de salir.

Payne le tendió una mano para ayudarla a subir. La plataforma de hierro crujió bajo sus pies.

Hizo un nuevo intento por forzar la puerta. Fue en vano.

—Date prisa —susurró Eden.

—No tan rápido —gritó una voz desde abajo.

Eden vio a un hombre vestido con un impermeable negro. Era un federal. Sostenía la pistola con ambas manos, apuntándolos.

—Hola, Payne.

—Samuels. Debí haberlo adivinado cuando te negaste a ayudarme. Estabas en esto con Danny-O.

—Exacto.

—¿Por qué? Cuando te conocí en Quántico, eras un buen agente.

—Si lo era... ¿por qué me destinaron a San Luís?, ¿a esa porquería de destino? Tú no puedes comprenderlo, Payne. Tú eres una estrella. Y yo soy simplemente otro técnico informático. Uno de tantos.

—Fuiste tú quien le facilitó a Danny-O el acceso a los archivos secretos.

—Efectivamente —una leve sonrisa asomó a sus labios—. Y ahora voy a ser un hombre muy rico... ¡Bajad del tren!

—Todavía estás a tiempo de dar marcha atrás, Samuels —le sugirió Payne, protegiendo a Eden con su cuerpo—. Si testificas contra Danny-O, saldrás indemne de todo este asunto. Contarás con la protección de todo testigo protegido.

Samuels pareció reflexionar por unos segundos. Hasta que, finalmente, negó con la cabeza.

—Mi decisión ya está tomada.

—Cometes un error. Y lo peor es que lo sabes.

El tren dio otra violenta sacudida.

—¡Hey! ¡Bajad ahora mismo!

Eden oyó dos tiros. Y casi pudo sentir el temblor de los impactos de bala en el vagón.

Payne devolvió el fuego. Y Samuels cayó al suelo, inerte.

Rápidamente se volvió y disparó contra la cerradura de la puerta. La empujó y entraron dentro.

El oscuro interior del tren de carga, estaba lleno de neumáticos de coche, apilados en columnas hasta el techo. Apoyándose contra una pared, Payne la abrazó. Eden podía sentir el latido de su corazón, levemente acelerado. ¡Esa era la vida normal, la rutina diaria de aquel hombre! Siempre al borde del peligro. De la muerte. Sintió una punzada de repulsión. Ella no quería esa vida. Ni para ella ni para su hijo.

Payne no podía recordar ninguna otra ocasión en la que, en el transcurso de una operación secreta, hubiera actuado tan mal. Nunca debió haber tomado la autopista. Nunca debió de haberse arriesgado a que los coches patrulla los descubrieran. ¿En qué diablos había estado pensando?

Ahora su situación era todavía peor que antes. Había disparado a otro agente: otro clavo en el ataúd que Danny-O había construido especialmente para él. Sabía que los perseguirían aun con mayor ahínco. A partir de ese momento, los federales dispararían primero y preguntarían después.

Se encontraban atrapados en un tren de mercancías con destino desconocido. Los demás agentes federales no tardarían en descubrir que habían escapado de Abilene. Harían detener todos los trenes. Y registrarlos. ¿Por qué diablos había cometido tantos errores?

La respuesta era evidente. En aquella operación, tenía una compañera: Eden. Habitualmente trabajaba solo. Ahora, en cambio, se veía distraído por su necesidad de protegerla, de cuidar de ella. Si no hubiera estado con Eden, se habría quedado en Chicago, rastreando pistas. E incluso tal vez, a esas alturas, habría aclarado ya el caso.

Y sin embargo, redescubrir a aquella increíble mujer le había cambiado la vida. Mejor aún: había hecho que su vida mereciera la pena.

—Payne, ¿crees que mataste a ese hombre? ¿A Samuels?

—Espero que no.

—Es terrible. Creo que todo esto me está desbordando —le tembló la voz.

—Tranquilízate. Eden.

—Pero pudiste haberlo matado. Y quizá lo hayas hecho. ¿No estás ni siquiera un poco preocupado?

—¿Preocupado de qué? —replicó con un tono amargo—. ¿De la salvación de mi alma inmortal?

—Yo no lo diría con esas palabras, pero... sí.

—Cariño, cuando empiece a preocuparme por el estado de mi alma inmortal, sabré con toda seguridad que ha llegado la hora de retirarme.

—No puedo creer que estés bromeando con estas cosas.

Aunque no podía ver su rostro en la oscuridad del vagón, Payne podía imaginarse perfectamente su expresión recriminatoria.

—Dime una cosa, Eden. ¿Habría sido mejor que Samuels disparara contra nosotros?

Por un instante, no dijo nada. Ambos sabían que tenía razón. Payne no había tenido otro remedio.

Sin poder contenerse, Eden exclamó:

—Tienes que dejar este trabajo. No puedo soportarlo.

—Yo soy quien soy —nunca había sido otra cosa que agente federal. De hecho, había sido uno de los graduados más jóvenes de la academia—. Y lo que siempre he querido ser.

—Bueno, pues tienes que cambiar.

—¿Por qué?

—Porque tienes un hijo —le espetó.

Aquellas palabras permanecieron suspendidas en el aire, como resonando por encima del traqueteo del tren.

—Explícate.

—Josh es hijo tuyo. Cuando me fui de Chicago, cuando creí que estabas muerto... estaba embarazada de ti.

Payne se quedó con la mente en blanco. Fue como si le arrancaran el corazón del pecho. Un estremecimiento recorrió todo su cuerpo. Pero no sentía frío. Estaba despertando de una larga hibernación, de una prolongada parálisis. Respiró profundamente varias veces. Tenía la sensación de que iba a explotar. Era padre de un hijo.

En la oscuridad del vagón, una emocionada sonrisa asomó a sus labios. Aquello lo cambiaba todo.

—Eden, ¿por qué has escogido este momento para decírmelo?

—Porque tengo miedo —respondió, aunque su voz sonaba firme,

desafiante—. Pensé que podíamos morir. Y que te merecías saberlo antes.

—Basta de pensamientos negativos. Lo conseguiremos.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque tengo que conocer a mi hijo.

Era como si el resto de su vida se extendiera ante él como un mapa, con una flecha atravesada indicándole el rumbo a seguir. Acabaría con la investigación y dedicaría el resto de su vida a ser un padre devoto, ejemplar.

Se había perdido tanto... casi doce años de la vida de su hijo.

—Tenemos que bajar de este tren. Los federales descubrirán que estamos aquí.

—Tienes razón. ¿Y cómo vamos a bajarnos?

—Saltando.

Payne sabía que eso era más fácil de decir que de hacer. Pero no tenían elección. En la oscuridad, empezó a escalar por las columnas de neumáticos, buscando la puerta corredera que se abría en el centro del vagón.

—¿Qué estás haciendo?

—No podemos saltar desde la plataforma de enganche, ya que el tren nos arrollaría. Tenemos que hacerlo desde un lateral. Sígueme.

—Pero si apenas te puedo ver... —se quejó.

Payne sacó de un bolsillo de su cazadora una pequeña linterna láser.

—Sube, Eden. Tenemos que actuar con rapidez.

Una vez en el lateral del vagón, encontró la puerta corredera y abrió la cerradura. No la descorrió del todo; sólo lo suficiente para que pudieran saltar. El paisaje desfilaba rápidamente ante ellos: verdes campos salpicados de árboles, con alguna casa aislada.

—No podemos hacerlo —pronunció Eden—. Nos romperemos la cabeza.

—¿Tienes algún plan mejor?

El tren hizo sonar su silbato, señal de que se estaban acercando a una población. Con un poco de suerte, reduciría la velocidad.

—Prepárate. Es importante dar un gran salto, hacia arriba. Para caer lejos de los raíles. Y nada más tocar el suelo, echar a rodar.

—El tren se está desacelerando —anunció Eden.

Payne dudaba que aquella parada formara parte de la ruta normal del tren. Era muy posible que tuviera que ver con los federales. El silbato sonó de nuevo y las ruedas empezaron a chirriar.

—Voy a saltar.

—¿Y yo?

Payne pensó en la posibilidad de que Eden no saltara. Los federales no le harían ningún daño. Si la tomaban bajo su custodia, él encontraría una manera de protegerla desde dentro. Llamaría a Skip.

La tomó de los hombros y le dio un beso en los labios.

—Me alegro de que me hayas dicho lo de nuestro hijo. Me has convertido en un hombre feliz.

Y, apartándose de ella, saltó del tren.

Si hubiera conservado algo de cordura, Eden se habría quedado dentro del tren. Pero no había tiempo para tomar decisiones. Vio saltar a Payne y se apresuró a seguirlo.

La caída fue violenta, y rodó por el talud abajo. Fue como si hubiera perdido el control de su propio cuerpo. Cuando se detuvo, quedó tendida de espaldas contemplando un borroso caleidoscopio de cielo y nubes. Aunque consciente de sus magulladuras, en realidad no sentía ningún dolor. Estaba demasiado asombrada para asimilar lo que acababa de suceder.

Lentamente alzó un brazo, y luego el otro. Parecía que no tenía nada roto. Sentada en el suelo, probó a mover las piernas. Lo consiguió.

Vio a Payne caminando hacia ella. Tenía los vaqueros llenos de barro.

—¿Estás bien? —le preguntó, arrodillándose a su lado.

—Eso creo —asintió, todavía aturdida.

—Entonces vamos —le ofreció una mano para ayudarla a levantarse. Todo su ser irradiaba energía y vitalidad—. Encaminémonos hacia allí —señaló un granero que se divisaba a lo lejos.

Echaron a andar. A cada paso que daba, Eden creía descubrir una nueva contusión, una nueva magulladura. Le dolían las piernas. Tenía los hombros rígidos, tensos.

Pero conforme se fue moviendo, sus músculos empezaron a soltarse, a relajarse. Payne le daba ánimos:

—Lo estás haciendo muy bien. Vamos, Eden. Lo conseguiremos.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Ya te lo dije antes. Ahora tengo un hijo en el que pensar.

## Capítulo 10

Eden se apoyó contra la puerta trasera del granero, con los brazos cruzados, mientras Payne ensillaba un caballo pinto como si supiera lo que estaba haciendo.

—Esto es robar.

—Esto es pedir prestado —le corrigió—. Cuando hayamos terminado con los caballos, les daremos una palmada en el lomo y ellos solos volverán aquí. Seguro que conocen el camino.

—¿Cómo es que sabes eso?

—Me crié en Wisconsin. Algo sé sobre caballos.

Todavía le dolía el cuerpo después del salto del tren. La perspectiva de montar a caballo no la atraía demasiado.

—¿Qué distancia tendremos que recorrer?

—Unos treinta kilómetros.

Payne había hecho una llamada a su mentor, que había averiguado su localización utilizando tecnología por satélite. Sus planes eran encontrarse con un contacto en el lago Marion y continuar el viaje por avioneta hasta Denver.

—Vamos —le dijo cuando terminó de ensillar la montura—. Yo te ayudaré a montar.

—Te lo advierto, Payne. Sólo he montado tres veces en toda mi vida. Y una de ellas fue en un pony.

—No es difícil. Ya lo verás.

Siguiendo sus instrucciones, se agarró al pomo de la silla con una mano y apoyó un pie en el estribo. Cuando Payne la empujó hacia arriba, pasó la otra pierna y quedó sentada.

—Oh, Dios mío.

—No tendrás ningún problema —le aseguró mientras montaba en otro caballo, un alazán—. Sujeta las riendas y tira de ellas en la dirección que quieras tomar.

En alguna parte había oído Eden que los animales olían el miedo, así que intentó convencerse de que no estaba asustada. Se inclinó para acariciarle la negra crin.

—¿Cómo hago para que ande?

—Clávale los talones en los flancos. No te preocupes, que no le dolerá.

Adelante, vaquera.

Abandonaron el granero y fueron campo a través, evitando la carretera. Eden se esforzaba por mantenerse derecha, intentando adaptarse al ritmo del caballo. El trasero ya había empezado a dolerle.

Cuando llegaron a una pradera con la hierba muy crecida, Payne se volvió hacia ella. Al ver su sonrisa, Eden se estremeció de placer. Estaba tan atractivo montado en aquel caballo...

—¿Te encuentras bien?

Pudo haberle contado la verdad, pero se la calló.

—Si me caigo de este animal, me lo pagarás caro.

—Aprieta las rodillas y no sueltes las riendas.

—Payne, ¿sabes adónde nos dirigimos?

—Nuestro rumbo es sudeste. Siguiendo el arroyo podremos sortear las cercas.

Montaba perfectamente, como si lo hubiera hecho toda la vida.

—Pareces un consumado vaquero —le comentó ella.

—¿Crees que a Josh le gustarán los caballos?

Se había quitado las gafas de sol y la estaba mirando a los ojos. No había sido una pregunta ociosa. Realmente estaba deseoso de conocer a su hijo, de saber más cosas sobre él. Aquello la conmovió.

Sin embargo, por otro lado, Eden sentía cierta reticencia a revelarles demasiado. Todavía no estaba segura de cómo resolverían aquel complicado triángulo. Sobre todo cuando ignoraba si su relación con Payne tendría algún futuro...

—Necesitamos hablar de Josh.

—Sí, por supuesto —afirmó Payne—. Pero lo primero que quiero decirte es que lo siento.

—¿Qué es lo que sientes?

—Todo —se le acercó—. Siento que dieras luz a nuestro hijo sola. Y que tuvieras que criarlo sola. Y lamento profundamente haberme perdido los primeros doce años de su vida. Sus primeros pasos, sus primeras palabras... Dios mío, Eden, si ya casi es un jovencito.

Eden sabía que era demasiado tarde para que padre e hijo forjaran un estrecho lazo. La fase fundamental había pasado. Lo mejor que podía esperar Payne era desarrollar una amistad que fuera profundizándose con el tiempo, poco a poco.

—Yo también lo siento.

—¿Tienes alguna foto de Josh?

Cuando bajaron del coche en Abilene, apenas había tenido tiempo de recoger lo más esencial. Se sacó la cartera de un bolsillo. Debajo de su falso permiso de conducir a nombre de Susan Anthony, llevaba una fotografía reciente de Josh. Se la entregó.

Payne la estudió detenidamente, memorizando los rasgos de su hijo.

—Se parece mucho a mí —comentó con voz ronca.

—El pelo negro y los ojos oscuros —Eden se conmovió de nuevo al ver los esfuerzos que estaba haciendo por disimular su emoción—. Ojalá hubieras podido conocerlo cuando era un bebé.

—El destino no lo quiso así. La culpa no es de nadie. Y tú tomaste la decisión correcta al alejarlo de la influencia de los Verone —Payne se guardó la foto—. Me la quedo ¿de acuerdo?

—Por supuesto.

—Será mejor que nos demos prisa —miró su reloj—. Se supone que, en menos de un par de horas, tenemos que reunirnos con nuestro contacto.

Manteniéndose al abrigo de los árboles, continuaron cabalgando. Eden se sentía cada vez más cómoda a lomos de su caballo. Montar no era tan difícil. El truco consistía en apretar las rodillas y mantener bien firmes las riendas. A lo lejos, los campos empezaban a verdear con la llegada de la primavera. El cielo azul se había tornado ligeramente neblinoso, salpicado de nubes.

Un letrero les indicó que no se habían equivocado de dirección.

—Vamos bien —le informó Payne—. Estamos a punto de entrar en una reserva natural. Tendremos que atravesarla para llegar al lago.

Puso su caballo al galope y Eden lo siguió. Era una sensación estimulante, que la llenaba de entusiasmo. La brisa le azotaba el rostro, haciendo ondear su melena. Se echó a reír a carcajadas... ¡aquello era maravilloso!

Entraron en la reserva. El terreno era más accidentado y la vegetación más espesa. Al llegar a lo alto de una colina, Payne se detuvo en seco.

—¡Mira!

Era una manada de bisontes. Debía de haber por lo menos un centenar. Los enormes animales proseguían su marcha, sin asustarse por su presencia. El espectáculo la dejó impresionada.

Payne alzó la mirada. Afortunadamente para ellos, el cielo se estaba llenando de nubes bajas. Si los federales enviaban un helicóptero a buscarlos, carecerían de una buena visibilidad. Por otro lado, sin embargo, la avioneta

que supuestamente tenía que recogerlos podría tener algún problema para aterrizar.

—Está empezando a llover. Sígueme.

Descendieron por la colina, manteniéndose a una prudente distancia de la manada. Un relámpago iluminó el cielo, seguido de un violento trueno. Se acercaba una tormenta.

—Es peligroso que estemos aquí, en un terreno tan abierto —observó Eden.

Payne pensó que tenía razón. Pero en ningún lugar estaban seguros. Y por nada del mundo podían perder la cita con la avioneta.

—Al galope otra vez. ¡Rápido!

De repente advirtieron que los bisontes, nerviosos por la tormenta, se dirigían hacia ellos. ¡Una estampida! Payne espoleó su montura. Tenían que apartarse de su camino... si no querían perecer aplastados.

En aquel instante, el caballo de Eden se encabritó.

—¡Payne, ayúdame!

No estaba lejos de ella, pero no podía ayudarla. Una caída podía resultar fatal. El caballo pinto había alzado las patas delanteras, agitándolas en el aire.

—¡Agárrate fuerte!

—¡No puedo! ¡Me estoy resbalando!

En medio de un estruendo ensordecedor, la manada de bisontes se acercaba cada vez más. Payne ya se había colocado a su lado y estaba sujetando al caballo de las riendas. Ya no había forma de evitar la manada. Los enormes animales estaban a punto de echárseles encima. Vistos de cerca, eran increíblemente grandes.

Una vez tranquilizado el caballo de Eden, Payne puso al lado su montura, flanco contra flanco. No había otro remedio que permanecer quietos, sin moverse.

Resonó otro trueno. Los primeros bisontes que lideraban la manada se desviaron al verlos, y la mayor parte los siguió. Algunos, sin embargo, se detuvieron en seco frente a ellos.

Payne tenía la frente perlada de sudor. Urgió a su caballo a moverse. Lentamente. Sin soltar las riendas del de Eden.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó ella.

—Retroceder.

Mientras los caballos atravesaban con penosa lentitud aquella marea de animales, varios bisontes se acercaron directamente hacia ellos.

—Devuélveme las riendas —le pidió—. Quiero ir más rápido.

—Todavía no —pronunció sin perder de vista a un bisonte gigantesco que amenazaba con cargar contra ellos. Si los embestía, no tendrían la más mínima posibilidad.

Continuaron moviéndose lentamente. Minutos después, Payne le devolvió las riendas.

—¿Seguro que podrás cabalgar?

—Primero sácame de aquí.

Empezaron a alejarse. Se dirigieron hacia el sur, dejando atrás la manada.

—Lo conseguimos —exclamó Payne.

No se detuvieron hasta que llegaron a un bosquecillo. Eden se apresuró a desmontar y se tumbó en el césped, agotada. Después de atar los caballos, Payne se dejó caer a su lado.

—Esto es demasiado —se quejó ella—. No puedo seguir. No tengo fuerzas.

—Lo estás haciendo estupendamente.

—Estaba segura de que íbamos a morir —temblaba de la cabeza a los pies—. No puedo montar más.

Payne consultó su reloj. Faltaban cuarenta y cinco minutos para la hora de la cita. Aunque suponía que estaban cerca del lago Marion, no conocía el terreno. E ignoraba qué obstáculos podrían surgir. Tenían que ponerse en marcha.

—Eden, ¿estás segura de que no puedes montar?

Estaba pálida, ojerosa, con el rostro demacrado de cansancio. De repente un brillo de firmeza, de decisión, asomó a sus ojos castaños.

—Puedo intentarlo. No pienso rendirme.

Payne no tuvo corazón para montarla en su caballo.

—Monta conmigo, si quieres.

Ató el caballo pinto a su montura y segundos después cabalgaban en su alazán. Guiándolo con una mano, con la otra sujetaba firmemente el cuerpo tembloroso de Eden. Parecía encontrarse al límite de su resistencia física.

Payne sabía que necesitaba descansar. Pero no podía detenerse hasta que llegaran al lago. Aquella avioneta constituía su única esperanza.

—Acercas de Josh... —empezó ella.

—No hables. Reserva tus fuerzas.

—Esto es importante —insistió, estremecida—. Necesito que me hagas una promesa.

—Lo que quieras —no mentía. Si se trataba de su hijo, haría cualquier cosa que le pidiera.

—No se lo digas. Cuando lo veas, no le digas que eres su padre. No hasta que llegue el momento adecuado.

—Te lo prometo.

Escondido con Eden y los caballos en un bosquecillo a orillas del lago Marion, Payne alzó la mirada al cielo. Aunque seguía lloviznando, los nubarrones se alejaban. No hacía tan mal tiempo para un aterrizaje.

No sabía quién sería el piloto. Cuando Payne llamó a su mentor y le puso al tanto de su situación, Skip hizo uso de su red de contactos. Hombres, como el propio Payne, que harían sin dudarle cualquier cosa por él.

Miró su reloj. El piloto ya se había retrasado diez minutos. Si se retrasaba media hora, llamaría a Skip para actualizar la cita. El peor escenario posible era que los federales hubieran cerrado el espacio aéreo en aquella zona del país.

Envuelta en sus brazos, Eden lo miró. Estaba exhausta. Y terriblemente pálida.

—Huele bien la tierra después de la lluvia. A limpio.

—¿Tienes frío?

Negó con la cabeza.

—Estoy bien. Me gusta la lluvia. Es como si te despertase. Y lo mejor es cuando, después de mojarte, regresas a casa y te sientas delante de la chimenea con una bebida caliente.

—O un brandy.

—Oh, sí, un brandy. Así estaríamos los dos, bien calientes, delante de la chimenea. Yo deslizaría una mano dentro de tu camisa. Y disfrutaríamos del calor de nuestros cuerpos mientras la lluvia repiqueteaba contra los cristales de la ventana.

Payne se echó a reír.

—Tienes mucha imaginación, Eden.

—Era lo único que tenía.

—¿Qué quieres decir?

—Creía que estabas muerto, Payne —pronunció con un brillo de lágrimas en los ojos—. Y yo no quería estar con otro hombre. Así que te mantuve vivo en mi imaginación.

Su lealtad no pudo conmoverlo más. No había habido ningún otro hombre para ella: ahora lo sabía. Él había sido el padre de su hijo.

—Incluso cuando estábamos separados, estábamos juntos. Yo también te mantuve viva en mi memoria. Siempre fuiste la mujer de mis sueños.

—En cierta manera, somos afortunados —comentó ella—. Poca gente tiene la suerte de experimentar un amor tan perfecto, tan verdadero... —pero de repente se puso triste.

—¿Qué pasa, Eden?

—Estaba pensando en mi hermano. Su matrimonio era tan desgraciado...

—¿Sigues creyendo que su esposa era la amante de Luke Borman?

Eden sacó su móvil de la cazadora.

—Podría llamar a Ángela y preguntárselo.

A Payne no le gustaba mucho la idea. La conversación podría alterarla. Aun así, Ángela Benedict constituía una fuente de información vital.

—Adelante.

Sacó la tarjeta de Angela y marcó el número. Acurrucada contra el pecho de Payne, esperó a que respondiera.

Le pesaban los párpados. Estaba a punto de quedarse dormida. Pensó que tal vez no fuera muy prudente hablar con su prima en aquel estado, pero...

—¿Hola?

—Angela, soy Eden. Sé lo de la aventura.

—¿Cómo lo has averiguado? —parecía asustada—. ¿Te lo dijo Eddy?

A Eden le extrañó aquella mención a su hermano.

—No. Mi hermano y yo hacía doce años que no hablábamos.

—No es que te importe, por supuesto... pero lo amaba. Lo amaba de verdad. Nos hicimos amantes cuando Nick estuvo en prisión. Al salir, cortó lo nuestro. Pero yo no me resigné.

—Así que tuviste una aventura amorosa con mi hermano.

—Mientras duró, fuimos felices. Muy felices.

—Me alegro —pensó que, al menos, Eddy también había llegado a disfrutar del amor. De un rayo de luz en medio de tanta oscuridad—. Cuídate, Ángela.

Eden apagó el móvil y miró a Payne.

—Angela Benedict y mi hermano estaban enamorados —le informó, suspirando.

—Entonces no fue ella quien ordenó el asesinato de Eddy.

—No, desde luego...

—Será mejor que prestemos una mayor atención a Robert Ciari. Era uno de los acompañantes de Eddy en su viaje a Nueva York. Y dado que es el

siguiente en la cadena, debería tomar el mando del negocio familiar.

Antes de que pudiera consultar de nuevo su reloj, oyó el motor de un avión. Colina abajo había una especie de aeródromo improvisado, apenas una estrecha pista abierta en la vegetación.

El pequeño reactor se abrió paso entre las nubes y aterrizó en la pista de asfalto.

Payne se incorporó, ayudando a Eden.

—¿Puedes caminar?

—Creo que sí.

Después de liberar los caballos, bajó a reunirse con el piloto, que ya estaba saliendo de la carlinga. Era un hombre mayor, alto y delgado, con una cazadora de cuero y un sombrero de cowboy. Su larga melena blanca, que le llegaba hasta los hombros, le recordó a Payne imágenes que había visto de Búfalo Bill.

—¿Qué tal, chicos? Subid a bordo, rápido. Tenemos que salir cuanto antes.

Payne ayudó a Eden a subir a la avioneta, le abrochó el cinturón de seguridad y la arropó con una manta térmica. El ocupó el asiento del copiloto. Para cuando terminó de cerrar la carlinga, el avión ya se había puesto en marcha.

Minutos después estaban en el aire, ganando altitud.

—Dos mandos —observó Payne—. ¿Utiliza este avión para enseñar?

—A veces —respondió el veterano— Además, siempre es bueno llevarlos en caso de emergencia. He tenido algunos problemas con esta maquineta... —se señaló el pecho.

—¿Problemas de corazón?

—Cuádruple bypass. Si ves que me pongo a hacer tonterías, agarra los mandos.

—De acuerdo.

La perspectiva no era muy halagüeña. Payne poseía unos conocimientos básicos sobre cómo pilotar un avión, pero carecía de licencia.

—¿Cómo se llama?

—Cody. Como Búfalo Bill. No es un pariente. Siempre fue mi ídolo.

Payne se presentó antes de volverse para mirar a Eden. Arropada en la manta, un brillo de miedo asomaba a sus expresivos ojos.

—Y yo soy Eden Miller —gritó para hacerse oír por encima del ruido del motor.

—Encantada de conocerla, señorita. No se preocupe. La dejaré sana y salva en el lugar de destino.

—Muy bien —repuso con un tono algo dubitativo—. Gracias.

—De nada.

—¿Cuál es nuestra ruta? —aprovechó para preguntarle Payne.

—Oeste —contestó Cody—. Volaremos bajo, lejos de las ciudades. Y de los pasillos aéreos. Solamente necesitaremos detenernos una vez cerca de Pueblo, en Colorado, para repostar. ¿Te parece bien?

—Un plan excelente.

—Perdón —pronunció Eden—, ¿cuándo calcula que llegaremos a nuestro destino?

—Antes de que se haga de noche, espero. Supongo que serán unas cinco o seis horas de viaje.

—¿Por qué le preocupa que se haga de coche? ¿Es peligroso aterrizar en la oscuridad?

—Eso depende del terreno.

Cuando el avión dio una fuerte sacudida, Eden soltó un gemido.

—¿Alguna vez ha sufrido un accidente, Cody?

—Diablos, sí. Una vez estaba sobrevolando unas montañas cuando choqué de cara con un águila calva. El pájaro debía de ser como la mitad de grande que este. Tuve que hacer un aterrizaje de emergencia en una cumbre y me quedé sin alas. En otra ocasión me sorprendió una tormenta de nieve en Sonoma y...

—Hoy no nos estrellaremos —lo interrumpió Payne, acariciándole una rodilla a Eden—. El cielo está despejado y no hay águilas a la vista.

—Es verdad —confirmó Cody—. Como le decía antes, no tiene nada de qué preocuparse, señorita...

## Capítulo 11

Después de volar durante unas cinco horas con Cody, Eden dejó de pensar en los viajes en avión como en un lujo. En aquella minúscula avioneta, un pequeño giro significaba sacudidas, vaivenes y deslizamientos. Las constantes turbulencias le habían provocado un intenso dolor de cabeza. Para colmo, tenía motivos más que sobrados para preocuparse del carácter ciertamente excéntrico del piloto. Entre los extravagantes objetos que decoraban su «Sylvia», que así llamaba a su aparato, había postales, collares del *Mardi Gras*, animales disecados... Y las anécdotas que contaba también eran de lo más variado: desde los encierros de Pamplona hasta una audiencia privada con Albert Einstein. Mientras escuchaba sus historias, se había comido un sándwich de atún acompañado de una botella de agua. Después de repostar combustible, había ocupado el asiento del copiloto para poder admirar el atardecer, con el telón de fondo de las Montañas Rocosas. Era un paisaje maravilloso. En aquel pequeño avión era como si se confundieran con la luz y el aire, formando parte de un fabuloso cuadro. Por desgracia no tardó en enterarse de que Cody tenía setenta y tres años. ¿Qué le sucedería al aparato si se desmayaba o le ocurría algo? Rápidamente cambió de asiento con Payne, para que estuviera al mando en caso de emergencia.

Cuando se acercaban a su destino, Cody se quedó callado. Lo cual no pudo menos que extrañar a Eden, después de la cantidad de historias que le había contado...

—¿Cody? ¿Se encuentra bien?

—Me estoy concentrando. No me gusta aterrizar en la oscuridad.

—Yo puedo hacer la maniobra —se ofreció Payne—. No tengo licencia de piloto, pero...

—Hey, no tan rápido, amigo. Sylvia es mi dama y no se la dejo a aficionados.

El sol ya se había ocultado. Frente a ellos, el cielo se llenaba de estrellas. Abajo se destacaban las gigantescas sombras de las montañas, con ocasionales destellos de luz. Eden no lograba distinguir algo ni remotamente parecido a un aeródromo.

—¿Estamos cerca?

—Aterrizaremos muy pronto —le prometió Cody—. Será mejor que se abroche el cinturón de seguridad.

¡Tenía tantas ganas de ver a Josh! Muy pronto podría abrazarlo, escuchar su voz... Sin embargo, la necesidad que tenía de verlo se mezclaba con una considerable carga de ansiedad. Tenía tantas cosas que decirle... Por un lado, no podía presentarle a Payne como lo que era: su padre biológico. Pero por otro... ¿cómo podría explicarle su azarosa situación actual sin hablarle de su familia y de las actividades a las que se dedicaba?

Como si hubiera percibido su preocupación, Payne se volvió en el asiento, mirándola directamente a los ojos.

—Todo va a salir bien.

—Eso espero.

—Estamos juntos, y eso es lo principal. juntos, tú y yo podemos comernos el mundo.

Eden deseó poder tener esa misma seguridad. Se abrochó el cinturón y cerró los ojos. «Todo va a salir bien», se repitió.

Cuando iniciaron el descenso, el estómago le dio un vuelco. Estaban cayendo a toda velocidad, en picado. No abrió los ojos, aterrada. Si iban a estrellarse, nada podría hacer para evitarlo...

Sintió el impacto de las ruedas al chocar y rebotar contra el suelo. Del sobresalto, le castañetearon los dientes. Otro salto, y otro más. Hasta que se detuvieron.

Payne le puso una mano en una rodilla. El motor se apagó. La ausencia de ruido resultaba ensordecedora.

—Ya estamos —pronunció Payne—. Lo hemos conseguido.

Eden soltó el aliento que había estado conteniendo y abrió los ojos. Allí estaba Payne, atractivo como siempre, mirándola con preocupación. En su compañía, siempre se sentía a salvo.

—Es verdad.

—No sé por qué parece tan sorprendida —gruñó Cody—. Lo tenía todo controlado.

Desabrochándose el cinturón de seguridad, se inclinó hacia adelante y besó al viejo cowboy en una mejilla.

—Gracias.

Luego se volvió hacia Payne y lo besó apasionadamente en los labios, saboreando en ellos una promesa de futuro.

—Hay un niño allí —anunció Cody.

—Josh!

A través del parabrisas, pudo distinguir una improvisada pista de

aterrijaje, con unas cuantas luces señalizadoras. Esperando en la puerta de una pequeña cabaña estaba su hijo, embutido en un anorak, con las manos hundidas en los bolsillos de los vaqueros. ¡Cuánto lo amaba! Haría cualquier cosa con tal de proteger a su hijo.

—Se parece tanto a mí... —pronunció Payne, emocionado.

—Recuerda que me prometiste que no se lo dirías...

—No lo haré. Hasta que llegue el momento adecuado.

Payne abrió la puerta y bajó del avión, volviéndose para ayudarla. Tan pronto como Eden puso los pies en tierra, Josh se lanzó a sus brazos. Fue como si el corazón le estallara de alegría en el pecho. Sólo habían estado separados unos pocos días, pero tenía la sensación de que había transcurrido toda una eternidad.

—Te he echado tanto de menos, Josh... —le confesó, llorando de felicidad.

—¿Estás bien, mamá?

—Ahora sí —se volvió hacia Payne—. Éste es Payne Magnuson. Me está ayudando mucho.

A la luz de los reflectores de la pista, Eden vio al padre y al hijo estrechándose la mano por primera vez. El color de sus ojos y de su pelo era prácticamente idéntico.

De repente las luces se apagaron. Otro hombre se acercó entonces hacia ellos, caminando a paso enérgico.

—No tenemos mucho tiempo.

Aquellas palabras le provocaron un escalofrío. Todavía no estaban fuera de peligro.

Una vez dentro de la rústica cabaña que servía de casa de seguridad, Payne no podía dejar de mirar a Josh. La semejanza física que compartían era más que evidente. Y había algo más: una similitud que trascendía el color de sus ojos, o de su pelo.

Se volvió hacia el agente del FBI que se había presentado como Chuck Sonderberg. Alto, rubio y de tez bronceada, tenía aspecto de esquiador. Una impresión que confirmaban los viejos billetes de telesilla que había visto en una mesa, al lado de la puerta. Atravesó la habitación hacia Payne.

—Tenemos que hablar.

Payne lo siguió al salón mientras Josh llevaba a su madre y a Cody a la cocina.

—Has corrido un gran riesgo al ayudarnos —pronunció Payne, bajando la

voz—. Estoy en deuda contigo.

—Los dos tenemos el mismo objetivo, ¿no? Ambos queremos pararles los pies a los traidores como Danny-O. Solamente lo vi una vez, y no me gustó nada. Cuando Skip me llamó, supe que tenía razón. Mi intuición no me había fallado.

—Ponme en antecedentes.

—Estás metido en un grave problema, Payne. Has disparado contra dos agentes. Luke Borman en Brooklyn y Samuels en Abilene.

Payne se preparó para recibir malas noticias. Ya sabía que las heridas de Borman no habían sido de gravedad.

—Cómo está Samuels?

—Muerto.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Había matado a otro hombre. Sólo una vez, durante su larga trayectoria profesional, había matado. Doce años atrás, en Chicago, en un tiroteo con los Verone. Cuando se disipó la nube de humo, había tres hombres muertos. Aunque no pudo discernir exactamente quién había sido el autor de las muertes, había cargado con aquella culpa.

—La muerte de Samuels no fue culpa tuya —añadió Chuck—. Estaba en el hospital de Abilene. Después de la operación, empezó a hablar de conspiraciones y sobornos. Era como si estuviera confesando en medio de su delirio. Pero antes de que pudieran tomarle declaración, alguien se coló en su habitación y le disparó en la cabeza. Una ejecución en toda regla.

La anterior punzada de culpa de Payne se transformó en una rabia glacial:

—Danny-O.

—O alguien trabajando para él —asintió Chuck—. Yo apostaría por los Verone. En cualquier caso, la versión oficial sostiene que tú estás detrás del asesinato de Samuels. Ahora mismo, amigo mío, para la Agencia eres el enemigo número uno.

Con la red entera del FBI buscándolo, la escapatoria parecía imposible.

—¿Hay más hombres como tú? ¿Otros agentes que crean que he caído en una trampa, que soy víctima de un complot?

—Algunos.

—Pero no sabemos a ciencia cierta quiénes.

—Francamente, creo que lo mejor que puedes hacer es ir a Las Vegas y pedirle a Skip que intervenga. Tarde o temprano, alguno de esos otros agentes acabará confesando.

—¿Por qué habrían de hacerlo? —inquirió Payne—. Están en esto por

dinero. Y, con el ejemplo de Samuels, saben perfectamente el fin que los espera a los traidores.

—Pero aun así siguen siendo agentes federales, como tú y como yo. No puedo creer que sean incapaces de redimirse.

El punto de vista de Payne era mucho más cínico. Y escéptico.

—¿Qué más sabemos de los Verone? Has dicho que es posible que estuvieran detrás del asesinato de Samuels. ¿Hay indicios de que algún miembro de la familia abandonara Chicago?

—La mayor parte de los peces gordos siguen aún en Chicago —respondió Chuck—. ¿Conoces a Nick Benedict?

—Sí.

—Sigue en libertad condicional y se supone que no puede abandonar Illinois. Y lo mismo le sucede a Titty Ameche.

—Ésa es una buena noticia.

—Y aquí llega la mala. Gus Verone y su esposa, Sophia, tomaron ayer un avión para Denver.

Ciertamente, la entrada en escena del patriarca de la familia no era motivo de alegría. Payne estaba seguro de que no llegaría solo, sino acompañado de un buen número de guardaespaldas. Aun así, tuvo que recordarse que Gus no constituía el peligro principal.

La facción de los Verone que había planeado el asesinato del hermano de Eden, representaba un peligro mucho mayor. Eran ellos los que se habían aliado con Danny-O.

—¿Qué me dices de Robert Ciari? —Payne recordó al antiguo jugador de rugby, padre de tres hijos. Después de la última llamada de Eden a Angela, Robert era el primer candidato a villano que tenían.

—Está acompañando a Gus en su viaje. Puedes hacer lo que quieras, pero yo te aconsejaría un viaje relámpago a Las Vegas. Allí podría protegerte Skip.

—¿Y qué pasará con Eden y con Josh? ¿Estarán completamente a salvo en esta casa?

—Por desgracia, no. Es sólo cuestión de tiempo que terminen encontrándonos... —Chuck empezó a pasear por la habitación, inquieto—. A ver qué te parece esto. Creo que podría conseguir una orden de custodia para Eden y para Josh.

—Del FBI, desde luego que no —objetó Payne—. No con Danny-O suelto por ahí...

—Podemos recurrir a otra agencia del gobierno para que nos proteja. El Servicio Secreto. Tal vez Operaciones Especiales. Skip podría hacer los contactos.

El plan tenía sentido, pero Payne no quería confiar el bienestar de Eden y de su hijo a otra persona. Quería encargarse personalmente de ellos.

—Tengo que hablar con Eden. La decisión no es solamente mía.

—Pero hazlo rápido —le advirtió Chuck—. El nudo se está apretando.

Payne no quería echarse la soga al cuello. Pero tampoco quería que Eden o Josh corrieran el más mínimo peligro. Los observó mientras entraban en el salón, con bandejas de sándwiches y refrescos. Cody le estaba contando una de sus historias y Josh lo escuchaba admirado. Eden, por su parte, mantenía una actitud alerta, vigilante. Como una leona vigilando a su cachorro.

—Al amanecer saldré con Cody para Las Vegas —le informó de pronto a Chuck.

—¿Para qué esperar hasta mañana?

Sabía que volar de noche no era una de las habilidades del anciano.

—Con las primeras luces del alba bastará.

—¿Y Eden y Josh? ¿Irán contigo?

—Eso lo tendrá que decidir ella.

Una vez que los demás estuvieron acostados, Eden bajó sigilosamente la escalera de la cabaña. Había tres grandes dormitorios en el primer piso: dos eran para los tres hombres y el segundo para Josh y para ella. Miró su reloj. Las once en punto. La hora a la que Payne la había citado para que hablaran.

Abrió la puerta y salió al porche. A la luz de la luna distinguió el sendero que descendía colina abajo hacia el garaje, el lugar de encuentro. Se subió el cuello del anorak y echó a andar. Todavía tenía el cuerpo dolorido.

—Eden.

Lo vio. Estaba apoyado en un pino. Vestido con su inseparable cazadora de cuero, parecía tranquilo, seguro de sí mismo. El día anterior habría volado a sus brazos. Pero las cosas habían cambiado. Primero tenía que pensar en su hijo.

—No le he contado a Josh lo de su abuelo.

—Está en Denver —le informó Payne—. Gus y tu abuela han llegado a Denver esta misma noche. Y adivina quién está con ellos: Robert Ciari.

—Nos persigue —pronunció, estremecida.

—Quiere ver a su nieto.

—Y arrastrarlo a una vida llena de peligros —añadió ella con tono

amargo.

—No creo que ésa sea su intención. Estoy seguro de que Gus haría cualquier cosa que estuviese en su mano para protegerte a ti y a Josh.

—¿Como protegió a mi hermano, quieres decir? Puede que hayas notado que en mi familia existe una clara tendencia a morir joven —no podía entender por qué Payne se estaba poniendo del lado de su abuelo—. ¿Qué significa esto? Parece como si estuvieras defendiendo a Gus.

—Quizá lo comprenda ahora mejor que antes —repuso Payne, encogiéndose de hombros.

—¿Acaso estás intentando echarme la culpa a mí? —no podía dar crédito a su actitud. En absoluto tenía por qué arrepentirse de haber apartado a su hijo de su abuelo—. ¿Sabes una cosa? Alejar a Josh de los Verone ha sido mi gran objetivo en la vida.

—¿Y qué me dices de mí? —se apartó del árbol—. ¿Cuándo piensas decirle a Josh que yo soy su padre?

Lo miró. Su expresión era dura, rígida, pero sabía que estaba sufriendo.

—Payne, lo siento. Sé que debe de ser muy duro para ti estar tan cerca de tu hijo y...

—Es como si yo no existiera —se lamentó.

—Lo siento de verdad... Tienes que ser paciente.

—Soy su padre, Eden.

—No puedo decírselo —declaró con el corazón desgarrado—. Todavía no.

—Hace doce años, si hubiera sabido que estabas embarazada, habría hecho lo correcto, lo adecuado. Me habría casado contigo.

—Ya. Tu sentido del honor, ¿no? —comentó, irónica.

Payne le alzó suavemente la barbilla para que pudiera mirarlo a los ojos.

—No. Me habría casado contigo porque te amaba con toda mi alma. Porque eras la mujer de mis sueños.

Eden deslizó las manos por su cintura y enterró el rostro en su cálido pecho, cerrando los ojos. Le encantaba abrazarlo. Aun así, seguía aferrándose a su resolución.

—Todavía no puedo decírselo.

—Tal vez no dispongamos de mucho tiempo. Mañana, al amanecer, me iré con Cody a Las Vegas. Allí tengo gente de confianza, dispuesta a ayudarme.

Eden sacó la conclusión de sus palabras.

—Entonces me dejas.

—Josh y tú podéis acompañarme. La decisión es tuya. La otra opción es que pidáis custodia.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que una agencia del gobierno, probablemente el Servicio de Seguridad, se encargará de protegeros en una casa de seguridad. Allí estaréis a salvo.

Se sentía exhausta, cansada de luchar, de seguir huyendo, de enfrentarse siempre con el mismo destino. Era como si jamás pudiera escapar a su herencia familiar: la maldición de los Verone.

—¿Qué debo hacer?

—Tienes que decidirlo tú, Eden. Ir conmigo a Las Vegas, o solicitar custodia. Tú eliges.

Pensó que, probablemente, aceptar la protección de los federales sería la opción más prudente. ¿Pero cómo podía estar segura?

—¿Y qué pasa con Danny-O? Si nos colocamos bajo custodia del gobierno, podría encontrarnos, ¿verdad?

—Es posible —admitió Payne—. Pero es una posibilidad remota. Los federales son muy eficaces con lo que se refiere a la seguridad de los testigos protegidos.

—¿Yo soy una testigo? —no había pensado en eso—. No entiendo. ¿Tendré que declarar en un tribunal?

—Posiblemente.

—¿Pero por qué?

—Así funciona el sistema —le apartó un mechón de la frente con exquisita delicadeza—. Se han cometido delitos. Sus autores serán encausados. Puede que te llamen para que declares sobre el asesinato de tu hermano, por ejemplo. O sobre la conspiración de la que fue víctima. O el enfrentamiento que tuve con Samuels en el tren.

—Puedo hablar de Samuels... pero no declararé contra mi familia. Puede que odie a los Verone, pero no colaboraré en su ruina.

—Lo entiendo. Bueno, ¿qué me dices de la custodia? ¿Quieres que te la tramite?

—No.

Una leve sonrisa asomó a los labios de Payne.

—Entonces supongo que Josh y tú me acompañaréis a Las Vegas.

—Supones bien —pronunció, sonriendo.

—Buena elección.

La abrazó con más fuerza. Primero le acarició delicadamente los labios con los suyos y luego la besó con pasión, aturdiéndola de deseo.

—Deberíamos volver a la cabaña e intentar dormir un poco antes del amanecer. Lo necesitaremos —le dijo cuando finalmente interrumpió el beso.

—Sí, tienes razón —jamás lo abandonaría. Ahora que se habían vuelto a reunir, jamás se separaría de él.

Subieron por la ladera, hacia la cabaña. Ya se estaban aproximando cuando una luz se encendió en una de las habitaciones del primer piso. Inmediatamente Payne se colocó delante de ella, pistola en mano.

—Déjame que entre primero. Por si acaso.

Antes de que Eden pudiera asimilar sus palabras, Payne abrió la puerta y entró. Cruzando sigilosamente el salón, se dirigió hacia la puerta abierta de donde procedía la luz. Después de echar un vistazo dentro, hizo una seña a Eden.

Eden asomó la cabeza en la habitación y vio a Josh sentado ante un ordenador, en pijama. Antes de entrar, le indicó por señas a Payne que se quedara en la puerta.

—Hey, Josh. ¿No deberías estar acostado?

—No podía dormir. Mamá, hay algo que necesito preguntarte.

Eden sacó una silla al lado del escritorio y se sentó.

—¿Qué pasa, Josh?

El niño pulsó unas teclas y se echó hacia atrás para que pudiera ver la pantalla. Era una fotografía de Eden cuando tenía dieciocho años, melena larga hasta los hombros, sonriente como si no tuviera la menor preocupación en el mundo.

—Eres tú —pronunció Josh.

—¿Cómo has encontrado esa foto?

—No se lo digas a Chuck, pero estuve curioseando en su ordenador cuando terminó de trabajar. Ya sabes la curiosidad que tengo por todo lo relacionado con el FBI... Y encontré este informe acerca de un crimen cometido en Chicago —se volvió en la silla giratoria para mirarla fijamente a los ojos—. ¿Eres tú la de la foto?

No era exactamente la manera que Eden habría elegido para hablarle de su familia, pero tampoco podía mentirle cuando se hallaba ante una evidencia semejante.

—Sí, soy yo. Esa fotografía me la tomaron hace mucho tiempo. Antes de que tú nacieras.

—Aquí dice que tu nombre es Candace Verone.

—Eso es.

—Pero tú te llamas Eden Miller.

Le tomó la mano, procurando explicárselo lo mejor posible.

—Cuando descubrí que estaba embarazada, no quise que crecieras en el seno de mi familia. Así que huí a Denver, me cambié el nombre y empecé una nueva vida.

—Pero tú eres realmente Candace Verone, la hija de Gus Verone. Es el jefe de una mafia criminal.

Eden asintió.

—¿Has leído todo el informe?

—La mayor parte. Entonces ¿quién soy yo?

Suspiró, lamentando tener que pronunciar esas palabras.

—Eres el nieto de Gus Verone. El heredero varón del apellido de la familia.

Una sonrisa asomó a los labios de Josh.

—¡Guau! —alzó los pulgares con gesto triunfal—. ¡Es fantástico!

## Capítulo 12

A Danny-O le sudaban las manos mientras se dirigía hacia la cabaña. Lo acompañaban tres agentes más, todos ellos de la agencia local de Colorado. Los tres se resistían todavía a creer que un compañero suyo, Chuck Sonderberg, pudiera haberse aliado con el traidor Payne Magnuson.

A la vista de la cabaña, Danny-O sacó su pistola. Con un poco de suerte podría atrapar a Payne y a su amiguita antes de que empezaran a hablar y empeoraran aún más las cosas. Su posición se había tornado bastante inestable. El asesinato del agente Samuels en el hospital de Abilene había lanzado ciertas dudas sobre la investigación. Cuando todavía estaba bajo los efectos de la anestesia, Samuels había balbuceado algo acerca de un complot, lo cual había animado a los defensores de Payne en la Agencia a formular una obvia pregunta. Si Samuels había estado conchabado con Payne y los Verone... ¿por qué Payne había disparado contra él antes de evadirse en el tren?

Danny-O había respondido con unas cuantas vaguedades acerca de que no existía el honor entre ladrones, insinuando de paso que Samuels pudo haber amenazado previamente a Payne al anunciarle su intención de confesarlo todo.

Aunque los superiores de Danny-O habían convenido con él en la necesidad de detener a Payne, aún no estaban completamente convencidos de su culpabilidad. Su historial y su intachable reputación se contradecían con una acusación semejante. Danny-O, a su vez, replicaba con otra pregunta lógica: si Payne no tenía nada que esconder, ¿por qué se ocultaba?

De manera que la cacería humana había continuado, aunque con menos entusiasmo. Se había producido un sutil pero inequívoco cambio de actitud. Danny-O no podía permitir que Payne viviera lo suficiente como para que llegara a acusarlo a él.

La gente que había estado cuidando al hijo de Eden había identificado al agente que fue a su casa a recoger al chico. Y el agente Chuck Sondenberg tenía libre acceso a aquella cabaña que la Agencia solía usar como casa de seguridad. Era casi seguro que Payne estaría encerrado entre aquellas cuatro paredes de troncos. Muy pronto se verían las caras. Y muy pronto Payne Magnuson sería hombre muerto.

Tras subir la colina que llevaba a la cabaña, Danny-O se detuvo para

tomar aliento. Estaba inquieto. De resultas del golpe que Payne le había propinado en la nuca, padecía un dolor de cabeza constante, crónico. Para colmo, el sol de media mañana caía a plomo sobre las montañas de Colorado, cegándolo. Aquel paisaje tan inmenso lo irritaba. Danny-O era un hombre de ciudad, nada aficionado al campo. Una vez que cobrara la cantidad convenida con los Verone, tenía planeado comprarse un apartamento en Manhattan. Uno de los agentes se reunió con él.

—Baja la pistola, hombre...

—Esto es serio. Hay que estar preparados.

—Si quieres que te diga la verdad, creo que estamos perdiendo el tiempo. Chuck Sonderberg es un buen tipo.

—Permíteme que te recuerde que Payne Magnuson ha disparado ya contra dos agentes. Así que desenfunda el arma —le ordenó, como oficial superior suyo.

Reacio, el agente de Colorado obedeció.

—Todo esto es un enorme error. Magnuson es una leyenda viviente. Él jamás...

—Yo estuve allí —lo interrumpió Danny-O—. Vi a Payne Magnuson matar a Eddy Verone a sangre fría. Luego disparó contra Luke Borman... un tipo que era como un hermano para mí.

—Perdona, hombre...

—Payne es peligroso, y está armado. No lo olvides.

Danny-O contempló la cabaña. Los otros dos agentes estaban listos para entrar por la puerta trasera. A una señal suya, los dos grupos avanzaron a la vez.

El agente local se encargó de abrir la puerta, pero fue Danny-O quien entró pistola en mano.

—¡FBI! ¡Quieto todo el mundo!

Los demás agentes irrumpieron casi al mismo tiempo. Danny-O barrió la habitación con la mirada. Había una mujer tranquilamente sentada frente a la chimenea.

—¿Qué significa esto?

—Levante las manos —le ordenó, furioso—. ¿Dónde está Payne?

—Tranquilo —intercedió el agente de Colorado con un tono calmo que lo irritó aún más—. Es la hermana de Chuck.

—¿Dónde diablos está Payne? —chilló.

Había perdido la paciencia. Su capacidad de autocontrol estaba agotada.

Alzando las manos, un hombre entró en aquel instante en el salón.

—Chicos, ¿se puede saber qué broma es ésta?

—Hey, Chuck —lo saludó su compañero—. Me temo que ha habido un malentendido y...

—¡Nada de malentendidos! —tronó Danny-O.

Alzando la pistola, subió la escalera. Una vez arriba, abrió y registró cada dormitorio. No había nadie.

Había llegado demasiado tarde. Maldijo entre dientes. El dolor de la nuca era casi insoportable. Oyó el rumor de la conversación que estaban manteniendo abajo. Probablemente los agentes locales le estaban pidiendo disculpas a Chuck Sonderberg por la irrupción. Se frotó los ojos; tenía que recuperarse, pensar con coherencia.

Con manos temblorosas, sacó su móvil y marcó el número de su contacto con los Verone. Bajando la voz, le informó:

—Los hemos perdido en Colorado.

—Sabemos adónde se dirigen.

No era posible. La red de inteligencia del FBI había fracasado a la hora de localizarlos. Los Verone no habían podido hacerlo mejor.

—¿Adónde?

—Las Vegas.

—¿Cómo lo sabes?

—Digamos que tengo un amigo... en el interior.

Aquello no tenía sentido. Danny-O era el amigo del interior. Él era el hombre en el FBI.

—¿Quién es?

—Nos veremos en Las Vegas.

El interlocutor cortó la llamada. Danny maldijo una vez más. No le gustaba nada el nuevo rumbo que estaban tomando los acontecimientos.

Sentado en el asiento trasero de la avioneta al lado de Eden, Payne se quitó los auriculares que lo comunicaban con el piloto. El ruido del motor semejaba un enorme enjambre de abejas. Cody le estaba contando divertidas historias a Josh.

En un impulso, se acercó a Eden y le quitó los auriculares.

—Te deseo.

—Sss —intentó acallarlo.

Pero él le mordisqueó la oreja.

—Sabes tan deliciosamente bien, Eden...

—Ahora no, Payne —le arrebató los auriculares y volvió a ponérselos. Si volvía a decirle algo, sus palabras podían ser captadas por el micrófono y llegar a oídos de Cody y de Josh. Payne hizo un nuevo intento por quitarle los auriculares, a lo que Eden contestó clavándole un codo en las costillas.

—Estupendo —masculló mientras volvía a ponerse los suyos.

Si ésa era la vida de familia que estaba a punto de compartir con Eden, tal vez debería pensárselo dos veces...

Se recostó en su asiento. En realidad, no tenía motivo alguno de queja. Ese día todo había salido perfectamente. Habían partido al amanecer, alcanzando una velocidad de crucero de unos ciento cincuenta kilómetros a la hora. Después de repostar combustible en un pequeño aeródromo, Payne suponía que llegarían a Slippery Spring, el aeropuerto del noroeste de Las Vegas, a eso de la una de la tarde. Quedaba, pues, una media hora. En Las Vegas, Skip se encargaría de protegerlos. No tenía motivos para preocuparse. Y sin embargo se sentía inquieto, con los nervios de punta.

Miró de nuevo a Eden. La obligada distancia física que tenían que guardar le resultaba frustrante y, al mismo tiempo, increíblemente tentadora. Acarició con la mirada la curva perfecta de su cuello, el delicado dibujo de sus labios... Se inclinó de nuevo hacia ella, aspirando su fragancia. Sentada a su lado, Eden se estaba excitando a cada segundo. Esa noche, en Las Vegas, cuando estuvieran a salvo, harían de nuevo el amor y..

—Hey, mamá —Josh se volvió hacia ella—. ¿A que los extraterrestres no existen?

—No lo sé —se apresuró a responder, temerosa de que el deseo traicionara su voz.

—Te estoy diciendo la verdad —graznó Cody con su voz cascada—. Yo vi unos bichos pequeños de otro planeta en Roswell, Nuevo México.

—¿Y son verdes? —inquirió Josh, sarcástico—. ¿Brillan en la oscuridad?

—Los que yo vi, no. Eran bajitos, pero con los brazos muy largos, como los monos. Por lo demás, parecían casi humanos.

—No me lo creo. ¿Por qué habrían de bajar los extraterrestres a la Tierra?

—Y tenían seis dedos en cada mano. Si bajan aquí es precisamente para estudiarnos a nosotros.

—¿Y para apoderarse del mundo? —aventuró Josh.

—Esos bichos son científicos. Sólo quieren estudiarnos. Son antropólogos interplanetarios.

—Mamá, ¿tú te crees eso? ¿Antropólogos interplanetarios?

—Por lo menos es una buena historia —respondió Eden.

Durante todo el viaje, Cody no había dejado de entretener a Josh con sus anécdotas. Payne pensó que era un buen tipo. Sin embargo, nada sabía sobre él. Tal vez estuviera relacionado con Danny-O, o con los Verone. No era muy probable, pero, dudar de todo el mundo, se había convertido en una especie de segunda naturaleza. Maldijo para sus adentros. No podía creer que todo estuviera yendo tan bien...

—Mamá, ¿ves aquello? Parece como si la luna se hubiera caído al suelo.

Eden volvió la cabeza para contemplar el punto del paisaje que le estaba señalando.

—Es el desierto.

—Ojalá pudiéramos volar sobre el lago Mead —comentó Payne—. Pero seguro que hay mucha vigilancia allí.

—¿Por qué hay manchas de verde allá abajo? —preguntó Eden.

—Es la estación. Cuando la nieve se derrite en las montañas, el agua llega hasta allí a través de hondonadas y barrancos. El agua trae la vida. Y, durante unos meses, el desierto florece.

—¿Has vivido alguna vez en el desierto? —le preguntó Josh.

Payne se quedó sorprendido. Aunque se había mostrado muy hablador con Cody, hasta el momento Josh había evitado hablar con él. Aprovechó al vuelo la oportunidad.

—No, nunca he vivido en el desierto, Josh. Yo me crié en Wisconsin, donde hay montañas muy altas, que están verdes todo el año.

—No creo que sean tan bonitas como las de Colorado. ¿Has estado en Chicago alguna vez?

—Sí, también he vivido allí.

Eden le lanzó una rápida mirada de advertencia, como diciéndole: «no lo animes a seguir hablando». Después del suceso de la noche anterior, cuando Josh le dijo que le parecía «fantástico» formar parte de la familia Verone, se había abstenido de darle más explicaciones. Por desgracia, su familia no tenía nada de heroica.

—Mi abuelo vive en Chicago —anunció Josh.

Eden lo interrumpió:

—Ya basta, Josh.

—Bueno, es verdad, ¿no? Y tú creciste allí, ¿no? ¿Por qué no me puedes hablar de ello?

—En otra ocasión.

—No es justo —se quejó el niño—. Tú me mentiste.

—La vida no siempre es justa —intervino Payne.

—¿Y tú qué sabes? —replicó Josh—. Tú eres un federal. Te limitas a recibir órdenes.

—Y las doy. Ahora mismo voy a darte una. Cámbiate de asiento conmigo, Josh. Pronto empezaremos la maniobra de aterrizaje.

—Cierto —confirmó Cody—. En veinte minutos llegaremos a nuestro punto de destino. Y necesito a Payne de copiloto.

Pero el niño se cruzó de brazos, hundiéndose en el asiento.

—No quiero. Quiero quedarme aquí.

—Por favor, Josh —le pidió su madre—. Tienes que hacer caso a Payne.

—No. Él no manda.

—Muévete, Josh —le ordenó Payne—. Ya.

—Muéveme tú, si te atreves.

—Escucha, Josh. Esto no es un juego. Es necesario, por la seguridad de todos, que me sienta al lado de Cody, ¿entiendes? Vamos, levántate.

El niño le lanzó una mirada cargada de resentimiento. Se desabrochó el cinturón de seguridad y se quitó los auriculares. Miró a Payne y pronunció claramente con los labios un «te odio», para que su madre no pudiera oírlo. Aquello le afectó. De repente, la perspectiva de ejercer de padre le pareció abrumadora. ¿Cómo diablos iba a llevarse bien con Josh, sobre todo cuando el niño se estaba mostrando tan hostil con él?

Se instaló en el asiento del copiloto y se abrochó el cinturón. Estaba previsto que un vehículo los recogiera en el aeropuerto. Cody abrió comunicación con la torre de control. Todo estaba saliendo perfectamente. «Demasiado», pensó Payne una vez más. Sacó su móvil y llamó a Skip para avisarle de que se disponían a aterrizar.

—¿Dónde diablos estás? —le preguntó su mentor con voz extrañamente agitada—. He estado intentando localizarte.

Payne se había guardado el móvil en el bolsillo. Con los auriculares y el ruido del motor, no lo había oído.

—Estoy a punto de aterrizar en Slippery Spring.

—Pues no lo hagas —tronó—. Te han montado una fiesta de bienvenida. Y no te han traído precisamente una tarta de cumpleaños.

Payne se volvió hacia Cody.

—Remonte. No podemos aterrizar aquí.

El anciano sacudió la cabeza, confundido.

—Pero si ya casi estoy...

No había tiempo de explicaciones. Payne trasladó el control del avión al copiloto. Tirando de los mandos, frenó el descenso y empezó a remontar. Estaban tan cerca del aeródromo que podía distinguir coches y gente corriendo.

Minutos después, se disculpaba con Cody.

—Perdone. Acababan de informarme de que me habían preparado una emboscada. No había tiempo para...

—Tranquilo. Yo tomaré los mandos. Tú habla con Skip y encuéntranos un lugar seguro para aterrizar —señaló el indicador de combustible—. Nos estamos quedando secos.

Payne sintió la mano de Eden clavándose en su hombro.

—¿Qué ocurre?

—No pasa nada. Hemos actuado a tiempo. No te quites el cinturón de seguridad.

—¿Por qué no hemos aterrizado allí?

—Luego te lo explicaré, Eden —repuso con tono brusco.

Siguiendo las instrucciones de Skip, se dirigieron al aeródromo privado de un inmenso rancho. Payne facilitó las coordenadas y la descripción a Cody.

—¿Sabes, Payne? Pueden seguirnos la pista por radar. Quienquiera que nos estuviera esperando, sabrá exactamente adónde vamos.

—Tendremos que partir de inmediato. Usted se quedará en el rancho. Yo me llevaré a Eden y al chico.

—De acuerdo —Cody señaló una pista de aterrizaje al lado de una colina rocosa—. Allí está nuestro aeródromo.

Eden y Josh permanecían callados, hoscos. Maldijo para sus adentros. Al parecer, había conseguido que ambos se enfadaran con él. Pero no tenía tiempo para preocuparse por eso. Sus problemas eran bastante más serios.

La fiesta de bienvenida que le habían preparado en Slippery Spring significaba que Skip había sido traicionado por uno de sus propios hombres. Ya no podía confiar en nadie.

Mientras aterrizaban en el aeródromo privado del rancho, Eden no podía sentirse más confundida. Y más asustada. Cuando le tomó una mano a su hijo y se la apretó, él le devolvió el apretón.

—¿Mamá? ¿Estás bien?

—Sí. ¿Y tú?

—Desde luego.

Quería preguntarle si tenía miedo. ¿Estaría dispuesto a pedir disculpas por lo mal que se había comportado con Payne? Por su expresión, no parecía en absoluto arrepentido...

El avión entró en un enorme granero remozado, habilitado como hangar. Bajaron del aparato. Cuando sus pies tocaron tierra, Eden se dio cuenta de que estaba temblando. Todo le parecía irreal, sobre todo cuando vio a un hombre de pelo cano, atractivo, dirigirse hacia ellos.

Era un actor de cine. Aunque no podía recordar su nombre, lo había visto cientos de veces en la pantalla. En aquel momento le estrechó la mano. Aquello debía de tratarse de un sueño.

Una mujer rubia de fabulosa figura, que se presentó como Melissa, los invitó a subir a una limusina negra, con los cristales tintados.

—Me parece que necesitas beber algo —le comentó a Eden después de sentarse a su lado.

—Sólo agua —pronunció con voz quebrada.

Melissa abrió el compartimento de las bebidas y entregó botellas de agua a Eden, a Josh y a Payne, que seguía hablando por el móvil.

—Debéis de estar agotados. De aquí a quince minutos, estaréis descansando tranquilamente.

Josh estaba entusiasmado.

—¡Mira, mamá! —exclamó, pegando el rostro a los cristales—. ¡Es una pirámide!

Eden bebió un trago de agua. No podía imaginarse una situación más extraña. Su hijo y ella estaban huyendo de las fuerzas combinadas del FBI y la mafia de los Verone. Y en aquel momento, en compañía de una mujer que parecía una artista del espectáculo, se acercaban a una pirámide levantada en medio del desierto. En realidad se trataba de uno de los extravagantes garitos de juego tan típicos de Las Vegas.

—Nunca había estado en Las Vegas —le confesó a Melissa.

—Pues relájate y disfruta del viaje. En esta ciudad nadie se toma nada demasiado en serio. Lo importante es la diversión.

Eden se preguntó por la edad que tendría. Estaba tan maquillada que podría haber oscilado entre los treinta y los cincuenta. En cualquier caso, era una mujer increíblemente atractiva. Y tenía un aire mundano, como de alguien que había vivido mucho.

—¿Fuiste vedette, o bailarina? —de inmediato se arrepintió de habérselo

preguntado—. Perdona, Melissa. Ya sé que no es asunto mío...

—No pasa nada —sonrió—. No me avergüenzo de haberlo sido. Antes solía pasarme las noches bailando.

—Yo nunca he hecho algo así —murmuró Eden—. Tuve a Josh cuando sólo tenía veinte años.

—Yo tengo cuatro hijos. Pero que seas madre no significa que tengas que aburrirte por fuerza. Mientras estés en la ciudad, nos divertiremos un poco. Yo te la enseñaré. Y no te preocupes por los gastos. Mi marido se encargará de eso.

—¿Tu marido?

—Skip.

Eden miró a Payne, que seguía hablando por el móvil. Estaba segura de que vetaría aquellos planes. Como constantemente se encargaba de recordarle, seguían corriendo un grave peligro.

—Gracias —le dijo a Melissa—. Me encantará que me enseñes la ciudad.

## Capítulo 13

En el decimoctavo piso de un conocido hotel de Las Vegas, Eden se despezó en la inmensa cama de su dormitorio privado. Una puerta comunicaba con un gigantesco salón, con *jacuzzi* de mármol negro incluido. En la entrada, el mentor de Payne había apostado tres guardaespaldas. Al otro lado del salón, Josh también disfrutaba de una habitación propia, dotada, para su deleite, de un ordenador.

Tumbada de espaldas, Eden miraba al techo intentando relajarse. La tensión física había empezado a ceder, pero aún seguía confundida, aturdida. Todavía no tenía claro lo ocurrido en Slippery Spring. Payne no parecía ya confiar en ella. La había dejado completamente al margen. Y, sin embargo, Eden le había demostrado más de una vez lo muy necesaria que podía resultar su ayuda. En un impulso, tomó su teléfono móvil y marcó un número. Cuando Angela contestó, pronunció simplemente:

—Soy yo.

—¿Dónde estás?

—Tú conoces a un tipo llamado Danny-O, ¿verdad?

—Odio a ese demonio pelirrojo...

—¿Cuál es su contacto en la familia? —le preguntó Eden.

—No puedo hablar de esto contigo. No mientras estés con los federales.

—Yo no estoy con los federales —protestó—. Lo único que quiero es proteger a mi hijo.

—¿De veras?

Su voz rezumaba desdén. Por detrás, Eden podía escuchar un revuelo, con gritos de gente y timbres sonando. De repente, reconoció aquellos sonidos: máquinas tragaperras. ¡Era un casino!

—Estás en Las Vegas, ¿no? ¿Quién está contigo?

—Primero dime dónde estás tú —pronunció Angela—. Si realmente quieres ponerte a salvo, vuelve con la familia.

—¿Está Robert contigo?

—¿Robert Ciari? Sí, está aquí.

—¿Quién más?

—¿Por qué no nos vemos? —le propuso Angela—. Puedo preparar un encuentro.

Eden cortó la llamada. Angela estaba en Las Vegas. Y no había ido sola.

Debió haberlo adivinado. Tumbada en la cama, se preguntó por qué no le había afectado más la cercanía de su familia. En lugar de ello, sentía una extraña apatía. Que sucediera lo que tuviera que suceder...

Por supuesto, quería saber la identidad del responsable del asesinato de su hermano. Y ansiaba desesperadamente que aquella cacería humana terminara de una vez. Pero había otro asunto que tenía precedencia.

Hasta que volvió a ver a Payne en el sótano de Santa Catalina, Eden tenía la sensación de no haber vivido realmente, de verdad. Refugiada bajo el manto protector de su familia, siendo adolescente jamás se había revelado. Siempre había sido una chica modosa y aplicada. Nunca había habido ningún hombre en su vida excepto Payne. Y Payne desapareció bruscamente de su vida cuando ella sólo contaba veinte años. Desde entonces se había concentrado por entero en criar y en educar a su hijo.

Ahora que Josh era casi un adolescente, y ya no parecía requerir cuidados constantes, su identidad como madre estaba perdiendo vigor. ¿Quién era ella, entonces?

Miró una vez más la gran caja dorada con un lazo negro, que le habían entregado hacía unos minutos. Contenía un precioso vestido de lentejuelas, en colores negro y plata, sin espalda. Era la prenda más fina y sofisticada que había visto nunca. Aunque la caja le había llegado sin tarjeta, suponía que se la habría enviado Melissa, en previsión de la noche que iban a pasar juntas, divirtiéndose. Eden aún no se había atrevido a ponerse el vestido, pero ya se había probado las sandalias de tacón alto que lo acompañaban.

De repente llamaron a la puerta.

—Adelante.

Payne entró y cerró la puerta a su espalda.

—Bonito dormitorio te ha tocado.

—Sí —se sentó en la cama—. En una habitación como ésta, casi me siento como en un harén.

—Ya. Y yo soy tu jeque... —se acercó a ella con intención de besarla.

—Nada de besos. No hasta que me expliques lo que está pasando. ¿Qué fue lo que sucedió en el aeropuerto de Slippery Spring?

—Los Verone habían enviado a unos tipos a recibirnos. Gente de Las Vegas.

—Pero los Verone están aquí. Angela por lo menos.

—¿Cómo lo sabes? ¿La has llamado?

—Sí. No soy tan inútil como parece creer, después de la manera en que

me has apartado de la investigación.

—¿Qué has averiguado?

—Sólo que se encuentra aquí. Y Robert Ciari también.

Payne acogió la información con expresión dura y severa.

—En el futuro, cuando llames a Angela, quiero enterarme.

—Yo también. Cuéntame más cosas de lo que pasó en el aeropuerto de Slippery Spring.

Payne se acercó a la nevera y sacó una botella de agua.

—Deberíamos considerarnos afortunados de que nos estuvieran esperando allí los Verone. Si en vez de ellos hubieran sido los federales, habrían rastreado nuestra ruta y, a estas horas, estaríamos localizados.

—¿Aquí estamos seguros?

—Eso parece. Este hotel es propiedad de unos amigos de Skip. Su gente de seguridad nos protege. Estaremos a salvo siempre y cuando permanezcamos aquí.

—¿Incluso de los federales? ¿Acaso ellos no pueden entrar?

Payne bebió agua antes de contestar:

—Las Vegas es un lugar privilegiado. Se necesitaría una orden directa firmada por el Congreso para forzar la entrada en un casino.

—Pero podrían buscarnos.

—Y nosotros escondernos. El hotel es inmenso.

Estaba en el centro de la cama, sentada sobre los talones. Una vez más desvió la mirada hacia el vestido de lentejuelas.

—¿Sería seguro que abandonara esta habitación?

—Sí —respondió, rotundo—. Podemos salir a cenar. Abajo hay un restaurante de cinco estrellas y ambiente muy romántico...

La sedujo la invitación. Pero tenía sus dudas. Las mismas dudas que la habían asaltado cuando pensó en ponerse aquel vestido. Ya no era una jovencita. Era una mujer adulta y responsable, madre de un hijo. Una mujer práctica.

—Podríamos llevarnos a Josh.

Payne se sentó en una silla.

—No me parecería muy adecuado. De todas formas, precisamente quería hablar contigo de nuestro hijo. Quiero decírselo, Eden. Quiero que sepa que soy su padre.

—Todavía no. Aún no ha superado el trauma y...

—Oh, claro. El crío está traumatizado —pronunció, irónico—. Cuando le

dijiste que formaba parte de una familia consagrada al crimen, exclamó: «¡qué fantástico!». ¿Crees sinceramente que le afectaría tanto que le dijera que soy su padre?

—Es muy posible.

Eden sospechaba que Josh había adoptado aquella actitud tan frívola para disimular su miedo, su inseguridad. En el fondo, le asustaba ser miembro de una familia como los Verone. Y el hecho de aceptar a Payne como padre significaría un problema añadido, aún más difícil.

Aunque se había esforzado por ocultarle que eran amantes, el niño lo había percibido y se resentía de ello. Por eso proyectaba aquella sorda hostilidad contra Payne. Contra cualquiera que pudiera usurparle el amor de su madre.

—Tiene que haber una manera de que Josh y tú os llevéis bien. Quizá un psicólogo infantil...

—No hay tiempo.

—¿Por qué? ¿Es que piensas desaparecer de nuevo?

—No fue mi intención hacerlo la primera vez.

Payne sabía que se encontraban en una situación complicada, que podía derivar en cualquier escenario. Los federales podían detenerlo. O los Verone asesinarlo...

Al día siguiente, si todo salía como Skip había planeado, Payne se enfrentaría cara a cara con Danny-O. Y la conspiración quedaría al descubierto. Pero antes de que pudiera surgir algún nefasto imprevisto, quería que su hijo supiera quién era. Necesitaba que Josh comprendiera que no lo había abandonado. Que jamás había tenido intención de abandonarlo.

—Déjame decírselo.

—Esta noche no.

—¿Cuándo entonces?

—Lo sabrá en el momento adecuado —pronunció ella, firme.

Payne no tuvo más remedio que ceder. Al fin y al cabo, Eden era su madre. Se levantó de la silla y atravesó la habitación. Por un instante, su mirada se posó en la caja con el lazo: sabía lo que contenía. El mismo había elegido aquel modelo con la ayuda de Melissa, y deseaba ver a Eden vestida de lentejuelas. Aunque sólo fuera por una noche, confiaba y esperaba en tratarla como a una princesa.

—Acerca de lo de esta noche... Me gustaría que cenáramos a solas. Así podremos seguir hablando de nuestro hijo.

—¿Una velada discutiendo? ¡Qué perspectiva tan encantadora!

Cuando la miró, bajó la vista. Parecía como si lo estuviera evitando... ¿Por qué? Allí estaba él, dispuesto a regalarle una velada que no olvidaría jamás...

—Te recogeré a las nueve.

—No. Estoy cansada.

Simulando indiferencia, Payne se dirigió hacia la puerta.

—Si cambias de opinión...

—Hasta mañana, Payne.

Salió de la habitación. No iba a renunciar. Esa noche, cuando la tuviera en sus brazos, el sabor de la conquista sería aún más dulce...

Ataviada con su fabuloso vestido, Eden entró en la habitación donde Melissa, Josh y los guardaespaldas la estaban esperando.

—¡Guau! —exclamó su hijo—. ¡Estás fantástica!

—Absolutamente maravillosa —secundó Melissa. Se volvió hacia los guardaespaldas, que sonrieron con expresión aprobadora.

—¿De veras? —había tardado en maquillarse más de media hora—. ¿No crees que el carmín es demasiado oscuro?

—Para nada. Y la sombra de ojos te queda estupendamente.

Deleitada, Eden se echó a reír. Realmente se sentía preciosa y ya había empezado a arrepentirse de no haber aceptado la invitación de Payne. Quería que la viera así, con todas sus galas.

Pero lo había rechazado. No había sido una actitud muy inteligente por su parte.

Después de despedirse de Josh con un abrazo, siguió a su anfitriona al pasillo.

—¿No deberíamos llevarnos un guardaespaldas? —le preguntó Eden.

—Cariño, este hotel es una fortaleza.

—¿Adónde vamos?

—Al casino del segundo piso —respondió Melissa, entrando en el ascensor—. ¿A qué te gustaría jugar?

—No soy muy aficionada al juego —le confesó—. Sólo sé jugar al póquer y al blackjack.

—Pues al blackjack entonces —le entregó un pequeño bolso de lentejuelas, lleno de fichas de juego—. Con esto podrás empezar a jugar.

—No puedo aceptar tu dinero...

—Es de Skip. Y ha insistido en que lo uses.

Se abrieron las puertas del ascensor y salieron a un inmenso y luminoso casino, con techos tan altos como los de una catedral.

—¿Has visto? Nos están mirando boquiabiertos —le susurró Melissa—. Estamos provocando una verdadera conmoción —añadió, divertida.

—A mí no me gusta llamar la atención, yo...

—Te acostumbrarás en seguida —repuso mientras se dirigía directamente hacia la zona selecta del casino—. La primera vez que llegué a Las Vegas, hace veinticinco años, yo era como cualquier otra chica de Oregón. Pero no lo sabía, porque me sentía una estrella, y la gente me trataba como tal.

—Ojalá pudiera tener yo esa misma confianza...

—He pasado mis malos momentos, no te creas. Y, por lo que he oído, tú también.

—¿Qué es lo que has oído?

—Lo suficiente para saber que eres una chica fuerte, lista y decidida —le hizo un guiño de complicidad.

—Gracias.

Cuando entraron en la sala de los grandes jugadores, el tintineo de las máquinas se mezcló con el rumor de las cartas y de las ruletas. Todo el mundo iba muy elegante, y Melissa parecía conocer a la mayor parte de los jugadores.

—¿Quién te gustaría ser esta noche? —le preguntó a Eden.

—¿Qué quieres decir?

—Mucha gente está deseando conocerte, y sería mejor que les ocultaras tu verdadero nombre, ¿no te parece?

—Susan Anthony —pronunció Eden con una sonrisa.

—Muy bien, Susan. ¿Y cómo te ganas la vida? Que sea algo importante, que impresione a la gente.

—Poseo cuadras de caballos de carreras.

Así fue como Melissa la presentó a varias personas. Eden no tardó en encontrarse cómoda en aquel ambiente. Estaba deslumbrada. Se acercaron a una de las mesas de blackjack. Usando las fichas de su bolso de lentejuelas, hizo algunas apuestas.

De repente, al otro lado de la sala, vio a Payne. Llevaba un esmoquin ajustado que resaltaba sus anchos hombros. La acarició con la mirada.

Mientras se acercaba a ella, fue como si el resto del mundo se difuminara en una niebla. Desaparecieron todos los demás sonidos, excepto el acelerado latido de su corazón.

Payne se detuvo frente a ella y, dirigiéndose a Melissa, le preguntó:

—¿Te importaría presentarme a tu encantadora amiga?

—Por supuesto —repuso, siguiéndole el juego—. Susan Anthony, Payne Magnuson. Y ahora, si me disculpáis...

Mientras Melissa se retiraba, Payne le tomó una mano y se la llevó a los labios. La miraba durante todo el tiempo, devorándola con los ojos. Señalando el asiento que estaba a su lado, le preguntó:

—¿Está libre?

—No si tú lo ocupas... —respondió, ruborizada de placer. Decidió compartir su juego. Sería divertido. Y sensual.

—¿A qué te dedicas, Payne?

—Soy espía. ¿Y tú?

—Un poco de esto, de lo otro... Crío caballos de carreras. Purasangres.

—Un día podríamos montar juntos.

—Me encantaría —se echó a reír, recordando su fuga a caballo por la reserva natural de Kansas.

Hicieron una apuesta y Eden ganó.

—¿Te apetece una copa?

—Vino blanco.

—Dom Perignon, entonces —Payne hizo una seña a una camarera, que se apresuró a servirlos—. ¿Vienes por aquí muy a menudo, Susan?

Eden lo miró con expresión coqueta, flirteando descaradamente.

—Y habría venido todavía más de haber sabido que podía encontrarte.

Jugaron de nuevo. Y ella volvió a ganar. Su montón de fichas había crecido de manera considerable. Tomó un sorbo de vino.

—Me gustaría invitarte a cenar —le dijo Payne—. ¿Nos vamos?

—Sí.

Reunió sus ganancias y le entregó una ficha al crupier, de propina, como había visto hacer a Melissa.

—Generosa propina —le ofreció su brazo—. Cien dólares.

—No, si sólo le he dado una ficha...

—Una ficha que vale cien dólares —repitió.

¡Había estado jugando con fichas de cien dólares! Aquello era una locura. Podía haber perdido miles en cuestión de minutos.

—La suerte del principiante —pronunció Eden, como restándole importancia.

—Tengo la sensación de que esta noche tendrás suerte en todo...

Entraron en un impresionante salón comedor con pista de baile en el centro.

El maître los instaló en una mesa de la primera fila.

—¿Bailamos?

Eden tenía miedo de caerse con sus sandalias de tacón alto.

—Estoy un poquito desentrenada. Con mi trabajo, tengo poco tiempo para bailar y...

—Tú sígueme.

Payne la atrajo hacia sí. Sus cuerpos se amoldaban a la perfección. La guiaba suavemente, con una mano apoyada en su cintura. Eden no se tambaleó ni una sola vez.

—Eres increíble —susurró.

—Tú tampoco estás nada mal —replicó ella.

—Y eres mía. Esta noche terminaremos en mi cama.

Poco después volvían a la mesa. Eden pidió champán con la cena. La conversación giró en torno a sus respectivas inquietudes en la vida.

—Un baile más —le pidió Payne cuando terminaron.

Fue capaz de bailar aquel complicado tango. Con él todo parecía fácil, ligero, cómodo. Cuando la llevó a su suite y descubrió la cama de sábanas de satén, se sintió la mujer más feliz del mundo. Lenta y sensualmente, le quitó la chaqueta del esmoquin y empezó a desabrocharle la camisa. Aquél era su hombre. El hombre de sus sueños.

## Capítulo 14

Si el mundo se hubiera acabado de repente aquella misma mañana, Payne no habría tenido ningún motivo para quejarse. En brazos de Eden había saboreado una tierna, apasionada, perfecta felicidad. Antes de dejarla durmiendo en la habitación de su suite, había depositado una rosa sobre la almohada. Pensó en escribirle una nota, pero no supo qué decirle. ¿Cómo habría podido describir aquella multitud de sentimientos?

Se inclinó para besarle la frente. Miró su reloj. Desgraciadamente, tenía que marcharse. Tenía una cita con Danny-O.

Danny-O había llegado a Las Vegas la noche anterior, para pedirle a Skip que le preparara un encuentro. Pero sólo con Payne. A solas.

Si Payne hubiera sido un ingenuo, habría pensado que le remordía la conciencia y estaba decidido a confesar. Pero si ésa no era la razón... ¿para qué querría verlo?

Se imaginó el peor escenario posible. Furioso por el fracaso de su asociación con los Verone, Danny-O ansiaba vengarse a cualquier precio. Quería matarlo, pura y simplemente. Pero aunque Payne estaba preparado para esa posibilidad, dudaba que su antiguo alumno se dejara arrastrar por la cólera. Su propio y colosal ego se lo impedía.

Atravesó el vestíbulo y salió del hotel. En la puerta estaba esperando una limusina negra, conducida por un hombre de pelo cano. Abrió la puerta y subió.

Danny-O se hallaba dentro. Cuidadosamente peinado, llevaba un traje gris oscuro, con corbata a rayas. Unas gafas negras ocultaban sus ojos.

—Gracias por venir.

Payne se sentó frente a él. Si se producía un tiroteo, le dispararía a la cabeza, ya que era muy probable que llevara un chaleco antibalas.

—Esta es la historia completa —empezó Danny-O—. Soy un tipo ambicioso. Siempre he querido prosperar, y cuando me enteré de que los Verone volvían a las andadas, pensé que, si me infiltraba en su círculo, acabaría por detenerlos.

Payne no se creía ni una sola palabra, pero se ahorró su opinión. Quería que Danny-O le soltara dos nombres. El del nuevo jefe de los Verone y el de la persona del círculo de Skip que lo había traicionado.

Danny-O sonrió. Payne se preguntó por qué le temblarían los labios.

—Yo quería ser como tú. El legendario Payne Magnuson. El federal que tan exitosamente se había infiltrado en la familia Verone hace doce años.

—Menos coba, Danny. ¿Es por eso por lo que asesinaste a Eddy Verone? ¿Para ser como yo?

—Eso fue un error. Creí que Eddy pretendía matarme. Vi un arma. Y disparé. Fue en defensa propia.

Payne lo miró con expresión incrédula.

—Así que ¿lo mataste en defensa propia?

—Exacto.

Payne recordaba cada detalle de lo ocurrido en aquel restaurante de Brooklyn. Danny-O y su compinche, Luke Borman, habían preparado el asesinato de Eddy Verone con la intención de culpar a Payne, y asesinarlo igualmente.

—Mi trabajo no es juzgar a nadie —eso lo dejaba a las autoridades que tuvieran que procesar a Danny-O—. Pero quiero lavar mi nombre.

—Desde luego. Si tengo que testificar sobre ello, diré simplemente lo que vi. En el restaurante, Luke Borman se mostró raro, como confundido. Por alguna razón que desconozco, te apuntó con su pistola. Y tú devolviste el fuego.

—¿Y qué pasó con Samuels, en Abilene?

—¿Qué te dijo él?

No podía revelarle a Danny-O que Samuels lo había implicado cuando estuvieron hablando en el tren. Eso significaría poner a Eden en peligro, como testigo de sus declaraciones.

Danny-O fingió una expresión de asco.

—Samuels debía de estar trabajando directamente con los Verone. Por eso lo mataron.

—¿Quién lo mató? —inquirió Payne—. ¿Quién dio la orden?

Danny-O se quitó las gafas oscuras. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos de cansancio.

—Quieres que te diga quién está al frente de la familia Verone, el nombre de la persona que está a punto de suceder al viejo Gus. Quieres, en resumidas cuentas, el resultado de mi investigación. De mi trabajo de infiltración.

¿Infiltración? Danny estaba trabajando para los Verone. Le habían prometido una buena recompensa. Payne no tenía ninguna duda de ello.

—Quiero el nombre.

—Angela Benedict.

—¿Una mujer? ¿Quieres decirme que los Verone aceptarían a una mujer como jefe?

—Efectivamente. Es una mujer fuerte, inteligente. Y es la que está dirigiendo el negocio.

—¿Por eso sedujo a Luke Borman?

—Esa no fue Angela, sino la esposa de Eddy — su expresión se iluminó cuando se le ocurrió una nueva idea—. Hey, quizá por eso te apuntó Borman. Porque quería impresionar a su amante.

Payne pensó que Danny-O era un canalla de la peor especie. Estaba deseoso de acusar a todos sus socios con tal de salvar la piel.

—Una pregunta más. La emboscada en el aeropuerto de Slippery Spring. ¿Quién les informó de nuestros planes?

—No lo sé.

Por primera vez desde que subió a la limusina, Payne tuvo la impresión de que Danny-O estaba diciendo la verdad. Peor aún: su ignorancia sobre lo sucedido en Slippery Spring encajaba con lo que Skip le había dicho. La fiesta de bienvenida del aeropuerto la habían preparado los Verone. Pese a todo, lo intentó una vez más.

—Necesito el nombre de ese informante.

—No puedo ayudarte. Quienquiera que fuera, habló directamente con los Verone, no conmigo.

Payne dio unos golpes en la ventanilla interior, llamando al chófer.

—Arranque —le dijo cuando bajó el cristal.

—Espera —exclamó Danny—, ya te he dicho lo que querías. Ahora tú tienes que decirme...

—Yo no hago tratos con traidores.

—Si esto se sabe en la investigación... —hablaba rápido, atropellando las palabras, como si le faltara el aire. Estaba asustado—. Payne, tienes que apoyarme. Tú eres el único que sabe lo que significa trabajar de infiltrado con esa gente. Al menos ayúdame a conseguir custodia como testigo protegido...

La limusina se detuvo en un lugar del extrarradio de Las Vegas. Payne señaló la puerta.

—Sal.

—Escucha, Payne... si no hubiera sido por mí, a estas alturas tu novia estaría muerta.

—Explícate.

Cuando Danny se dispuso a frotarse el cuello, Payne se llevó una mano al

pecho, a unos centímetros de la pistola que llevaba en la sobaquera.

—Yo los contuve. Iban a matarla allí mismo, en Santa Catalina. Tan pronto como entró por la puerta vestida como una monja. Iban a matarla delante de las narices de Gus.

—Pero tú querías utilizar a Eden para localizarme, ¿no? Has cometido un error, Danny. Ahora sí que estás listo.

—Payne, estás en deuda conmigo...

Su razonamiento era una estupidez. Como Danny-O había fracasado en su empeño de matar a Payne, quería apoyarse en él para validar su versión de lo sucedido y salir bien librado.

—Sal de la limusina —le ordenó, con una mueca de asco.

—No hasta que me jures que me ayudarás. Dame tu palabra.

—Esta es la única palabra que te daré: traidor.

Danny-O echó mano a su arma, pero Payne se le adelantó. Apuntándole a la frente, le dijo con tono tranquilo:

—Has traicionado a tus amigos, a tus compañeros. Y, no contento con eso, pretendes traicionar también a los Verone. Fuera de mi vista.

Danny bajó de la limusina y se alejó, tambaleándose.

Cuando el vehículo emprendía el camino de vuelta, una voz familiar llegó hasta sus oídos procedente del asiento delantero.

—Me alegro de que no hayas apretado el gatillo, Payne. Habrías montado un buen lío.

—¿Cody?

—No te preocupes. Tengo licencia de chófer, además de la de piloto.

—¿Qué tal si me llevas a algún lugar donde pueda hablar con Skip?

—Claro. Por cierto, he grabado vuestra conversación. Supongo que, dado que Danny-O ha admitido haber trabajado para los Verone, ya no te estarán buscando los federales.

—Eso espero —pero quedaba otra importante pregunta sin contestar. ¿Quién era el informante? ¿Quién les dijo a los Verone que la avioneta tenía que aterrizar en Slippery Spring?

Eliminados Cody y Chuck Sondenberg, los candidatos no eran tantos. ¿Melissa? ¿El propio Skip? Estaba empezando a llegar a una conclusión que no le gustaba nada. Sabía que Eden había estado llamado secretamente a su prima. ¿Habría sido Eden la informante?

Cuando terminaron de comer en la suite, Eden y Josh se pusieron a jugar a las cartas con los dos guardaespaldas de la habitación.

La noche anterior, después de haber estado jugando con fichas de cien dólares cada una, se había hartado del juego. La noche anterior... había sido la más maravillosa de su vida. Había hablado con Payne por teléfono hacía apenas una hora, y le había prometido que iría lo antes posible. Cada dos minutos su mirada se disparaba hacia a la puerta, deseosa de verlo de nuevo.

—¡Mamá! ¿Tienes tú algún siete?

Eden miró las cartas que tenía en la mano.

—Canasta.

—Quiero ir a algún sitio esta tarde —dijo Josh—. A ese hotel que tiene un pájaro en la puerta. Lo he buscado en el mapa, y está muy cerca de aquí, justo al lado.

—¿Y por qué quieres ir allí?

—Tiene osos.

—¿Osos?

Josh se encogió de hombros, fingiendo concentrarse en sus cartas y evitando su mirada. Eden había visto esa expresión antes. Le estaba escondiendo algo.

—En la tele pusieron algo sobre ese hotel. ¿Puedo ir?

—Quizá —aunque le habían asegurado que estaban protegidos en aquel hotel, su protección no se extendía al de al lado. De todas formas, estando en Las Vegas sería una pena no visitar los lugares de interés, y como estaba tan cerca...

Cuando sonó el teléfono, uno de los guardaespaldas contestó.

—Es Payne —le informó a Eden—. Está en el hotel. Llegará en unos segundos.

Josh lanzó sus cartas sobre la mesa, gruñendo.

—Ahora sí que no podré ir a ningún sitio.

—Cariño, eso no es verdad —intentó consolarlo Eden—. Quizá Payne quiera acompañarnos.

—Él no me quiere —se levantó de la mesa para marcharse a su dormitorio—. El sólo quiere estar contigo.

Acababa de dar un portazo cuando el guardaespaldas abrió la puerta. Eden se sentía desgarrada. Su hijo necesitaba su atención, pero quería estar con Payne.

—Tengo buenas noticias —anunció después de darle un rápido beso en los labios.

Señalando con la cabeza su dormitorio, la hizo levantarse de la mesa y la

llevó hasta allí. Mientras lo seguía, se sentía ligera como el aire. Una vez dentro, Payne le robó el aliento con un apasionado beso.

—¿Estás preparada para las buenas noticias?

Asintió, sonriendo.

—Estoy limpio. Ya no tengo que huir de los federales.

Lo abrazó con fuerza. Estaban a un paso de empezar una vida normal, sin peligros ni complicaciones.

—¿Qué pasó?

—Tuve una reunión con Danny-O esta mañana. Admitió que fue él quien mató a tu hermano, y que se había infiltrado en la familia Verone. Su confesión y los contactos de Skip bastarán para lavar mi buen nombre.

—¿Me estás diciendo que Danny-O de repente vio la luz y confesó?

—No fue formalmente una confesión —admitió Payne—. Pero la conversación está grabada.

Eden sabía cómo funcionaban esas cosas. Si Danny-O le había ofrecido información a Payne, habría esperado recibir algo a cambio.

—¿Qué le prometiste a Danny-O?

—Nada.

—No puedo creer que te hayas reunido con ese canalla —retrocedió un paso, irritada—. Detesto que corras riesgos así. Pudo haberte matado.

—Es mi trabajo.

Eden no estaba precisamente entusiasmada con su manera de ganarse la vida, pero aquella discusión podría esperar a otro día.

—¿Por qué no me dijiste que te ibas a ver con Danny-O?

—Porque sabía que te preocuparías. Anoche no quería que ningún pensamiento negativo nos estropease los maravillosos momentos que pasamos juntos. Quería que todo fuera perfecto.

—Y lo fue. Pero, en el futuro, no quiero que ocultes nada. Quiero que seas sincero conmigo.

—De acuerdo —aceptó él—. Y tú conmigo.

—Al cien por cien.

—Me gusta cómo vas vestida —comentó él, tumbándose en la cama.

Eden llevaba una sencilla camiseta a rayas y unos pantalones caqui.

—No es algo tan sofisticado como el vestido de anoche.

—Es bonito. Ven aquí, preciosa...

Se tumbó a su lado, frente a frente.

—¿Qué sucederá ahora, Payne?

—Necesito volver a Chicago. Desde allí podré dar un último impulso a la investigación y averiguar lo que pasó realmente con tu familia —hizo una pausa—. Y quiero que Josh y tú me acompañéis.

—¿A Chicago? —aquello parecía como escapar del fuego para ir a parar a las brasas—. ¿No es muy peligroso?

—No mientras estés conmigo. Me aseguraré de que os quedéis en una casa de seguridad... una casa a la que yo volveré cada noche. Como si fuera un trabajador normal.

¿A quién estaba engañando?, se preguntó Eden. No había nada normal en vivir rodeada de guardaespaldas en una casa de seguridad.

—¿Y el colegio de Josh?

—Hasta que esté fuera de peligro, tendrá profesores particulares.

—No me gusta, Payne. Suena claustrofóbico... No tendría amigos.

—No estará allí para siempre. Sólo hasta que haya pasado el peligro.

A Eden no le gustaba nada la perspectiva de vivir constantemente amenazada.

—¿Tan grande es ese peligro?

—Podría serlo. Y no deseo correr riesgos con la gente a la que quiero — le tomó una mano—. Danny-O me reveló quién estaba intentando apoderarse del negocio de los Verone.

Eden se tensó inmediatamente. Estaba a punto de conocer la identidad del autor intelectual del asesinato de Eddy.

—Es Robert Ciari, ¿verdad?

—Angela.

—No me lo creo.

Nerviosa, se levantó de la cama y empezó a pasear por la habitación. Sólo cabían dos posibilidades: o Eden era una completa estúpida, o Angela una consumada artista del engaño.

—¿Por qué no puede ser Ángela? —quiso saber Payne.

Eden recordó la impresión que se había llevado de su prima en el servicio de señoras de Santa Catalina. Se había mostrado dura, fría. Pero luego, en las imágenes del vídeo, la había visto triste y llorosa en el funeral de Eddy. Había oído que había tenido una aventura con su hermano. Y que su propio matrimonio se estaba desmoronando.

—Es solamente una mujer con problemas. Y lo siento por ella.

—¿De qué más estuviste hablando con Ángela?

—De cosas.

—Mientras hablabais de cosas, ¿le mencionaste por causalidad que teníamos intención de aterrizar en el aeropuerto de Slippery Spring, en las afueras de Las Vegas?

—¡No! —¿cómo podía pensar que era tan estúpida?—. Yo nunca le di localización alguna, excepto cuando le mentí diciéndole que estábamos en Iowa.

No le gustaba la manera en que la estaba mirando, como si sospechara de ella.

—¿Estás segura de que no se te escapó accidentalmente el nombre del aeropuerto?

Eden estaba empezando a irritarse.

—Te equivocas con Angela. Cuando asesinaron a Eddy, se le rompió el corazón. Ella jamás habría ordenado su muerte. O la mía.

—Pero te tendió una trampa. Te has olvidado de lo que sucedió cuando te prestó su coche.

—No me he olvidado.

Payne la miró con expresión desconfiada.

—Tranquilízate.

—¿Cómo voy a tranquilizarme? Me estás tratando como si fuera una imbécil. Como si no confiaras en mí.

—La confianza es algo que funciona en ambas direcciones, Eden. ¿Por qué no me contaste las conversaciones que habías tenido con Ángela?

—Sólo tuve una conversación con ella mientras tú no estabas. Ayer. Y te la conté tan pronto como te vi —lo fulminó con la mirada—. Está claro que no debí haberte dicho nada. Debí haber adivinado que no lo comprenderías.

—Tienes razón: no lo comprendo —se dirigió hacia la puerta—. Ve haciendo el equipaje. Nos vamos esta tarde.

—Quizá no quiera ir contigo.

Payne se volvió, mirándola fijamente.

—Es un problema de seguridad. Incluso aunque no se tratara de Angela, alguien de tu familia pretende eliminarte para hacerse con el poder.

—No me importa.

—¿Y vas a poner a Josh en peligro? ¿Sólo para llevarme la contraria?

De repente la puerta de la habitación se abrió de par en par. Temblando de rabia, Josh apareció en el umbral.

—Mi madre no quiere irse contigo.

Eden se quedó horrorizada. Era el peor enfrentamiento entre padre e hijo

que podía haber imaginado.

—Josh, por favor, vete a tu habitación.

—No quiero —se quedó donde estaba.

—Escúchame, Josh —pronunció Payne—. No puedo pedirte que te caiga simpático, pero tienes que confiar en mí.

—Tú no me mandas.

—Quiero ayudarte a ti y a tu madre. Voy a protegeros. A los dos.

—Tú no me quieres —le gritó el niño—. ¿Por qué habría de creerte?

—Porque soy tu padre.

Eden se sintió como si hubiera recibido una bofetada. Estaba estupefacta. ¿Por qué se lo había dicho Payne? ¿Y por qué de aquella manera?

Josh se quedó paralizado, como una frágil estatua de hielo.

—Mentiroso —chilló—. Mi padre murió. Díselo tú, mamá.

—Oh, Josh... —susurró—. Yo no sabía que aún seguía vivo. Quería decírtelo, pero...

—¡Os odio a los dos!

Y, girando sobre sus talones, se marchó corriendo.

## Capítulo 15

Horrorizada, Eden oyó el portazo de la puerta principal justo cuando Payne salía del dormitorio. Rápidamente ordenó a los guardaespaldas que lo trajeran devuelta.

Cuando volvió, lo miró furiosa. ¿Cómo había podido decirle a Josh algo así? Se lo había espetado a la cara: «Yo soy tu padre». ¿Por qué había perdido el control de esa manera?

—Lo lamento. No era mi intención...

—Lo sé.

Se apartó de él. No sabía si estallar en sollozos o ponerse a gritar. En parte al menos, era culpa suya. Debió habérselo dicho a Josh desde el principio, cuando vio a Payne por primera vez. Debieron haber abordado tranquilamente el asunto en la cabaña de las montañas.

—¿Puedes perdonarme? —le preguntó Payne, tocándole suavemente un hombro.

De espaldas a él, se cubrió el rostro con las manos.

—No sé muy bien lo que estaba esperando. Quizá un momento de magia en el que los tres nos reuniríamos, felices...

En realidad, nunca había sabido lo que era una familia normal. Su madre había muerto demasiado pronto. Nunca había conocido un amor incondicional, que no estuviera mediatizado por el miedo. Un estremecimiento recorrió todo su cuerpo, pero continuó:

—Perdí a todos mis seres queridos. A mis padres. A Eddy. Y a ti, Payne. Josh era lo único que me quedaba. Tal vez lo haya protegido en exceso. Pero siempre lo he querido con locura...

—Ahora también me tienes a mí —pronunció Payne—. Estoy contigo. Ya no volverás a estar sola.

—Es difícil creer. Y confiar —bajó las manos, apoyando la espalda contra su pecho—. Tengo tanto miedo...

Payne la abrazó por la cintura.

—Hablaremos con Josh. Es un niño inteligente. Lo entenderá.

De pronto oyeron un grito procedente del salón de la suite. Uno de los guardaespaldas irrumpió en el dormitorio.

—Lo hemos perdido. No podemos encontrarlo.

Fue como si un puño negro se cerrase sobre el pecho de Eden. Moriría si

algo le sucedía a Josh...

Payne la hizo volverse, mirándola fijamente a los ojos.

—¿Adónde puede ir?

—No lo sé —tenía el rostro bañado en lágrimas—. Es un niño, no sabe orientarse en una ciudad como Las Vegas...

Payne impartió una serie de órdenes a los guardaespaldas.

—Quédate aquí —le dijo a Eden—. Llamaré a Melissa para que te haga compañía.

—Pero yo quiero ayudar...

—Alguien tiene que quedarse. En caso de que vuelva Josh —la llevó hacia la cama—. Lo encontraremos. Ya verás como todo al final saldrá bien.

—No. Te acompañaré —se enjugó las lágrimas, decidida—. Es más probable que Josh aparezca si me ve a mí.

Payne la observó evaluando su estado emocional. Finalmente, asintió con la cabeza.

—De acuerdo, pero no te separes de mí en ningún momento. ¿Entendido?

—Sí. Tendré cuidado.

Payne necesitaba asegurarse de que Eden tomara precauciones. Le gustara o no, era un objetivo. Los Verone querían atraparla. Y había un montón de ellos en la ciudad. Gus y Sophia. Robert Ciari. Ángela y, quizá, su marido, que supuestamente no debía abandonar Chicago sin advertir antes a la policía. En la puerta de aquel hotel, estarían esperándola como voraces depredadores. Sólo podía rezar para que todavía no hubiesen capturado a Josh...

Con Eden de la mano, se dirigió hacia los ascensores. Estaba furioso consigo mismo por haber perdido el control con Josh.

—De verdad que lo siento... —repitió, volviéndose hacia ella.

—Tú nunca quisiste hacerme daño. Ni a Josh.

Perjudicarlos de cualquier manera habría sido lo último que habría querido en el mundo. Estaba dispuesto a dar su vida por protegerlos.

Las puertas del ascensor se abrieron al casino principal. Con aquellas interminables filas de máquinas tragaperras, en medio de multitudes de jugadores, parecía absolutamente imposible localizar a un niño de once años. El hotel era inmenso. El hotel...

—El hotel con el pájaro —pronunció de pronto Eden—. Antes, cuando estábamos jugando a las cartas, Josh dijo que quería ir a un hotel que tenía un pájaro en la entrada, aquí al lado.

—¿Por qué?

—Dijo algo de osos. Que tenían osos —lo miró esperanzada—. Tenemos que ir allí.

Payne temía que fuera una trampa. No quería que Eden dejara el hotel, donde estaría relativamente protegida. Pero tenía razón. Josh había mencionado aquel hotel del pájaro, y muy bien podía encontrarse allí.

La guió hacia las luces de neón que indicaban la salida. Consciente del peligro que se avecinaba, le soltó la mano. Necesitaba tenerla libre para poder desenfundar rápidamente la pistola.

—No te separes de mí, Eden.

—Por supuesto.

Salieron. Mientras se acercaban al hotel más próximo, Payne miraba hacia todos lados, alerta. Si iban a tenderles una emboscada, mejor que fuera rápido. Temía que fueran a dispararles tan pronto como entrasen al otro hotel, antes de que sus ojos se acostumbraran a las luces del casino.

Se disponía a empujar la puerta de cristal cuando oyó el grito.

—¡Mamá! ¡Hey, mamá! ¡Estoy aquí!

En el instante en que se volvió, Eden ya había echado a correr.

—¡No! —gritó Payne—. ¡Espera!

Pero, para entonces, había cruzado la acera y abordado un sedán de color claro, que partió a toda velocidad.

Eden abrazó emocionada a su hijo, cerrando los ojos con fuerza, esforzándose por no llorar.

—Gracias a Dios que estás a salvo...

—Estoy bien, mamá.

Pero no pudo menos que dudarle cuando abrió los ojos y vio a la persona que estaba sentada al lado de Josh.

—Hola, Gus.

Su abuelo se quitó las gafas negras para mirarla fijamente a los ojos.

—Tu hijo es un niño muy guapo. Fuerte. Y listo.

—Lo sé —se volvió de nuevo hacia Josh, apartándole el cabello de la frente.

Parecía encontrarse en perfecto estado. El pobre no tenía la menor conciencia de lo que acababa de hacer.

—Lo siento, mamá.

—¿Cómo encontraste a tu bisabuelo?

—¿Recuerdas cuando descubrí el informe de los Verone en el ordenador

de Colorado? —le preguntó a su vez—. Cuando me enteré de que yo era un Verone, me entraron ganas de conocer a algún familiar. Así que le envié un e-mail a Gus.

Y se volvió sonriente hacia su bisabuelo, que asintió con la cabeza, orgulloso.

—Es un niño muy listo.

—¿Y luego qué sucedió, Josh?

—Antes de dejar Colorado, envié a Gus otro e-mail y le dije que íbamos a aterrizar en el aeropuerto de Slippery Spring, cerca de Las Vegas. Él me prometió que iría a buscarme.

Josh era el informante. Ahora encajaba todo. Josh había pedido sentarse en el asiento del copiloto porque estaba deseoso de conocer a su nueva familia. Sólo faltaba por aclarar su deseo de ver el hotel con el pájaro.

—Déjame adivinar... Tan pronto como llegaste aquí, utilizaste el ordenador de tu habitación para ponerte en contacto con Gus. Y él te dijo que estaba en el hotel de al lado.

—Eso es. Cuando me escapé de nuestra suite, sabía adónde dirigirme. El hotel con el pájaro en la entrada. Habitación cuatrocientos veinticuatro.

Eden maldijo para sus adentros. Debió haberlo imaginado...

—¿Mamá? ¿Estás enfadada conmigo?

—Me alegro de que estés a salvo —no era momento para recriminaciones. Miró a Gus—. Porque estamos a salvo, ¿verdad?

—Claro que sí, cariño. Nos dirigimos a una casa en el desierto, donde nos espera tu abuela. ¡Lo contenta que se va a poner cuando vea a este pequeñuelo! —le apretó cariñosamente el hombro a Josh.

Eden se recostó en el asiento. Tarde o temprano, tendría que decirle a Josh que su bisabuelo era una mala persona. Gus Verone se ganaba la vida aprovechándose de los demás, perjudicándolos. Tendría que explicarle a su hijo los antecedentes criminales de su familia... si sobrevivían lo suficiente para contarlos.

En la mansión que se levantaba en el desierto, cerca de Las Vegas, Eden miraba a su abuela con tanta sospecha como desconfianza. Sophia la había traicionado, la había entregado en manos de sus enemigos.

—Hace doce años —le recordó Eden—, me ayudaste.

—Y jamás me he arrepentido de haberlo hecho.

Vio que estaba a punto de llorar. Eden no le guardaba tanto rencor. Emocionada, la abrazó.

—Te perdono.

Josh apareció en ese instante entre ellas.

—Tengo hambre.

La abuela Sophia se volvió hacia el niño, sonriente.

—Te estoy preparando galletas, jovencito. Lávate primero las manos.

Josh se quedó con ella en la cocina mientras Gus se llevaba a Eden a su despacho. Una vez a solas, la amable expresión de su abuelo se evaporó. Volvía a ser el patriarca de la familia Verone.

—Me has causado muchos problemas.

—Vamos, fusíame ya —le espetó Eden.

—No quiero hacerte ningún daño. Tu hijo es un gran chico. Lo has educado bien —se sentó en un sillón—. Si no te quisiera tanto, Candace...

—Eden —lo interrumpió—. Me llamo Eden Miller. Es el nombre que he escogido.

—Edie. Suena como Eddy. En recuerdo de tu hermano.

—No lo escogí por eso, pero supongo que mi subconsciente me traicionó. Sí, tal vez era una forma de recordar a Eddy. Pero no perdamos el tiempo, Gus. ¿Qué es lo que quieres de mí?

—He tomado una decisión. Soy viejo, quiero retirarme. Sophia y yo nos vamos de Chicago.

Eden pensó que ésa sí era una buena noticia.

—¿A Florida?

—A California. He comprado unos viñedos, y una casa donde podremos vivir en paz. Espero que Josh y tú vayáis a visitarnos.

—¿Me estás diciendo que Josh y yo somos libres de irnos cuando queramos?

—Sí, pero hay una cosa más. Tengo enemigos en mi propia familia. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí. Ellos ordenaron el asesinato de Eddy.

—Eso no es cierto —alzó una mano para acallarla—. Si lo fuera, y hubieran matado a mi nieto, me quedaría para luchar contra ellos. Por el buen nombre de mi apellido.

—¿Y qué pasa con esos enemigos tuyos?

—Me han asegurado que, si renuncio y me retiro, tu hijo y tú no seréis molestados.

En cierto modo, se había sacrificado por Eden. Su retiro a cambio de la seguridad de su nieta y de su hijo. Era el mejor regalo que podía haberle

hecho. Estaba emocionada. Le entraron ganas de besarlo.

—Pero Payne Magnuson es otro asunto. Hace doce años, traicionó a nuestra familia. Tiene que pagar. Ellos me han pedido que utilice tu influencia para entregárselo.

—No puedo hacer eso. Es horrible...

—No tienes elección. Entrégales a Payne Magnuson y tú y tu hijo jamás volveréis a vivir amenazados.

Eden se dejó caer en una silla, frente a su abuelo. Su vida y la de Josh a cambio de la muerte de Payne. Para salvar a su hijo, debía sacrificar a su padre.

Las sombras del atardecer se extendían por la planicie desértica. A menos de quince kilómetros de Las Vegas, el tráfico era casi inexistente. Incómodo, Payne se hallaba sentado al lado del conductor... que no era otro que Danny-O.

—He negociado un buen acuerdo para ti —le informó Danny—. Lo único que quiere Ángela es una disculpa. Luego estarás libre para irte.

Era le enésima vez que le contaba a Payne aquella historia, como si repitiendo incansablemente una mentira, pudiera convertirla en verdad. Danny-O era un hombre en la cuerda floja, intentando desesperadamente salvar una situación que no tenía arreglo.

Durante los últimos kilómetros, Payne no había dejado de pensar en alguna manera de aprovechar en su propio beneficio aquella desesperación. Necesitaba aferrarse a algo. Cualquier cosa.

Hacía una hora, había recibido una llamada de Eden. Se llenó de júbilo cuando reconoció su voz.

—¿Te encuentras bien?

—¿Dónde estás?

—Con Gus y con Sophia. Quieren que vengas a verme. Dicen que, si te disculpas, todos podremos irnos.

Su voz sonaba débil, temblorosa. Aguzando los oídos, había intentado detectar alguna pista, alguna insinuación. En vano. Consciente de que estaba firmando su sentencia de muerte, no había tenido más remedio que aceptar.

Eden le había descrito la calle en la que tendría que esperar a que lo recogiera una camioneta.

—Y tienes que ir solo. Solo y desarmado —al notar su vacilación, Eden se había apresurado a añadir—: No hay nada de qué preocuparse. Sophia hace una lasaña deliciosa. ¿Te acuerdas de la lasaña que comimos en

Lawrence, Kansas? ¿En el motel Comanche?

—Me acuerdo —aquella noche habían hecho el amor por primera vez. ¿Cómo podía olvidarse?

—En el motel Comanche —había repetido Eden.

—Sí, en Kansas, claro que me acuerdo.

Payne estaba seguro de que le había dado una pista, pero no lograba adivinar cuál. ¿Motel Comanche? Recordaba que Eden le había estado hablando de la historia del lugar. Comanche era un nombre de un caballo, el único superviviente de la batalla de Little Big Horn. «Una emboscada», pensó de repente. Y Eden lo estaba alertando... Sin embargo, aquella advertencia no había significado ninguna diferencia. Tenía que seguir sus instrucciones. A fin de garantizar la seguridad de Eden y de su hijo, Payne debía enfrentarse con los Verone y asumir las consecuencias. Antes de abordar la camioneta, había tomado una serie de precauciones con Skip y sus hombres. Llevaba encima un buscador minúsculo y un micrófono en el tacón de un zapato, para que pudiera informarlos de su localización. Una vez que lo hiciera, el área sería peinada a fondo. Skip estaba planeando un asalto, pero Payne no tenía muchas esperanzas de salir con vida. No iba armado. Para cuando los federales detuvieran a los Verone, probablemente ya estaría muerto. Se había llevado una sorpresa al ver a Danny-O conduciendo la camioneta, cuando llegó al lugar convenido.

Para orientarse en su ruta, Danny había tenido que utilizar un mapa.

—¿Falta poco? —le preguntó en aquel momento Payne.

—Eso creo. Pasada esta curva, quedarán ya sólo unos tres kilómetros. Esto está bastante solitario.

—La soledad es algo a lo que deberías acostumbrarte. La mayor parte de los federales que ingresan en prisión ya no vuelven a salir.

—¿De qué estás hablando? —rió Danny-O, nervioso—. Yo no voy a ir a prisión.

—El FBI no te perdonará. Te expulsarán y ya no les serás muy útil a los Verone.

Danny esbozó una mueca. Era bien consciente de su situación. Lo había perdido todo.

—Tiene que haber alguna salida...

Payne aprovechó para hacer su oferta.

—La única salida que tienes es entrar en un programa de protección de testigos. Si lo haces, contarás con una recomendación mía.

Le temblaba el labio inferior, como si estuviera a punto de llorar.

—Lo harás, ¿verdad? Lo de recomendarme, quiero decir...

—Eso depende —respondió Payne—. Para ayudarte, necesito estar vivo. Si esta tarde me asesinan, irás a prisión.

Sacudiendo la cabeza, Danny-O se volvió para mirarlo.

—Me prometieron que no te harían daño.

—¿Y tú te lo creíste? Desde el principio, desde el momento en que estuvimos juntos en el restaurante de Brooklyn, matarme formaba parte del plan.

Danny volvió a concentrar su atención en la carretera.

—No es verdad. Yo estaba realizando una operación secreta, como infiltrado. ¿Cómo es que he llegado a parar a esta situación?

—Peor le fue a Samuels en Abilene —le recordó Payne.

—Será mejor que no sigamos adelante. Debería llevarte de regreso a Las Vegas. Así me integrarás cuanto antes en un programa de protección de testigos.

—Todavía no —Payne todavía debía rescatar a Eden y a Josh—. Tengo que asistir a esa reunión. Y tú tienes que ayudarme.

—De acuerdo. Cuenta conmigo.

Su promesa de apoyo no significaba gran cosa, pero la aprovecharía. Iba a necesitar toda la ayuda posible.

Frente a una casa que parecía levantarse en mitad de la nada, aparcaron detrás de una corta fila de coches. Payne reconoció el sedán de color claro que había abordado Eden. Esperaba que estuviera allí. Al mismo tiempo, sin embargo, ansiaba que Eden y Josh estuvieran en algún lugar lejos, a salvo.

Dos tipos abrieron la puerta. Tras un minucioso registro, lo guiaron hasta una amplia habitación que daba a un jardín con piscina. Danny-O lo siguió. Cuando la puerta se cerró a su espalda, se quedaron solos.

«Sin testigos», pensó Payne. El escenario perfecto para una ejecución. Un solo pistolero matándolo de un disparo en la frente.

En previsión de una huida, abrió las puertas correderas. Fuera, más allá de la piscina, había un muro de ladrillo. Detrás, el desierto. No eran muchas las posibilidades que tendría de escapar.

—Todo va a salir bien —balbuceó Danny-O—. Tú sólo diles que lo sientes, Payne.

De pronto se abrió la puerta y entró Angela Benedict. Tenía una apariencia regia, majestuosa, con un vestido color rojo y cargada de joyas.

—Buenas tardes, Payne.

—Hola, Ángela.

Payne se sintió decepcionado. Aunque había sido la primera sospechosa en su investigación, casi se había negado a creer que hubiera podido llegar tan lejos. Con las manos en los bolsillos de su vestido, se lo quedó mirando por unos segundos.

—Hablo por la familia. Tú nos traicionaste.

Al parecer, aquél era el momento de la verdad. Ángela no lo mataría. El trabajo sucio se lo dejaría a sus esbirros, pero antes de castigarlo, le leería la lista de agravios. Como en una especie de ritual.

—Por culpa de tu testimonio, mi marido fue a la cárcel. Nunca te perdonaré por eso.

—Nicky fue a prisión porque quebrantó la ley. Sin embargo, respecto a lo sucedido con los Verone, hay cosas que lamento. Lamento la suerte de los inocentes de la familia Verone: las viudas, los niños huérfanos. Siento que hayas tenido que sufrir. Y siento también la muerte de Eddy.

—Yo también —repuso Ángela, suspirando.

Payne sabía que no fingía. Su dolor era sincero.

—Espera un momento —la interrumpió Danny-O—. Yo creía que eras tú quien daba las órdenes, Ángela. Que fuiste tú quien ordenó matar a Eddy.

—Cállate —le espetó.

—Yo creía que...

—¡Asesino! —sus ojos negros ardían como brasas.

Ángela despreciaba a Danny-O, y Payne supo en aquel instante, con toda seguridad, que no había ordenado matar a Eddy. No era ella quien estaba al frente de la familia. En cierto sentido, era tan víctima como Eden.

—Tú no querías que lo asesinaran —pronunció Payne.

—Claro que no.

Acercándose a ella, le dijo en un susurro casi inaudible:

—Fue otra persona quien dio la orden. Sólo después de su asesinato, descubriste quién había sido. Y compraron tu silencio con un flamante coche nuevo, entre otras prebendas...

—Exacto —musitó, sosteniéndole la mirada—. Pero no era suficiente.

—Porque tú amabas a Eddy —adivinó Payne.

—Tanto como Eden te ama a ti —con un gesto rígido, formal, lo besó en las mejillas.

Era el beso de la muerte.

Pero antes de apartarse, le entregó disimuladamente una pequeña pistola.

—No la pierdas.

Mientras Angela se retiraba al extremo opuesto del salón, la puerta se abrió de nuevo. Entraron cuatro hombres. Payne, sin embargo, concentró toda su atención en Eden. Tenía los ojos enrojecidos; había estado llorando. Se lanzó a sus brazos.

—Oh, Payne, ¿por qué has venido? ¿Cómo no comprendiste lo que quería decirte? Comanche, Little Big Horn...

—¿Dónde está Josh?

—Gus y Sophia se lo han llevado de regreso al hotel.

«Al menos, un dato positivo», pensó Payne.

—Ojalá te hubieras ido con ellos.

Sabía que no había manera humana de salir de allí sin violencia. En aquel preciso instante, Skip y los federales debían de haberle seguido el rastro gracias a su buscador. Seguramente prepararían una emboscada, o un asalto por sorpresa.

—Apártate de él, Candace.

—Eden. ¿Cuándo aprenderéis que ahora me llamo Eden Miller?

—Yo te llamo como quiero.

Los esbirros se apartaron para dejar pasar a Nick Benedict. Incluso aunque Payne hubiera dispuesto de un revólver en lugar de una minúscula pistola, que probablemente sólo contendría una o dos balas, no habría podido disparar contra todos. Esperó a que cada uno ocupara su lugar. Con un poco de suerte, nadie bloquearía la puerta de cristal que llevaba al jardín y a la piscina.

Lentamente, sin levantar sospechas, acercó a Eden a una silla que estaba al lado de la puerta corredera.

—Siéntate aquí —le dijo, lanzando una rápida mirada a la piscina. Esperaba que comprendiera que le estaba indicando una ruta de fuga. A continuación se dirigió hacia Nick—. Así que tú eres el nuevo jefe.

—Ya era hora de que lo fuera. Gus ya está viejo. Tiene que retirarse. El negocio necesita sangre nueva.

—¿La sangre de Eddy?

—Se interpuso en mi camino —pronunció Nick—. Como tú.

Payne se dijo que Nick Benedict tenía más razones que nadie para odiarlo. Había pasado seis años en prisión por culpa de un testimonio suyo. Había perdido seis años de libertad, y también el amor de su esposa, Angela,

que había pasado a manos de Eddy Verone.

—Adelante —lo animó Nick—. Estoy esperando tus disculpas.

Danny-O se acercó entonces a Payne.

—Vamos —lo urgió—. Dale lo que quiere.

Payne miró a Nick a los ojos.

—Vas a matarme tanto si me disculpo como si no.

—Tengo que vengarme. Me lo debes. Seis años de cárcel.

Payne se armó de valor. No se arrastraría delante de aquel canalla. No suplicaría por su vida.

—¿Y bien? ¿Tienes algo que decir?

—Como nuevo jefe de los Verone, el honor de tu familia está en tus manos. Sólo tengo una petición que hacerte. Que Eden y su hijo queden libres.

—Eso ya está acordado —repuso Nick—. Ella misma hizo el trato. Te traicionó, Payne. No le importas.

—¡Eso no es cierto! —Eden se levantó de la silla—. Payne, yo te quiero.

Uno de los hombres de Nick la obligó a sentarse violentamente. Un brillo de rabia asomó a sus ojos. Había agotado su capacidad de autocontrol.

Payne previó exactamente su reacción. Recordaba bien cuando estuvo a punto de matar a Danny-O, en Chicago. La misma desesperada determinación tensó sus músculos. Eden no era una mujer que se dejara insultar, forzar o humillar. Con un rápido movimiento, le arrebató la pistola al esbirro y se volvió hacia Nick.

Payne reaccionó con la misma rapidez y disparó contra uno de los guardaespaldas con la diminuta pistola que le había entregado Angela.

El estruendo del tiroteo fue ensordecedor. Danny-O cayó fulminado. Payne agarró a Eden de la mano y corrió hacia la puerta de cristal. Se lanzaron a la piscina justo cuando un helicóptero del FBI planeaba sobre ellos.

Un ejército de agentes había rodeado la casa. Se ordenó, por un potente altavoz, que todo el mundo tirara las armas y saliera con las manos en la cabeza. Una ráfaga de ametralladora resonó en el aire.

Al otro lado de la piscina, Payne atrajo a Eden hacia sí.

—¿Te encuentras bien?

—Lo siento. Lo siento mucho...

—¿Tú planeaste esto?

—Un poco. Quise asegurarme de que Josh saliera de aquí. Y como sabía

que los federales te habían perdonado, confiaba en que acudirías con refuerzos —tenía los ojos llenos de lágrimas—. Yo no quería agarrar esa pistola. Era tan peligroso...

—Pero al final todo ha salido bien —le informó, consciente de que los Verone se estaban rindiendo—. Por cierto, yo también te quiero.

—No podía permitir que murieras delante de mis ojos. Otra vez no...

—Vamos a vivir durante mucho tiempo. Juntos. Tú, yo y nuestro hijo.

Cuando lo abrazó, se hundieron bajo la superficie del agua, de un límpido color azul. Saboreando la oportunidad de una nueva vida.

## Epílogo

Cinco meses después del tiroteo de Las Vegas, llegó septiembre. Comenzaba un nuevo curso escolar.

Aquella mañana, Eden se hallaba en la cocina de la casa que Payne y ella habían comprado en Denver. Con dos pisos y un sótano, casi era demasiado grande para ellos. Desde que se trasladaron, sus dos habitaciones de invitados habían estado constantemente ocupadas. Gus y Sophia les habían hecho una visita de camino a su nueva residencia en California. Varios miembros de la familia Borelli también los habían visitado durante el verano. Ángela Benedict, en proceso de divorcio de Nick, que había vuelto a prisión, había estado allí con sus dos hijos. Incluso Skip y Melissa habían ido a verlos desde Las Vegas.

En aquel momento sólo tenían dos invitados. Vivían en el mismo distrito de su antiguo hogar, de modo que Josh seguía estudiando en el mismo colegio. Y ese día Payne empezaba su nuevo trabajo en la universidad de Denver.

Payne se reunió con ella en la cocina.

—Buenos días, querida.

Se volvió para besarlo. Y sonrió al ver su elegante chaqueta de tweed.

—¡Pareces todo un profesor!

—Esto es como cuando trabajaba de agente secreto. Tienes que vestirte para la ocasión.

—Pero ahora no trabajas de agente secreto.

—Eso no se lo digas a mis alumnos.

Sonó el timbre del horno y sacó una bandeja de galletas. Pensaban casarse a su debido tiempo. La relación entre Payne y Josh todavía seguía algo tensa y Eden quería que la etapa de transición fuera suave, perfecta. Algún día, estaba convencida de ello, Josh aceptaría plenamente a su padre.

Payne le tomó la mano izquierda, acariciando su anillo de compromiso.

—¿Cuándo podré cambiar este anillo por una alianza de matrimonio?

—Pronto —respondió ella.

—Nunca será lo suficientemente pronto —pronunció una voz familiar. La hermana Max apareció en la cocina. Estaba participando en un seminario del jardín Botánico de Denver y pensaba quedarse una semana con ellos—. Ya tendríais que estar casados.

—Sí, hermana.

Cuando Eden se dispuso a servirle el desayuno, la monja la detuvo con un gesto.

—Sólo comeré una galleta. Hoy tengo algunos planes antes del seminario.

—¿Planes?

Cody entró en ese instante en la cocina.

—Planes conmigo. Voy a enseñar a esta buena mujer a pilotar un avión.

—Así estaré más cerca del cielo —explicó la hermana Max.

—Sé que le parecerá increíble, pero una vez vi un ángel de verdad con unas enormes alas de más de tres metros de largo cada una y...

—Es usted un mentiroso incorregible —lo interrumpió la monja, divertida.

—¿Qué clase de monja no creería en los ángeles?

—Yo, por ejemplo. De todas formas, usted no ha visto ninguno.

Discutiendo de buen humor, salieron por la puerta trasera.

Josh entró corriendo en la cocina.

—No tengo tiempo para desayunar... Me esperan mis amigos para ir al colegio...

—Nada de eso —pronunció Eden—. El desayuno es la comida más importante del día.

Refunfuñando, se sentó a la mesa.

—No quiero llegar tarde...

Eden le colocó un plato delante.

—Sólo te llevará unos minutos devorar esto.

Y así fue. Cuatro minutos después ya estaba rebañando el plato, mientras Payne leía el periódico, sentado a su lado.

—He estado pensando en la propiedad que tengo en las montañas —anunció—. Levantaré una cabaña.

—¡Estupendo! —exclamó Josh.

—Necesitaré tu ayuda.

—¿Podré llevar a un amigo?

—Cuanto más, mejor. Siempre y cuando sepan manejar un martillo.

Josh se levantó de la mesa, besó a Eden y corrió hacia la puerta. Como era habitual, se olvidó completamente de despedirse de Payne.

Volvió, sin embargo, al cabo de unos segundos.

—Ah... —sonrió—... y buena suerte con tu nuevo trabajo... papá.

Y se marchó. Eden se había quedado asombrada.

—Te ha llamado «papá».

—Es verdad. Este chico está progresando —Payne se levantó de la mesa y se acercó a ella—. Y ahora... ¿me darás alguna fecha para la boda?

—No puedo esperar.

Lo besó, refugiándose en sus brazos. Quería a su familia, a sus amigos. Pero, más que a nadie, quería a Payne. Él era el único hogar que necesitaba.